EL LECTOR SUD-AMERICANO



NUEVO CURSO GRADUAL DE LECTURAS

COMPILADO PARA EL USO de las ESCUELAS PRIMARIAS

POR

RAFAEL FRAGUEIRO

SEGUNDA EDICIÓN

Libro Segundo

Editores: ANGEL ESTRADA y Cia.

BUENOS AIRES, CALLE BOLIVAR 466

1895


A
m - 10
79


00013865

EL LECTOR SUD-AMERICANO

NUEVO CURSO GRADUAL DE LECTURAS

COMPILADO

PARA EL USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS

POR

RAFAEL FRAGUEIRO

LIBRO SEGUNDO



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CA.—EDITORES
466—CALLE BOLIVAR—466
1895



Libro segundo

LECTURA 1.ª

Los proyectos

¡Qué lindo niño es ese, rubio y rosado, alegre y ligero, que vá riendo y saltando por la senda del prado!

Detiénese á veces por el camino, hablando consigo mismo; el niño corre que vuela, y charla á más no poder:

«Quiero arrancar todas las flores! cazar al vuelo todas las mariposas, y recojer todas las fresas coloradas, que se esconden entre la yerba. ¡Ay qué ricas!»

Cabecita aturdida! hay tantas flores entre los trigos, tantas mariposas en las matas de la colina, y tantas fresas coloradas en el bosque!...

Pero él quiere intentarlo; cuando he aquí, que al llegar al campo encuentra á dos pobrecitos niños, andrajosos y con los pies descalzos, que estaban espigando sobre los surcos exhaustos. Desde muy temprano están allí trabajando, pero el haz no aumenta! — «Si no se les ayuda un poco, van á volverse con las manos vacías» exclama el niño.

Y conmovido su corazón con el flaco aspecto de la cosecha de los otros dos chicuelos, nuestro amiguito no puede contenerse, y sin recordar absolutamente ya, ninguno de sus planes,

decide auxiliar á aquellos espigadores inexpertos, con el activo contingente de su brazo y su viveza.

Y se dobla sobre la tierra, confundiendo su cabecita rubia con el rubio de las espigas, y comienza el trabajo.

Lleno de ardor, recoje las espigas esparcidas por el suelo, dejadas por los segadores. Va y viene á lo largo de los surcos y no se dá reposo, hasta que ha echado en el delantal del mayorcito un buen haz de espigas doradas.



Pero el tiempo pasa; ¿y las flores? Ya no se acuerda de ellas.

Más lejos de allí está el tortuoso sendero de la colina, en donde revolotean entre las floridas matas, las tenues mariposas blancas, azules, rojas y de todos colores. Empero, sentado sobre una piedra del camino un pastorcillo, anheloso y palpitante, llora porque sus cabritas le han dejado solo.

—Vaya con las cabritas! Todas han tomado las de Villadiego; y cuanto más él gritaba y se desgañitaba para reunirlas, todas se escapaban más lejos, todas íbanse más allá, entre las rocas y los brezos.

—No llores, no, díjole el niño, ya verás como yo las recojo.



Y he aquí que nuestro héroe, se mete entre los brezos, trepa por encima de las rocas, persiguiendo ya á una, ya á otra, hasta conseguir que se reunan todas.

Y durante este tiempo, olvidó por completo las mariposas.

¿Quién hay allá abajo, dentro el bosque, bajo los árboles copudos?

Dos pequeñuelas del villorrio cercano, que recojen un poco de leña para el hogar.

Como el niño pasaba por el mismo camino, detúvose á mirar lo que hacían. El día adelanta, pronto anochecerá, y sin embargo el haz de leña, es tan exíguo!

El niño piensa en esto y en que sus madres van á reñirlas si acuden á la cabaña, con tan pequeña provisión.

—No quiero consentir, que las riñan por eso! exclama.



Y se pone á recojer apresuradamente, las ramas secas, apilándolas al pié de una encina.

Una vez atado el haz, con una rama flexible, apercíbese de que es harto pesado, para que las pobrecillas puedan con

él. Es preciso llevarlo hasta la puerta de la cabaña.

¿Y las fresas coloradas del bosque, que se esconden entre la yerba y el musgo? Ya es tarde: otro día será.

Yo le ví volver durante el crepúsculo, por el camino de los prados. Andaba lentamente, silencioso, algo cansado y con las manos vacías. De cuanto se prometió recojer, nada traía. Salió para recojer flores y había espigado; quería perseguir mariposas, y se fatigó corriendo tras las cabritas; en lugar de fresas, recojió leña seca en el bosque. Sin embargo, estaba contento, mucho más, que al salir de su casa. Ah! yo se bien porqué, pero no quiero decirlo.

Y si vosotros, niños míos, lo sabeis, si vuestro corazoncito os lo hace adivinar, no se lo digais á nadie: basta con que os acordeis de ello, en lo sucesivo!

¡Cuántos proyectos se llevará el viento, durante el curso de vuestra vida! ¡Quiera Dios, que sea siempre, por tan buenas acciones!

LECTURA 2.ª

Entre las balas

Había, no há mucho, en una aldea de Francia, una hermana de caridad llamada Sor Mónica.

Cuando pasaba por la calle, todos los hom-

bres se sacaban el sombrero y las mujeres la saludaban con respeto.

Porqué? Ah! es porque Sor Mónica, verdadera hija de la caridad—como tantas otras compañeras suyas—había sabido ser santa y heroína.

En una terrible jornada de la última guerra mientras llovían las balas sin cesar y caían los soldados en el campo de batalla, las hermanas de caridad aguardaban el fin del combate para recojer y atender á los heridos.

El sol se acerca al ocaso; el cañón estalla todavía, pero no tan seguido. Sor Mónica está impaciente, por arrancar á la muerte los desventurados heridos que yacen por tierra.

Uno de ellos se ha arrastrado hasta el pié de un árbol y lanza gemidos lastimeros. Ella no puede contenerse, y se lanza á su socorro! Hallando fuerzas en la caridad, le levanta y se dirije, llevándole, á la ambulancia.

En ese momento retumba una nueva descarga de artillería. Un obús estalla y hiere á Sor Mónica en el pecho.

Entónces, con un coraje sobrehumano, sostiene todavía al herido y logra conducirle tras un paño de pared, donde le deja al abrigo de las balas.

Pronto les recojen: el combate cesa; y á fuerza de cuidados, Sor Mónica y el soldado, vuelven á la vida.

Esta es la causa porque todos saludan con respeto á la buena hermana de caridad.

Los días de fiesta, cuando hace buen tiempo, Sor Mónica reune en la plaza á los niños de la aldea.

Les habla de la Patria y les dice:

—Amad á la Patria hijos míos: al país donde habeis nacido, donde vuestros padres os han educado, donde habeis jugado con vuestros hermanos y hermanas, donde teneis todos vuestros cariños y todos vuestros recuerdos.

Niñitos míos, tal vez un día os veais obligados á defenderla. Tratad de hacerlo con valor y abnegación.

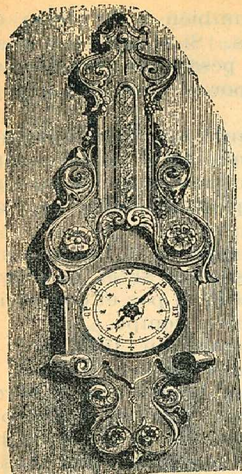
Pero no se sirve á la Patria, tan solo, en los campos de batalla: se la sirve también con el trabajo y el estudio, con el respeto á sus leyes y autoridades, y con el amor á la familia.

Y vds., niñas, vds. también pueden, esforzándose en ser buenas y laboriosas, contribuir á la gloria y á la prosperidad de la Patria.

LECTURA 3.ª

El barómetro

El hombre no puede impedir ni dirigir la lluvia y las tormentas. Los cambios, producidos por mil causas diversas, en la atmósfera, no están por otra parte sujetos á una marcha regular, que permita conocer, mucho tiempo antes su proximidad. Y, sin embargo, cuán útil sería para to-



das las faenas campestres, poder conocer las variaciones que pueden tener influencia en el éxito de las cosechas!

Pues bien, á fuerza de trabajo y experiencia, los físicos han descubierto un modo para conocer, por lo menos unas horas antes, si debe efectuarse algún cambio en el estado de la atmósfera.

Para ello han inventado el *barómetro*.

He aquí en qué consisten las indicaciones que nos dá ese instrumento.

El aire, que respiramos, y que rodea el globo terrestre tiene un cierto peso; el peso normal de una columna de aire igual en toda la altura de la atmósfera, es igual al peso de una columna de mercurio del mismo ancho, de setenta y seis centímetros de alto, más ó menos.

Resulta de este peso del aire, por un efecto que comprendereis más tarde, cuando estudieis física, que el mercurio colocado en un tubo, cerrado por arriba y abierto por abajo en una ampollita llena del mismo metal, se sostiene en

el tubo, más ó menos también á la altura de setenta y seis centímetros. Si el aire, por cualquier razón se hace más pesado, el mercurio se levanta á más altura, y por el contrario baja si el aire se aliviana.

Ahora bien, el aire es tanto más liviano cuanto más vapores de agua contiene; y cuantos más vapores de agua contenga, que es con lo que se forman las nubes, más probabilidades hay de que llueva.

Por consiguiente, para saber si el tiempo está inclinado á la lluvia, basta ver si el mercurio baja en el mencionado tubo; si por el contrario, sube, es un indicio de buen tiempo.

El barómetro fué inventado en 1643, por el físico italiano *Torricelli,* discípulo de Galileo.

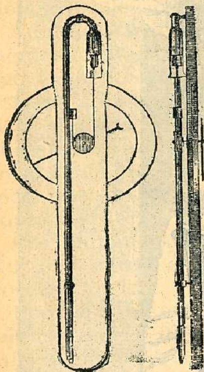
Pascal, sabio francés, ha hecho con el barómetro notables experiencias: observó que el peso del aire disminuía á medida que se trepaba á una montaña, y que el barómetro por consiguiente, bajando más cuanto á mayor altura se subía, podía servir perfectamente para medir dicha altura.

Es el medio que aun hoy se emplea, para medir la elevación de las montañas.

Los barómetros, aunque construidos todos conforme al mismo principio, varían en su forma; generalmente se coloca en una tablilla propia para colgarse, el tubo de mercurio sumerjido en una pequeña cubeta, ó terminado por una curbatura llamada sifón, y de ahí los nombres de

barómetro de *cubeta* y barómetro de *sifón*. Se divide la altura del tubo en grados que se marcan sobre la tablilla y se observa por medio de ellos la mayor ó menor dilatación del mercurio.

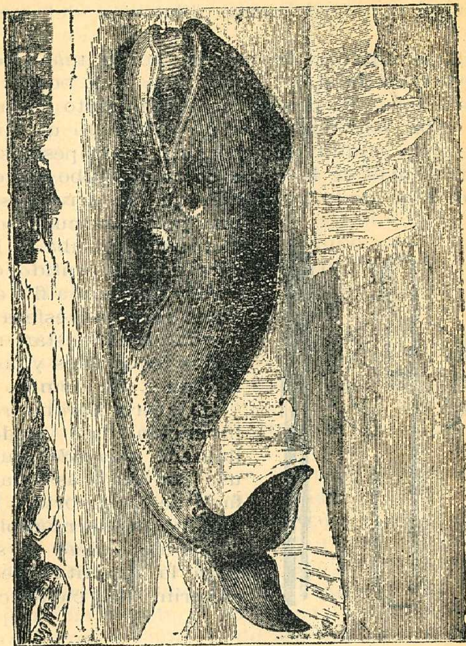
El barómetro, de *esfera*, no es más que un barómetro de *sifón*, cuyo tubo está oculto tras una esfera. Y pónese en movimiento la aguja de ésta, por medio de un cilindrito de hierro que flota equilibrado por un contrapeso, sobre el mercurio de la rama corta del tubo; este cilindro vá atado á un hilo que se arrolla sobre una polea, la cual, según el mercurio suba ó baje, gira en un sentido ó en otro, y una aguja fija en la polea, recorre la esfera graduada donde están marcados los grados y las variaciones del tiempo.



Hay otro barómetro de invención más moderna llamado *aneroide*, que se usa por ser más liviano y fácil de transportar. Pero que no puede reemplazar á los de *cubeta* y *sifón* para la exactitud de los experimentos científicos.

LECTURA 4.ª

La ballena



La ballena es el animal más grande que existe. Es tan largo, que á veces alcanza treinta metros.

Por mucho tiempo se ha creido, que era un pez; pero su sangre caliente, su respiración que no se puede efectuar bajo del agua como la de los peces, que tienen el órgano respiratorio formado para poder respirar el aire disuelto en el agua, y el modo de alimentar á sus pequeñuelos demuestran que pertenece á la clase de los mamíferos.

Como no tiene que andar en tierra, no tiene piernas, y nada ayudándose con la cola y dos aletas que le sirven de remos.

Aunque tiene una enorme boca, carece de dientes: así es que se nutre de los pescaditos que encuentra á su paso, y que traga enteros.

Tiene sobre la cabeza, los agujeros de la nariz y cuando respira arroja el aire y los vapores de su aliento mezclados con agua pulverizada con tal fuerza y en tal cantidad, que parece que de la cabeza brotan dos surtidores, como los de las fuentes de los jardines.

Las ballenas cada vez se alejan más hacia el Norte, á causa de la persecución de los pescadores.

Pero así mismo, hoy las persiguen hasta los lejanos mares de Groenlandia, pues su pesca es muy productiva.

Barcos tripulados de diestros marinos les dan caza y las matan con lanzas de hierro, atadas á

una larga cuerda; estas lanzas se llaman árpones. Pero la pesca es muy peligrosa, porque de un colazo puede volcar un barco.

Cuando la ballena muere, la atan con cuerdas al lado del buque, y armados de cuchillas y picos, trepan sobre ella los pescadores y le arrancan los trozos de grasa ó tocino, y los colocan en toneles. De esta grasa, después, se fabrica aceite, y una ballena puede producir muy bién ciento veinte toneles.

Pero no solo su grasa es útil; de sus mandíbulas, en lugar de dientes, brotan dos especies de enrejados, de huesos elásticos y flexibles con los que se hacen armazones de paraguas, bastones y muchos otros objetos; estos huesos son conocidos generalmente con el nombre de ballena.

El cachalote, es otra ballena, de cabeza chata y que en unas cavidades de la boca produce una grasa especial, esta grasa llamada esperma de ballena, es la que sirve para la fabricación de velas ó bujías.

LECTURA 5.ª

En globo

Juancito, era un niño muy bueno. Un día que había ido con algunos amigos de su papá á ver subir un areonáuta en su globo, sucedió que se acercó mucho á él, para verlo mejor.

Mientras su dueño lo inflamaba, sopló de pronto una ráfaga de viento, que arrancó al globo de las amarras, sin que aún se concluyera de hinchar. No se le pudo contener y comenzó á subir, pero lo curioso es que al arrancar uno de los ganchos que lo sostenían á tierra, encontró á Juancito á su paso, y desgarrándole el pantalon, y sin lastimarle la carne, lo pescó, por decirlo así.

El chico sé ve de pronto levantado en el aire, y se prende de la cuerda; pero nadie de la tierra puede hacer nada por él: el globo sube y sube y sube. Todos sin embargo se precipitan en la dirección que lleva el globo, para ver de recojer al niño cuando caiga.

En tanto Juancito rezaba á Dios y á la Vírgen con toda confianza y tranquilidad; y no sintió ni mareo, ni vértigo, ni cansancio.

Los que lo veían por el aire sí que estaban angustiados con su suerte, mucho más siendo un niño tan bueno como era.

Pero el Niño-Jesús protege siempre á los niños buenos. Al cabo de un cuarto de hora, el globo comenzó á bajar lentamente, deshinflándose poco á poco, hasta que tocó tierra, y fué recibido á alguna distancia, del sitio de donde había salido, enganchado por el globo, por la gente que lo contemplaba admirado.

Pero Juancito ni tembló, ni se puso pálido en su peligrosa ascensión: la confianza en Dios, le hacía valiente.

LECTURA 6.ª

La verdad

Pocas virtudes hay, hijos míos, que embellezcan más á un niño y hagan concebir más lisonjeras esperanzas respecto de él, que la sinceridad. Espejo límpido en que se refleja el alma, manifiesta sus defectos con humildad, presentando así mismo las virtudes, que le adornan, engalanadas con el atractivo de la verdad y del candor que no deja sospechar la simulación y el engaño.

No podeis figuraros, por el contrario, cuanto rebaja y degrada al hombre, y aun al niño la costumbre de mentir. Sus bellas cualidades se eclipsan con este feo defecto, que supone un corazón cobarde y envilecido; no de otro modo la densa niebla formada por los vapores de un lago, eclipsa las rosadas tintas de la aurora, y la luz del naciente sol.

Dios, nos dió el preciado y maravilloso don de la palabra, por medio del cual nos comunicamos con nuestros semejantes, estableciéndose el comercio de las ideas, más útil, más fecundo en resultados, que otro alguno. Gracias á él, el más sabio é instruido comunica sus luces á los que carecen de ellas, el débil expone sus necesidades á quien puede remediarlas, el afligido cuenta sus penas cuando desea aligerar su corazón de

tan grave peso, y recibe en cambio frases de consuelo, que se filtran en su alma dolorida, como las gotas de las lluvias en la tierra abrasada por un sol canicular.

El uso de la palabra, es decir lo que pensamos, lo que sentimos, lo que sabemos; el que dice lo que no cree, lo que no siente, hace un deplorable abuso de este don con que el Señor le enriqueciera, é introduce ideas falsas, en ese comercio intelectual de que acabo de hablaros, abusando de la buena fé de los que le traten, como el falsificador de otro género introduce monedas de mala ley y falsos billetes en el tráfico comercial.

El niño, que se acostumbra desde sus primeros años á la sinceridad y la verdad, llega á ser un hombre recto, prudente, de aquellos, cuya palabra de honor no se quebranta jamás, vale tanto como un documento legal, de aquellos que no dicen más que lo que saben y que es absolutamente cierto, que no prometen más que lo que están seguros de poder cumplir y que sacrifican si es necesario sus intereses y aun su propia vida al cumplimiento de una palabra, legítimamente empeñada.

Empezad, ahora, por no engañaros, entre vosotros, con chanzas que creeis inocentes, y que no lo son, desde el momento en que manchan vuestros labios con palabras no verídicas; y si alguna vez sucede esto, no se avergüence el que ha sido engañado por un compañero, avergüén-

cese y mucho el que se ha atrevido á proferir una mentira con el objeto de abusar de la credulidad y candor de otro niño, que si le ha creido, es porque le supone más veraz y por consiguiente, más bueno de lo que es. Con este amor á la verdad, que trato de inspiraros, lograreis que nadie os impute faltas que no teneis, pues vuestros padres y maestros y cuantos con vosotros traten, conociendo vuestra sinceridad apelarán á ella; si habeis dilinquido, lo confesareis ingenuamente para obtener el perdón, que nunca se niega al que se humilla y arrepiente; y si no habeis faltado; os bastará asegurarlo con el rostro sereno del que dice la verdad, con el acento de la inocencia, y sereis creidos. No titubiéis en arrostrar el enojo de los superiores, no vacileis entre esto y mancillar vuestros labios, y contaminar vuestro corazón con un pecado que Dios ha prohibido en uno de sus divinos mandamientos, así evitareis además el familiarizaros con el vicio de faltar á la verdad, vicio que os acarrearía el desprecio de todos cuantos os tratasen, y os envilecería á vuestros propios ojos, siendo este vicio algo así como un declive por el cual se desciende á otros más vergonzosos.

Ulises, rey de Itaca, tenía un hijo llamado Telémaco, á quién se esmeró en dar la educación más perfecta, elijiendo al efecto á Mentor, ayo tan prudente y sabio, que ha logrado pasar á la posteridad, como un modelo de educadores, dán-

dose en el día, su nombre al pedagogo ó maestro, que desempeña muy bien su cometido.

El monarca griego, tenía, además, sumo placer en dar á su tierno hijo, preceptos de la moral más pura, así es que le sentaba sobre sus rodillas, y entre las caricias y los besos paternales recibía el inocente príncipe, prudentes consejos, que juntos con los de Mentor, habían de producir el deseado fruto, haciéndole el jóven más virtuoso de su tiempo.

Una de las prescripciones, que le repetía con más frecuencia Ulises, era la de no mentir jamás por motivo alguno, diciéndole muchas veces: *Hijo mío, antes morir que mentir.*

Llegó el caso, efectivamente, de hallarse el príncipe, jóven ya, en los estados de Pygmalión, mortal enemigo de su padre, y como tuviese precisión de presentarse al citado rey, el cual no le conocía personalmente, hubo quien le aconsejara, se fingiese de otra nación y otro linaje, para sustraerse á la cruel suerte, que le amenazaba si confesaba la verdad; pero el honrado y recto corazón de Telémaco aborrecía la mentira, y declaró terminantemente que no quería conservar la vida comprada con una bajeza, mancillada por una mentira. En vano insistió su amigo Narval, que le acompañaba, y que estaba expuesto á sufrir la misma suerte, manifestándole, que su mentira no causaba daño de tercero, que salvaba dos existencias, y que al mismo Pygmalión si le engañaba le evitaba un crimen. Telé-

maco replicó con entereza, que le sería más fácil morir, que faltar á la verdad, y concluyó suplicando á Narval, que si no tenía valor para arrostrar la muerte, le abandonase á su destino; que él declararía ingénuamente su nombre y patria, que acaso el Cielo recompensaría, su sinceridad, conservando una vida que se hallaba en el albor, y que, en el caso contrario, dejaría á la posteridad un ejemplo de horror á la mentira.

Telémaco era gentil ó pagano, hijos míos, pero era justo: la Divina Providencia tuvo á bien permitir que el enemigo de Ulises perdonase al hijo, en gracia de su juventud, inocencia y sinceridad.

Telémaco era pagano, y acabamos de ver que prefería la muerte á la mentira. ¿Qué debe hacer, pués, un niño cristiano, un discípulo del Maestro Divino, de cuyos sagrados labios brotaron siempre palabras de verdad eterna, que habló verdad á aquellos que muchas veces no querían oirla, lo mismo en Galilea, que en las playas de Tiberíades, así en el templo de los judíos, como en el pretorio del juez inícuo y prevaricador?

Ciertamente que habiendo dicho Jesús: «Todo aquel que ama la verdad, oye mi voz,» no debe haber un solo hombre que se precie de Cristiano, que no profese una especie de culto á esa noble virtud, que tanto enaltece al alma, asemejándola á su Creador.

Aborreced las mentiras perniciosas, que convierten al hombre ó á la mujer, en un aspid ve-

nenoso, haciendo que su lengua, que propala calumnias y arrebata reputaciones, sea comparada por lo temible á una espada de dos filos. Evitad las mentiras oficiosas, que exponen al que de ellas echa mano, á verse públicamente desmentido cuando un imprevisto incidente descubre la verdad y pone de manifiesto su ardid, haciéndole bajar los ojos y cubriendo sus mejillas con el carmín de la vergüenza. Si no os conviene decir la verdad, guardad silencio. Finalmente, no adquirais la costumbre de mentir por hacer bromas; costumbre que os convertirá en juglares impertinentes; no os seduzca el deseo de que os busquen y os rodeen para escucharos, teniendo presente que no os siguen por amistad ó por cariño, sino por el deseo de divertirse y que por consiguiente servís de payasos; que al paso que os aplauden os desprecian por embusteros, que renunciais á la esperanza de ser creidos cuando digais verdad; y, por último, que el gracioso de profesión, no tiene libertad para estar serio, ni se respeta su sentimiento, cuando está triste, ni le compadecen ni conduelen los que se creen con derecho á que les divierta, los que están acostumbrados á oir jocosidades de sus labios.

Más que fama de graciosos y decidores, más que ningun interés ó consideración humana, ama la verdad, bella con su túnica celestial y su innato brillo, hermosa sobre todo encarecimiento, por ser el lenguaje de Jesús y de los ángeles.

LECTURA 7.ª

El oso blanco



El oso blanco que vive en los mares glaciales, entre la nieve polar, se diferencia de los demás osos, en que su cuerpo es muy largo y sus piernas muy cortas. Tiene además las cejas prominentes, y siendo tan blanco por fuera, el interior de la boca es completamente negro.

Aunque nunca sale de entre la nieve, jamás siente frío; Dios le ha dado un traje de espesa piel para conservarse el calor, así es que le gusta tanto el aire frío y penetrante, como á nosotros una ráfaga dulce, templada por el sol.

Nunca resbala en el hielo, como nos pasa á nosotros, pues tiene la parte inferior de los piés cubiertos con largo vello. Camina tan suavemente como si estuviera calzado con un par de escarpines de terciopelo.

Habita siempre cerca del mar, no solo porque es buen nadador, sino también porque en el mar encuentra su habitual alimento: focas, cetáceos y peces.

La foca es lo que más le gusta comer. Vaga y ronda sobre el hielo, hasta que halla un sitio donde el hielo está fundido, pues que ese punto es aparente para ver aparecer la cabeza de una foca; por consiguiente se sienta y aguarda.

Al rato una foca se asoma: el oso se lanza sobre ella, la despedaza y se la come.

A veces se arroja al agua en seguimiento de un pez, y con tal velocidad, que lo pesca antes que desaparezca en el agua.

Pero su plato especial y preferido, sin duda por lo raro, es un despojo de ballena muerta.

Cuando no puede hallar alimento en la costa, emigra hasta algún paraje donde el hielo se haya derretido y se nutre de bayas y frutas. Y si tiene mucha hambre, se contenta con comer aunque sean las algas de la playa.

Entonces, cuando está hambriento y flaco es peligroso encontrarle, y hay que herirle con acierto para no ser vencido y devorado por él.

LECTURA 8.ª

Un abrazo

El padre Beauregard, que fué después obispo de Montoubau y más tarde de Orleans, era cura de San Pedro, catedral de Poitiers, á la caída de Napoleón III.

En esta época de anarquía y confusión, algunos comuneros y ateos furiosos se desataban en amenazas é insultos contra el buen cura que contrastaba con aquellos energúmenos, por su fé y su dulce mansedumbre.

Algunos de ellos le amenazaban con la mayor brutalidad, y entre ellos contábase un curtidor de cueros, que habitaba su parroquia, y había jurado matarle.

El padre Beauregard, cuando lo supo, se dirijió á la casa del desgraciado iluso, engañado por las ideas de falsa libertad, y halló en ella á la mu-

jer del curtidor, anegada en lágrimas, á consecuencia de una violenta escena, que acababa de estallar entre ambos conyuges.

—¿Dónde está vuestro marido? le preguntó el cura.

—Ah, señor cura, está ahí arriba, y muy furioso!

—Deseo hablarle.

—Guárdese bien de hacerlo, padre! exclama la mujer; esta mañana no más, juraba, que Vd. no moriría sino á sus manos.

—No importa, es necesario que le hable.

Y no escuchando ni observaciones, ni súplicas, sube la escalera estrecha y oscura, que conduce al cuarto que le había indicado la mujer.

—Por Dios! Por Dios, no suba Vd.! repetía la mujer acongojada, y temiendo algún acontecimiento trágico, no retuvo sus sollozos y se echó á llorar á gritos.

—¿Qué vienes á hacer aquí? desgraciado! vociferó el curtidor, así que le vió.

—A abrazarte, respondió el cura.

Y cerró la puerta tras de sí.

Oyéronse entonces, imprecaciones y blasfemias del curtidor, que hablaba colérico y fuera de sí; y de cuando en cuando, la voz dulce y tranquila del valeroso sacerdote, que se esforzaba en templar la exasperación de aquel hombre furibundo.

La entrevista duró una hora; que fué una

hora de tortura, para la pobre mujer, que aguardaba temblando, el desenlace.

Por último, oyó abrir la puerta; el ministro de Dios, había vencido.

Había abrazado á su enemigo, guiado por la Caridad, y ahora su enemigo le acompañaba con respeto hasta la calle, y desde entonces le fué siempre adicto y cariñoso amigo.

LECTURA 9.ª

El león y la zorra

FÁBULA

Un león, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguía hambriento y fiero
Al mamón becerrillo y al cordero
Que trepando por la áspera montaña,
Huían libremente de su saña.
Afligido del hambre, al par de muerte,
Discurrió su remedio, de esta suerte:
Hace correr la voz, de que se hallaba
Enfermo en su palacio, y deseäba
Ser de los animales visitado:
Acudieron algunos, de contado;
Mas como el grave mal, que lo postraba,
Era un hambre voraz, tan solo usaba
La receta exquisita,
De engullirse al *Monsieur* de la visita.

Acércase la zorra de callada,
Y á la puerta asomada,
Atisba muy despacio,
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El león la divisó, y en el momento
La dice:—Ven acá; pues que me siento
En el último instante de mi vida
Como ötros visítame, querida.
—Como otros? ¡ah señor! he conocido
Muchos que entraron, pero no han salido!
Mirad, mirad la huella
Bien claro dice ëlla,
Que no es muy bueno entrar, do no se sale.
La prudente cautela, mucho vale.

LECTURA 10.ª

Respeto y gratitud

El respeto! he aquí una gran palabra, porque es una gran cosa! No habeis oido hablar de la historia de Tobías, que nos narra la Biblia, el libro de los libros, inspirados por Dios?

No habeis notado, el profundo respeto, el gran amor, y la obediencia que demuestra el jóven Tobías, ya hombre, por su buen padre ciego y afiijido?

Os acordaréis del largo viaje que emprende por obederle? Y como á causa de esta pronta obediencia, le acompaña el Arcangel San Rafael? Y como por ella obtiene de Dios, la milagrosa

cura, de su padre querido? Oh! si no sabeis esta hermosa historia, pedid á vuestros padres ó á vuestros maestros, que os la cuenten!

¿Qué es pues el respeto? Es un sentimiento de veneración, de deferencia que se tiene por alguien, á causa de su carácter, de su cualidad, ó de su edad.

Sin embargo dos personas completamente iguales, por su posición social, pueden respetarse mútuamente por el aprecio de sus virtudes recíprocas; pero muy á menudo este sentimiento de respeto va acompañado de otro: el de nuestra propia inferioridad moral é intelectual, cuando nos comparamos, con la persona que respetamos.

Ahora bién, mientras seais niños ¿cómo no seréis inferiores á vuestros padres en prudencia, experiencia y saber?

Y cuando seais grandes, ni la ley ni vuestra razón humana, ni mucho menos la Ley Divina, os eximirán jamás de tributarles el más profundo respeto.

Inseparable del respeto, tiene que ser la gratitud. La gratitud que es tan natural en un corazón cariñoso; ¡es tan dulce el agradecer los beneficios recibidos y los que continuamente se reciben! Gratitud para con Dios, á quien debemos todo! gratitud para con nuestros padres, para con nuestros buenos profesores, y para con todos aquellos, en fin, de quienes recibimos beneficios.

Y cómo demostrarla? Por nuestros actos: Cumpliendo los mandamientos de Dios, obedeciendo á nuestros padres, y aprovechando las ocasiones propicias para retribuir á nuestros bienhechores los servicios recibidos.

Gratitud! Si hasta los mismos animales nos la enseñan! Fijaos en el perro: le acariciamos, le damos de comer, en fin de un modo ó de otro le causamos bienestar, y él nos lo agradece, afeccionándose á nosotros, siguiéndonos con fidelidad, y defendiéndonos contra cualquier ataque ó agresión.

Suele ser agradecido aun hasta la muerte, y en la vida diaria nos atestigua su gratitud lo mejor que puede, ya lamiéndonos las manos, ya saltando en torno nuestro, ya echándose á nuestros pies y hasta mirándonos los ojos, como para adivinar nuestro pensamiento y obedecerlo.

Casi parece que no le falta más que la palabra para decirnos: gracias!

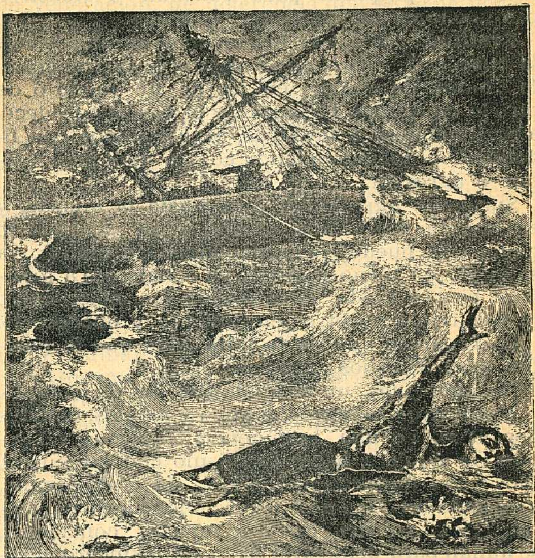
He aquí pues, un animal, que nos dá ejemplo.

Y nosotros hombres, seres racionales, dotados por Dios, de una inteligencia superior, no sabremos siquiera hacer lo mismo con ese mismo Dios y con nuestros padres? Sí, sin duda alguna, y en cada una de nuestras acciones nuestros sentimientos, nuestra razón y nuestra conciencia, se aunan para demostrarles nuestro sincero agradecimiento.

Y cuando seamos grandes, continuaremos procediendo de igual modo, ¿verdad?

LECTURA 11.ª

Un hombre al agua



No hay vida más llena de aventuras, que la del marino, expuesto constantemente á la furia

del mar, y obligado á desafiar á cada instante los mayores peligros; pero también, no hay existencia que desarrolle más esa energía, que duplica las fuerzas del hombre, ese menosprecio del peligro, que dá más facilidad para vencerlo, y esa abnegación desinteresada que no retrocede ante ningún obstáculo, cuando se trata de ir en socorro del prójimo.

Cuando un marinero, en alguna de sus difíciles maniobras, tiene la desgracia de ser arrebatado por una ola; cuando resuena sobre el navío el grito siniestro, de: *Hombre al agua!* inmediatamente sus compañeros se hallan prontos y dispuestos á exponerse para salvarle. Ahora bien, si se piensa que estos accidentes no suceden generalmente, sino en medio de una borrasca, en un mar embravecido por desencadenados vientos, y entre furiosas oleadas, podemos perfectamente darnos cuenta de todo el valor que es preciso desplegar para ir á prestar socorro al náufrago.

Hé aquí, cómo relata un marinero una de estas historias terribles y sublimes á la vez:

—Tres días después de nuestra salida de Río Janeiro, un hombre de la tripulación, se cayó al mar, por un descuido, mientras estaba ocupado en lo alto de uno de los masteleros de juanete. Yo acababa de bajar para comer; pero oyendo el grito: *hombre al agua!* corrí sobre el puente y me arrojé en una embarcación con cuatro

compañeros más, y comenzamos á remar vigorosamente.

Yo oía, la voz del desgraciado que me llamaba por mi nombre, y que me pedía que le salvara.

Desde la cubierta le había distinguido perfectamente, pero ya en el bote no le pude ver más.

Nos dirijimos sin embargo hacia la parte donde resonaban los gritos; pero las olas que se entrechocaban nos impedían ver á nuestro compañero.

Por último divisamos su sombrero, arrastrado por una ola. Hicimos fuerza de remo hacia ese punto, y descubrimos al pobre hombre que luchaba todavía con el mar.

Lancéme á nado en el momento en que iba ser tragado por las olas, y conseguí arrastrarle hasta el bote, al que nos ayudaron á subir nuestros camaradas.

Mas durante este tiempo, había arreciado el viento, y el cielo se había oscurecido; un violento aguacero sobrevino, y uno de nosotros gritó que ya no veía á nuestro buque. Era cierto, había desaparecido, y estábamos sobre el océano en una frágil canoa, sin alimentos, y vestidos ligeramente.

Felizmente hallamos en nuestro bote un barrilito de agua fresca, que podía bastar á nuestras necesidades durante dos días. Aunque el bote tenía mástil, las velas habían quedado á bordo del buque.

Estábamos pues reducidos á nuestros remos.

Deliberamos. Unos querían permanecer en el mismo sitio, en la esperanza de que nuestro barco viniera á buscarnos; la mayoría decidió que nos dirigiéramos hacia la costa. Yendo hacia ella, teníamos las mismas ó más probabilidades de encontrar á nuestro navío, si se había echado en nuestra busca, y por otra parte podíamos á lo menos, abrigar la esperanza de pisar tierra firme.

Durante todo el resto del día, y la noche y el día siguiente hasta medio día, cayó el agua á torrentes y el mar se agitó horriblemeute. No teníamos ningun amparo contra las olas, y privados de brújula, nos dirigimos sin rumbo, avanzando muy poco, porque solo dos de nosotros remaban, mientras descansaban los otros.

Veintiocho horas pasaron de ese modo: las más crueles que he pasado en toda mi vida.

El frío, el hambre, y el cansancio empezaban á paralizar nuestros esfuerzos.

De pronto alguien observó, que le había parecido oír el estampido de un cañón, en lontananza. Y todos nos pusimos á escuchar con una ansiedad inexplicable: un segundo estampido se hizo oír!

Este acontecimiento nos devolvió todo nuestro vigor; empuñamos todos los remos, y nos dirigimos lo más rápidamente posible, hacia la parte, donde de diez en diez minutos resonaban detonaciones que se iban acercando cada vez más.

No tardamos mucho en divisar y reconocer á nuestro barco.

Era evidente que nos buscaba; pero estaba aún muy lejos de nosotros, y temimos, por un momento, que no nos vieran desde él.

Multiplicamos las señales, y nuestra ansiedad se hizo más viva, tal vez, que no lo había sido momentos antes de haber vislumbrado esta esperanza de salvación.

Al fin (ah! no olvidaré jamás lo que sentí en ese momento!) vi plegar las velas.... ¡Gracias á Dios! estábamos salvados!

Un minuto más, y nos hallamos á bordo de nuestro querido barco, arrancados por gracia de la Virgen, á quien no habíamos cesado de implorar, de entre las garras de la más espantosa de las muertes.

LECTURA 12.ª

Caridad

—¡Madre! ayer un desgraciado
Una mano me alargó,
Y entre sollozos me dijo:
—Una limosna por Dios!
Al verme dobló su frente
Pálida por el dolor,
Y entre profundos suspiros
Una lágrima vertió.

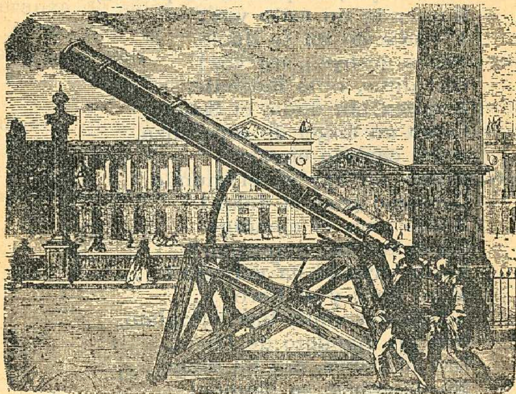
—Infeliz! y tú, hijo mío,
Le desdeñaste...
—No, no:
Le dí una limosna, madre,
Y él, la mano me besó,
Y tembloroso me dijo:
¡Gracias! que os lo pague Dios!
Desde ayer, de puerta en puerta,
Buscando un asilo voy;
Y nadie de mí se duele,
Todos desoyen, mi voz!
Oh! dime, niño inocente,
A quién, sin duda, el Señor,
Como un ángel de esperanza,
A mi camino envïó:
Acaso no hay en el mundo
Consuelo para el dolor?
Acaso para el mendigo
No existe la compasión?
Es un crímen, la pobreza?....
Y yo lloré y el lloró....
—Hijo del alma, has cumplido,
Con un mandato de Dios:
Dad al pobre, nos ha dicho,
No desechéis su clamor;
Que aquel, que un pan le rehuse,
No alcanzará mi perdón.
Así dijo Aquel que, humilde,
En un establo nació,
Pobre como los mendigos,
Sujeto al frío y al sol;

3

Y sin embargo ¡era el Cristo!
Y sin embargo ¡era Dios!

LECTURA 13.ª

El telescopio



Los hijos de un óptico de Middelbourgo, ciudad de Holanda, divertíanse un día en colocar, dos vidrios de aumento, uno delante del otro, y notaron con sorpresa, que los objetos mirados á través de ellos se acercaban; admirados del

fenómeno, contáronle á su padre la aventura. El papá colocó los dos vidrios en un tubo, y así se inventó el anteojo de aproximación, ó telescopio.

El descubrimiento hizo ruido. El célebre Galileo, que se hallaba en Venecia, oyó hablar de ese aparato por medio del cual se veían los lejanos objetos como si estuvieran mucho más próximos. Pero no se sabía más nada, porque el inventor, guardaba cuidadosamente el secreto.

Con solo este débil indicio, púsose á discurrir el gran físico cómo podría ser dicho instrumento, estudiando la marcha de los rayos luminosos en vidrios esféricos de diferentes formas; después de algunos ensayos hechos con los lentes que tenía á mano, produjeron el resultado que se buscaba.

Pocos días después, presentaba Galileo, al Senado de Venecia, varios anteojos, acompañados de una relación en que exponía las consecuencias incalculables, que traería su descubrimiento, para las observaciones astronómicas.

La esfera celeste, iba á ser accesible á todas las miradas; el hombre podría estudiar todos esos mundos luminosos, sembrados en el espacio por la mano de Dios, y el universo se le mostraría bajo un nuevo aspecto.

El instrumento, rápidamente perfeccionado, hallóse en estado de servir para observar el firmamento. Galileo vió, entónces, lo que ninguna vista humana había contemplado antes que él:

la superficie de la luna erizada de montañas, y surcada por profundos valles; el planeta Vénus presentando fases regulares, como la luna; el planeta Júpiter, rodeado de cuatro satélites que le acompañan en su curso; la vía láctea, cuajada de una multitud de estrellas tan lejanas, tan lejanas, que aparecen muy pequeñas para ser percibidas á la simple vista, de otro modo que en conjunto y como una nube.

Galileo descubrió, aún, manchas movibles en el disco del sol, y de ello dedujo, que este astro giraba sobre sí mismo. Siguió el movimiento de los mundos y guiado por su genio, declaró valientemente que la tierra en vez de permanecer inmóvil, según las apariencias, es un globo que gira sobre sí mismo, impulsado además, por un movimiento circular al rededor del sol.

Tales fueron los primeros resultados del descubrimiento del telescopio.

De entonces acá, este instrumento ha sido muy perfeccionado. Uno de los últimos y más célebres, es el de Herschell, famoso astrónomo inglés; con él se han realizado grandes descubrimientos de la astronomía moderna.

LECTURA 14.ª

La brújula

Para orientarse á través de la inmensidad de los mares, no tenían, los antiguos navegantes,

más sistema que el de consultar la posición de los astros; pero este recurso era muy deficiente.

Las neblinas y los nubes podían ocultarles durante noches enteras la vista del cielo, y dejarles así en la imposibilidad de reconocer sus derroteros.

Hallábanse pues obligados, á viajar casi constantemente á vista de las costas; pero de ahí les resultaba un doble inconveniente: primeramente la necesidad de un gran número de vueltas, y por consiguiente atrasos y pérdida de tiempo; en seguida el peligro de la navegación sobre las costas, donde es más difícil y riesgosa que en alta mar, á causa de las corrientes, los escollos y las mareas.

Por eso, el descubrimiento de un instrumento que dirigiese á los marinos en la extensión de los mares, durante todas las estaciones del año, en todo tiempo y en cualquier sitio, fué un acontecimiento de los más importantes de la historia de la humanidad y que contribuyó más que todos los esfuerzos de los siglos precedentes á perfeccionar y extender la navegación.

La brújula está basada en la propiedad maravillosa que tiene la aguja imantada, de dirigirse en el sentido del eje de la tierra, es decir, de la línea que vá de sur á norte, cuando se halla en equilibrio y libertad.

Un ciudadano de Amalfi, poderosa ciudad marítima de antaño, fué el primero que comprendió que esta propiedad, que indicaba de un mo-

do cierto y constante los puntos cardinales, proporcionaba un medio seguro para conocer la dirección que seguía un buque en medio de los mares. Este hombre, llamado Flavio Gioja, fabricó allá en el año 1300—hace casi seis siglos—un instrumento en forma de caja, en el que la aguja imantada colocada en equilibrio sobre un eje, podía moverse con toda libertad y dirigirse así hacia el norte, en cualquier dirección que se hallase colocada la caja.

Tal es la brújula, empleada aun hoy, únicamente se le ha agregado un aparato que constantemente mantenga á la caja en una posición horizontal, en medio de los movimientos del barco, para que no influyan en los de la aguja.

Solo cerca de cincuenta años después de este hermoso invento, fué que comenzaron á usarlo los navegantes. Pero los buenos resultados no se hicieron esperar; en el siguiente siglo se realizaron los dos mayores descubrimientos marítimos de la historia: el del paso de las Indias, costeando el cabo de Buena Esperanza, por Vasco de Gama, y el mayor de todos, el de nuestra América, por Cristóbal Colón.

Los Chinos, que están muy lejos de haber sacado de la brújula el mismo partido, que los europeos, parece que la conocieron y emplearon desde mil años antes: en esto, como en otros inventos, nos han precedido de mucho.

Asi es que parece casi seguro que han inventado la pólvora de cañón, un siglo antes del nacimien-

to de Nuestro Señor Jesucristo; el grabado en el siglo sexto de la Era Cristiana; la imprenta en el onceno; el alumbrado á gas en el duodécimo, y muchas otras cosas más, de las que han tenido conocimiento y uso antes que los pueblos de occidente. Pero las rigurosas leyes, que les han prohibido hasta ahora la comunicación con los extranjeros, han impedido que estos descubrimientos se propagaran en el mundo y que se perfeccionaran entre ellos mismos.

LECTURA 15.ª

La invasión inglesa

Todos vosotros sabeis, amiguitos míos, que nuestra Patria estuvo antes en poder de la España; pero tal vez ignoréis que los ingleses también pretendieron dominar en ella y ocuparon á Buenos Aires. Pero los patriotas supieron arrojar bien pronto á los invasores.

Oid, á uno de nuestros historiadores, referir esos gloriosos hechos:

«Resentida la Inglaterra de la conducta del rey de España, favorable al emperador Napoleón Bonaparte, cometió la tropelía de apoderarse á viva fuerza de cuatro fragatas españolas, que conducían caudales cuantiosos de América para los puertos de la península.

Este hecho repugnante y doloroso, porque una de las fragatas voló con toda su tripulación

durante el combate, obligó al débil Cárlos IV á aliarse con Napoleón y á declarar la guerra á los ingleses.

Fué en esta guerra que sucumbió para siempre el poder marítimo de España, en la famosa batalla de Trafalgar, el día 19 de Octubre de 1805; y con pretexto de esa misma guerra, trataron los ingleses de realizar el plan antiguo de apoderarse de las posesiones españolas en América.

El 6 de Junio de 1806, entró al Rio de la Plata una escuadra al mando del comodoro *Home Popham;* y en la tarde del 25, desembarcaron en la playa de Quilmes, como mil y seiscientos hombres, al mando inmediato del mayor general Sir Guillermo Carr Berresford.

Las medidas que se tomaron para resistir á esta pequeña fuerza, fueron las siguientes:

Saliéronles al encuentro 700 hombres milicianos, mandados por un anciano inútil, los cuales se dispersaron; apoderándose los ingleses de la fortaleza, en la tarde del 27 de aquel mismo mes.

Sobremonte, mientras tanto, pensaba solo en huir, en retirar los caudales del Estado hacia Luján, y en salvarse de todo conflicto con su familia; dejando á la población sin cabeza y entregada á la generosidad del extranjero victorioso.

El Cabildo, mientras huía el Virey, representaba solo la autoridad del país; y con él se entendieron los ingleses durante la ausencia del Virey.

El Cabildo, temeroso de algún mal para el

pueblo, obligó á Sobremonte á entregar los caudales á los ingleses, que los solicitaban con empeño; y efectivamente, lograron éstos embarcar como millón y medio de pesos fuertes, que nunca volvieron á poder de su dueño, á pesar del mal éxito definitivo de la ocupación británica del Rio de la Plata.

Los ingleses guardaron una conducta ejemplar mientras ocuparon la ciudad.

Respetaron las propiedades, personas y costumbres del país; no cometieron ninguna violencia, aunque conocían que la masa de la población no simpatizaba con ellos, como lo palparon poco después.

Ese sentimiento del pueblo de Buenos Aires, se manifestó por medio del acto heróico del vecindario, que se conoce con el nombre de la *reconquista.*

La reconquista fué un movimiento del vecindario armado, que obligó á los soldados de Berresford á capitular y á reembarcarse en sus naves.

He aquí la historia de ese movimiento:

Todos los vecinos ricos é influyentes de Buenos Aires, tanto españoles como hijos del país, reunieron armas y dinero, y difundieron por todas partes la idea de libertarse por la fuerza de los invasores.

Faltábales un jefe capaz de guiar con táctica y acierto este entusiasmo general, y le encontraron en D. Santiago de Liniers, oficial de la marina española, aunque de orígen francés: va-

liente, amigo de fama, de edad de cincuenta años, casado en el país y simpático por las prendas amables de su carácter. Este fué el jefe, el héroe militar de la reconquista.

Don Juan Martín de Pueyrredón, que desempeñó cargos importantes en la revolución de la independencia, y D. Martín de Alzaga, que fué víctima de esa misma revolución, contribuyeron á preparar los hombres y demás elementos de que dispuso Liniers para organizar el ataque contra los invasores.

Las fuerzas reunidas llegaron á poco más de mil hombres, reclutados en Luján, en las Conchas y en la capital.

El punto de reunión de esta fuerzas fué el pueblecito litoral de las Conchas, de donde partió hacia Buenos Aires, deteniéndose en los corrales de Miserere, que es el actual mercado Once de Setiembre, desde donde intimó Liniers la órden de rendirse, al general de las fuerzas inglesas.

Este se mantuvo con honra en su puesto, y esperó el ataque.

El pueblo tomó en brazos los cañones, porque los arrabales y las calles estaban intransitables con recientes lluvias; mientras que grupos de vecinos organizados y armados, se encargaban de sitiar á los ingleses y cortarles todos los recursos.

Los ingleses acampaban en la plaza principal, hoy de la Victoria, y allí fueron atacados, por

las calles que pasan por la Merced y por la Catedral.

Las fuerzas de ataque crecían por momentos porque se reunían á ellas todos los vecinos que poseían una arma cualquiera: tal era la decisión y el entusiasmo del vecindario.

El general Berresford tuvo que refugiarse en la fortaleza y enarbolar bandera de parlamento, obteniendo condiciones generosas, aunque se encontró prisionero con todos sus soldados, que rindieron las armas y banderas á la puerta del Cabildo.

Esta acción de guerra costó como 500 víctimas por ambas partes.

Los ingleses tuvieron 250 hombres fuera de combate, y 200 los nuestros.

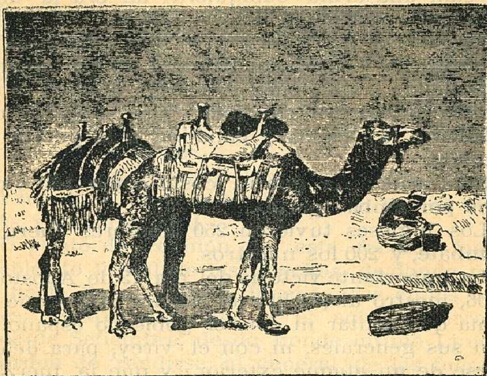
La importante victoria del día 12 de Agosto de 1806, mostró al pueblo de Buenos Aires que no tenía que contar ni con el gobierno español ni con sus generales, ni con el virey, para defenderse de un ataque exterior; y que la fuerza y la capacidad para gobernarse le pertenecían exclusivamente.

El pueblo demostró este convencimiento, nada menos que con la deposición del virey, que se hallaba en la ciudad de Córdoba con pretexto de reunir algunos milicianos de aquella provincia.

En reemplazo de Sobremonte, nombró el pueblo á D. Santiago de Liniers, cuyo nombramiento confirmó el mismo virey de muy mala gana.»

LECTURA 16.ª

El camello



En algunas partes del mundo existen grandes extensiones de tierra árida y solitaria, llamadas desiertos. Nuestra pampa es una de ellas. Pero la más grande y terrible de todas, ya por las fieras y bandidos que pululan en ella, como por los ardores del sol, que caldean sus arenas, es el desierto de Sahara en Africa.

En los desiertos no hay casas, ni árboles, ni alegres ríos.—De cuando en cuando un grupo de palmeras aisladas, dan sombra al viajero en Afri-

ca; entre nosotros el ombú es el que templa los ardores del sol.

Qué triste es un desierto! La vista no descubre más que arena, por más que se vuelva á todos lados. Así es que para atravesarlo, debe ir provisto el viajero de todo cuanto necesite.

Debe llevar víveres y agua suficiente para él y sus compañeros.

En nuestra pampa no es necesario tanta provisión, debido al clima, como se necesita en Africa, donde el sol es abrasador. Allí los caballos no son capaces de cargar todo lo que se necesita para atravesar el desierto; pero Dios le ha dado al hombre, otro animal para hacerlo. Este animal es el camello.

Cuando los marinos surcan el mar en un barco, el barco puede cargar cuanto necesitan.

Y como el camello hace lo mismo para con su ginete en el desierto, se le llama «el barco del desierto.»

El camello es un animal grande y que tiene en el lomo dos jibas ó jorobas. Hay otros que no tienen más que una: entonces se llaman dromedarios. Los dos nombres del camello indican sus propiedades y la estimación que se les tiene. Camello deriva de *gapial* en hebreo que quiere decir: productivo. Dromedario, tiene su origen en la palabra griega, *dromos*, que significa: comer.

Es un animal tan dócil, que pronto aprende á arrodillarse, para facilitar el trabajo de cargarle; y cuando se termina la jornada y llega la hora

del descanso, vuelve á arrodillarse de nuevo, para que puedan descargarle con comodidad.

El camello puede estar mucho tiempo sin necesidad de alimentarse; y antes de salir, bebe el agua suficiente para varios días.

Es un animal tan útil y tan sobrio, que no es extraño que el árabe lo ame, y cante sus cualidades en sus canciones.

El caballo lleva á su dueño, la vaca le dá leche y el carnero le dá lana para vestirse. Pero el árabe encuentra en el camello esas tres cosas reunidas.

Les abastece de leche y de casi todo cuanto necesitan. Su carne después de muerto sirve de alimento, y se tejen telas con su pelo.

Los camellos abundan en Africa, Persia y Arabia.

LECTURA 17.ª

El hijo de Sócrates

Aunque todos vosotros, niños míos, amáis cariñosamente á vuestros padres, no os debe extrañar que existan, desgraciadamente, hijos que no los quieran, porque las excepciones confirman la regla, pero sí, debéis procurar quererlos más cada día, porque Dios, nos lo ha impuesto como mandamiento: Honrarás á tu padre y á tu madre, si quieres vivir largo tiempo sobre la tierra.

La recompensa de los otros mandamientos es

un secreto de Dios, que ya la otorga en la tierra y en el Cielo, ó ya se la reserva para el Cielo solamente. Pero para este mandamiento, añade el Señor: si quieres vivir largo tiempo sobre la tierra. Y especifica y determina el premio de los buenos hijos en el mundo, á más del premio que les está reservado en el Paraiso. Y el mismo hijo de Dios, Jesús, confirmó este mandamiento con su divino ejemplo, siendo obediente y cariñosísimo siempre con la Santa Virgen, su Madre Inmaculada, y con San José, que hacía para con el Niño-Dios las veces de padre, sobre la tierra.

Pero á pesar de este mandamiento y ejemplo de Dios, hay hijos ingratos, que no aman ni obedecen á sus padres.

Muchos de estos piensan, que pueden desligarse de esta orden de Dios, porque á veces sus padres no son cariñosos con ellos ó temen frecuentes arranques de enojo, sin considerar que muchas veces la causa de este enojo, y falta aparente de cariño, (porque los padres aman siempre entrañablemente á los hijos) es la mala conducta de ellos mismos, que no saben tratar á su papá ni á su mamá con la consideración que Dios manda, y que ellos, por consiguiente se merecen.

Entre mil otros ejemplos que podría citar, basta la siguiente historia para darnos una prueba de ello.

Tal vez sepáis vosotros, (y si acaso no lo sabéis,

ahora os lo digo), que cuatrocientos años antes de que viniera al mundo Nuestro Señor Jesucristo, existía en Atenas, la ciudad más famosa de la antigua Grecia, un célebre filósofo, de quien se decía que era *el más sabio de los hombres*. Llamábase Sócrates y era hijo de un alfarero.

Sócrates tuvo una gran influencia sobre sus contemporáneos, debido á su virtud, á la simplicidad de su vida, y á su gran inteligencia.

Sócrates tenía un hijo que se llamaba Lamprocles, y que no quería nada á su madre.

Un día que se había comportado mal con ella, su padre, le dirigió las siguientes palabras:

—Hijo mío, ¿á quién llamas tú ingrato?

—A todos, respondió este, los que se acuerdan de los beneficios recibidos y que se hacen los sordos para no corresponder á ellos.

—Pero entonces, ¿no es verdad que esta sordera es criminal, y que cuanto mayores sean los beneficios recibidos, tanto más odiosa es la ingratitud?

—Ciertamente, respondió Lamprocles.

—Pues bien, hijo ¿qué se debe pensar entonces de tu conducta para con tu madre? A ella debes la vida, y con esta vida, todos los beneficios con que Dios ha colmado al hombre. Tu madre te ha sustentado, y te ha educado, al duro precio de mil trabajos y dolores.

—Tienes razón, padre, dijo Lamprocles, todo avergonzado: cierto es que mi madre ha hecho

todo eso, pero su carácter y humor son tan ásperos, que es imposible soportarla.

—Pero, hijo mío! y ¿cuántos disgustos no le has ocasionado tú, á ella, y ella los ha soportado sin quejarse? ¿Cuántas veces, cuando chico no la has dejado dormir en toda la noche, con tus llantos y tus gritos? ¿Cuántos sustos y congojas no le has dado con tus enfermedades y miserias? ¿Cuantas veces no la has contrariado y lastimado con tus faltas? Y sin embargo ella jamás ha dejado de quererte! Oh, hijo mío, ruega á la Divinidad, que te perdone las faltas que has cometido para con tu madre, y no la ofendas más de ahora en adelante! Si no obras así, merecerás el castigo del Cielo y el desprecio de los hombres. ¿De qué virtud serías capaz, si no comienzas por amar á tu madre?

Ya véis. Lamprocles, es el mal hijo, que disculpa su falta de amor hacia su madre, con el mal genio de ella. Verdad es que Xantipa, (que así se llamaba la mujer de Sócrates), era de bastante mal genio y muy gruñona. Sócrates mismo lo sabía, por experiencia propia, pero este hombre eminente, respondía siempre con admirable dulzura á todos los ímpetus de mal humor de su mujer.

Así es que hablando á Lamprocles, como le habló, no solo le predicaba con la palabra, sino también con el ejemplo.

Este rasgo, quizás os fuera conocido, pero no está demás citarlo, puesto que nos muestra en

qué gran estimación tenía, un pagano como Sócrates, el amor filial. ¡Con cuánta más razón debéis estimarlo y practicarlo vosotros, que tenéis la felicidad de ser Cristianos!

¡Oh, por más duro que os parezca el carácter de vuestros padres, amadles, amadles, siempre!

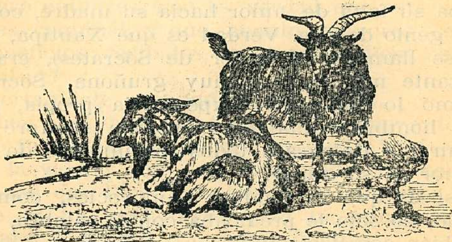
Y os lo digo otra vez:

Ponéos la mano sobre el corazón, y, las más de las veces, vosotros habréis dado con vuestro mal comportamiento la única causa de su enojo y aspereza.

Obedecedles y complacedles, como Dios manda, y veréis que pronto su ceño se desarruga y sus besos os bendicen.

LECTURA 18.ª

Las cabritas



Caminaban juntas dos cabras por una áspera montaña, cuando de pronto, en lo alto de una

roca, halláronse con un angosto borde por único pasaje. Era el borde de la roca tan estrecho que no había espacio para que pasaran juntas, ni aun para que se dieran vuelta para volver atrás.

Otra roca más escarpada se levantaba escueta sobre ellas, y un profundo abismo se abría hacia abajo. ¿Qué piensan Vdes., amiguitos míos, que hicieron las cabras?

Con gran cuidado, una de ellas, se acostó sobre el angosto paso, apretándose lo más que pudo, contra la peña.

Entónces la otra cabra, pasó suave y rápidamente sobre su amiga, y tomando la delantera salió de aquel atolladero.

La que se había echado en el suelo, saltó sobre sus patas así que la otra hubo pasado y siguió tras ella de roca en roca, hasta que hallaron ambas una alegre y verde colina donde pudieron comer á gusto las yerbitas tiernas.

Pero no todas las cabras son tan amigas como estas, pero así pagan también su falta de cariño y amistad.

Sé de otras dos cabras, que abandonando el valle, treparon alto, muy alto sobre la montaña. Luego volvieron á bajar y á trepar y á bajar, hasta que al último llegaron á la orilla de un rápido torrente. Un árbol atravesado entre los peñascos servía de puente para pasar de un lado al otro.

Miráronse las cabras; cada una de ellas deseaba pasar primero que la otra.

Permanecieron ambas por un momento, con una pata encima del tronco de árbol, aguardando que la otra cejara. Pero ninguna de las dos quiso darse paso y se encontraron juntas en el angosto puente.

Comenzaron entonces á empujarse y luchar con sus cuernos; pronto sus patas resbalaron y cayeron ambas en el rápido y espumoso torrente ahogándose entre sus olas.

¡Y pensar que se hubieran salvado si hubiesen sabido ceder á tiempo!

LECTURA 19.ª

Defensa de Buenos Aires

Echados ya una vez los ingleses, en 1806, por el esfuerzo del pueblo de Buenos Aires, empeñados no obstante en apoderarse de esta parte de la América del Sud cuyo valor comprendían, volvieron por segunda vez en 1807.

Posesionados de Montevideo los ingleses, lo primero que hicieron fué facilitar el comercio exterior con el Río de la Plata, y fundar un periódico en inglés y castellano, para animar á estos pueblos á que se sublevasen contra la España.

Pero cuando vieron que esto no era posible por entonces, y mucho menos bajo la protección

extranjera, resolvieron apoderarse del país por medio de las armas.

Con este objeto desembarcaron en la Ensenada de Barragán, el día 1° de Julio de 1807, con un ejército numeroso y aguerrido.

Las fuerzas del vecindario que debían salir al encuentro de los soldados ingleses, se componían ese mismo día 1° de Julio, de 7,000 hombres escasos y de cincuenta y tantos cañones, dividos en tres cuerpos.

Este ejército, bajo la dirección y mando general de Liniers, pasó en masa á defender los pasos cercanos del Riachuelo de Barracas, por dondo se supuso que avanzaría el enemigo.

El combate que iba á librar con fuerzas bisoñas contra soldados aguerridos y en número mayor que los suyos, terminó con el desbande del Miserere, que la crítica entiende que fué el sultado lógico de una operación temeraria. «Marchad, había dicho á sus tropas en la proclama al iniciarse la campaña de la «Defensa», bajo la mirada de Dios, y el triunfo es seguro; vuestras familias y vuestros magistrados confían en vuestro valor; los ministros del altar ofrecen incesantemente el Santo Sacrificio de la Misa; ceñid vuestras frentes con los laureles de la victoria.» Estas palabras tenían algo de profético: después de aquel contraste, la Providencia misma repitió al parecer al oido de todos los ciudadanos armados: «¡Marchais bajo la mirada de Dios!»

Retemplado el pueblo en los primeros momen-

tos, por las disposiciones oportunas del Cabildo, cuya alma era Don Martín de Alzaga, vuelto á la plaza el general que se suponía prisionero ó fugitivo, tuvo lugar aquella heróica y definitiva acción que convirtió, segun la expresión de algunos de los vencidos, cada casa en una fortaleza, cada hombre en un soldado y cada soldado en un héroe.

Nuestras fuerzas se distribuyeron en las azoteas de la cercanías de la plaza principal; porque entonces la ciudad era poco extensa.

En la Merced se colocaron los cuerpos de Arribeños, Correntinos y parte del de Patricios. En el Colegio cuatro compañías de la legión de los mismos Patricios, á las órdenes de Saavedra; y así se distribuyó el resto de los defensores en los demás puntos importantes de la ciudad, esperando impacientes el ataque del enemigo.

El ataque se efectuó de la manera siguiente:

Los ingleses concibieron el arrojado plan de dirigirse á paso redoblado y arma al brazo, directamente á la plaza actual de la Victoria, y apoderarse de la fortaleza.

Para esto se fraccionaron en dos divisiones: una para entrar por el norte, y otra por el sur, á la altura de las iglesias del Colegio, de la Merced y de la Residencia.

Así lo efectuaron en número de más de 6,000 hombres; formando 14 columnas, partiendo de los corrales de Miserere el día 4 á las primeras horas de la mañana.

Los invasores se apoderaron del Retiro después de un reñido combate en que se distinguieron los los Patricios; pero, á pesar de este triunfo, muy pronto comezaron á desmayar los soldados ingleses delante de la lluvia incesante de piedras, agua hirviendo y balas que les disparaban desde las azoteas y desde las ventanas los defensores de la ciudad.

El general Vandeleur se rindió en las cercanías de la Merced, entregando sus armas á los Arribeños y Patricios; el coronel Duff corrió igual suerte á pocas cuadras de San Miguel.

El ataque por el sur no tuvo mejor éxito. Dirigíalo el coronel Pack al frente de dos columnas una de las cuales se dirigió al Colegio y otra á la plaza.

El Colegio estaba defendido por los Patricios, guardó el mayor silencio; y cuando los ingleses colocaron sus cañones para batir el edificio, fueron recibidos por descargas tan nutridas de fusilería, que la plazoleta del mercado actual quedó cubierta de cadáveres y de heridos de los invasores.

Igual suerte había corrido la otra columna mandada en persona por el coronel Pack. Ambas tuvieron que retroceder y que buscar algún asilo para rehacerse, si fuese posible.

Reunidas estas fuerzas y todas las demás del ataque, se apoderaron de la plaza de toros del Retiro, del convento de Santo Domingo y de la Residencia, desde donde hicieron una heróica, aun-

que infructuosa resistencia, contra el indomable valor de los defensores de Buenos Aires.

Al terminar esta batalla, gloriosísima para Buenos Aires, el enemigo había perdido en toda la línea 9 jefes, 65 oficiales y 1,084 hombres entre muertos y heridos: 9 Jefes, 97 oficiales, 1,818 soldados prisioneros. Es decir, más de la mitad de sus jefes, la mitad de sus oficiales, y la tercera parte de su tropa.

A los invasores vencidos se les trató con la mayor generosidad, firmando con sus jefes una capitulación, por la cual se comprometían á evacuar todos los puntos del Rio de la Plata en el término de dos meses. Pero Buenos Aires se vió libre de ellos entre los días 8 y 13 en que se embarcaron para Montevideo en frente al Retiro.

El regocijo público por triunfo tan espléndido fué grande y noble; se manifestó por ceremonias religiosas, pensiones á los huérfanos y viudas, y rescate de los 70 de los esclavos que más se habían distinguido en la defensa.

La defensa costó á Buenos Aires en dinero, más de dos millones de pesos fuertes, y el sacrificio de muchas y preciosas vidas. Pero este dinero y estos sacrificios fueron poca cosa en comparación de la honra y de las ventajas de todo género que obtuvimos con la venida de los ingleses.

LECTURA 20.ª

Belgrano en Tucumán

El general D. Manuel Belgrano, que después del desastre de Cotagaita, batalla perdida por las fuerzas argentinas en lucha con los españoles, fué nombrado jefe del ejército del Perú, bajaba á Tucumán desde Jujuy, en Setiembre de 1812, llevando al frente de sus tropas la bandera azul y blanca con que había dotado á la Patria y que había hecho bendecir solemnemente el 25 de Mayo de ese año, en la ciudad de Jujuy, por el Canónigo Gorriti.

Y bajaba el noble patriota con ánimo de aguardar cerca de Tucumán á las tropas realistas capitaneadas por el general español don Pío Tristán.

Mientras que este ejército avanzaba en número de tres mil plazas, Belgrano que no contaba más que con mil infantes y quinientos ginetes, se arrodilla é implora la protección de Dios y de la Vírgen de las Mercedes, su patrona.

Entre tanto el enemigo orgulloso y envalentonado, ataca á los patriotas en la madrugada del día 24 de Setiembre — día de la Vírgen de las Mercedes,— en los alrededores de Tucumán.

Recíbenle los patriotas con una denodada carga á la bayoneta, y el general Belgrano poniéndose al frente de la caballería, cerró la retaguardia, derrotándolo, completamente después de reñidísimo combate.

El enemigo, puede decirse que huyó, y dejó en nuestro poder siete cañones, cuatro banderas —que se colocaron en la Iglesia de la Merced, —bagajes, municiones, seiscientos soldados y cincuenta oficiales prisioneros, y más de cuatrocientos muertos en el campo de batalla.

Tal fué la victoria de Tucumán, que dió por resultado el dar mayor impulso á la campaña contra los españoles en Montevideo, preparando así la victoria del *Cerrito*.

Después del triunfo entraron las tropas de vanguardia á la ciudad en momento que la procesión de la Vírgen de las Mercedes cruzaba las calles de la ciudad, y el general Mitre historiador de Belgrano, dice, refiriéndose á este hecho:

« A caballo y llena del polvo del camino se inclinó la división de Vanguardia á la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El General Belgrano se coloca entonces al pié de las andas que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la Imágen; y las andas vuelven á levantarse y la procesión continúa majestuosamente su camino.»

¡Qué modo solemne de dar gracias á Dios y á la Reina de los Cielos por el logrado triunfo! ¡Qué grandeza de alma y qué temple de ánimo el de este patricio, verdadero Padre de la Patria Argentina! No contentóse con esta manifestación de su fé religiosa y de su agradecimiento

el ilustre general, sino que en el parte oficial hace constar que han vencido el día de *Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuya protección nos pusimos.*

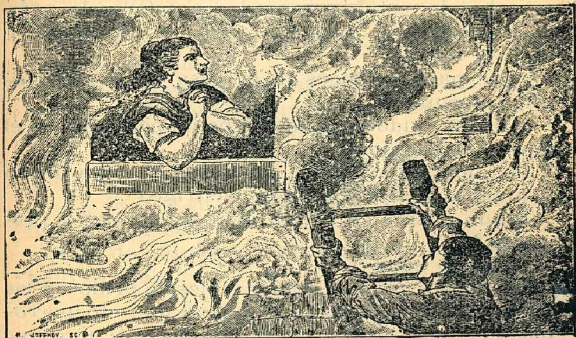
Y antes de abandonar la ciudad de Tucumán, hizo celebrar funerales por los muertos de los dos ejércitos.

Ya no hay de estos héroes.

¿Por qué?

LECTURA 21.ª

Heroismo de un niño



En casa de Andrés, que era un honrado y laborioso obrero, hallábanse todos alegres y contentos.

Su hijo Leopoldo había vuelto del colegio, donde había hecho la primera comunión y merecido todo el cariño de sus maestros por su contracción al estudio y buena conducta.

Tenía apenas trece años y medio, y era la alegría de su padre, que veía ya en él un futuro profesor; su madre se ufanaba con sus adelantos y con los premios que había ganado en el año, y su hermanita, de tres años, que lo quería con todo su corazón, se lo manifestaba con brincos y caricias.

Una vez concluida la frugal cena de la noche, Andrés y su mujer, que habían pasado el día cosechando, estaban cansados, acostaron la nena y se acostaron; Leopoldo rezó sus oraciones é hizo lo mismo.

¿Qué pasó entonces en la casa de aquella familia dormida?

¿Habría caído alguna chispa inapercibida en el pasto del granero?

Por descuido, habría sacudido su pipa algún viandante, sobre los haces de trigo?

Algún miserable le habría pegado fuego á propósito?

Nadie lo sabe.

De pronto un resplandor siniestro brilló en las ventanas del rancho; las llamas que chisporrotean, el humo que todo lo invade, y el aire que abrasa, despiertan á Andrés y á su mujer. Saltan del lecho, abren la puerta y corren fuera á pedir socorro. Leopoldo les ha seguido; pero

apenas llegan al umbral de la puerta, cuando ya el fuego activado por la brisa nocturna, envuelve el pajizo techo, el granero lleno de pasto y los tirantillos de la casa.

Ante este espectáculo, los padres de Leopoldo enmudecen de horror.

—Y mi hermanita! grita Leopoldo.

Y no bien lo dice, penetra de nuevo en la choza incendiada, y entra sin vacilar, á través de las llamas y el humo, corre hasta la cuna y toma entre sus brazos á la niña, dormidita aún.

Dios reservaba al heróico niño, una corona en el Cielo mucho más hermosa, que todas las recompensas de la tierra.

De pronto el incendio se agiganta, y óyese un crujido terrible.

Desmorónase la cabaña, en medio de un torbellino de llamas y sepulta bajo sus escombros al hermano y la hermanita.

Al otro día se encontró el cuerpo del niño, medio consumido por el fuego, estrechando todavía, contra su corazón, á la niñita por quien había dado su vida.

¡Los dos ángeles, dándose la mano, habían subido al Cielo!

LECTURA 22.ª

La vida

No siempre, por entre abrojos
Camina triste la vida,

Por más que pise en su senda,
El hombre, algunas espinas.

A su diestra va la Fé,
La Cristiana Fé Divina,
Que hace triunfar en el mundo,
Al corazón que la abriga.

Va á su izquierda la Esperanza,
Faro que el alma ilumina
Y que es tabla del naufragio,
En medio de la agonía.

Y en la playa rocallosa
Del vicio y la hipocresía,
Los brazos, la Caridad
Tiende al hombre, compasiva.

Así la vida del hombre,
Siempre alentada, camina,
De aqueste valle de lágrimas,
Sin sentir las agonías.

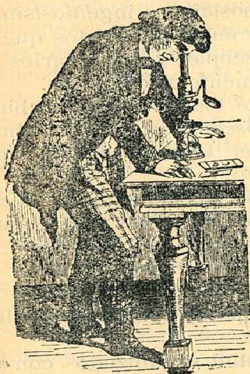
Pues en cada dolor breve
Que le dá la suerte impía,
Encuentra en esas virtudes
Consuelo, alivio, energía.

Si con Fé y con Esperanza,
Cruzamos la humana vida,
No hay dolor que nos abata,
Porque Dios nos fortifica.

Hasta, que llega la hora
De la muerte, do termina,
De este mundo la jornada,
Para empezar la otra vida!

LECTURA 23.ª

El microscopio



Si el telescopio permite al hombre descubrir las maravillas de lo infinito de lo grande, otro instrumento de óptica, el *microscopio*, lo habilita para admirar lo infinito de lo pequeño, y le muestra espectáculos no menos asombrosos.

Los vidrios de aumento, que son el elemento común del telescopio y microscopio, fueron inventados en el siglo trece; pero no se sabe á quién debe atribuirse este descubrimiento. Se decía que fué un florentino, llamado *Sabino degli Armati*, quien tuvo por primera vez, la idea de emplear estos vidrios para distinguir más elevadamente los objetos; para ello fabricó unos

instrumentos llamados *besiclos* ó *gafas*, que constituyeron un gran auxilio para las vistas cansadas, y que pronto fueron de un uso general.

Hacia fines del siglo decimosexto, concibióse la idea de reunir varias lentes, lo que dá á los objetos dimensiones mucho más considerables de las que puede darle una sola; este instrumento es el que ha recibido el nombre de *microscopio*.

Se han imaginado disposiciones ingeniosísimas para iluminar completamente los objetos que se observan con el microscopio, y agrandarlos en proporciones verdaderamente prodigiosas.

La más maravillosa de todas estas combinaciones es la del *microscopio solar*, que hace aparecer una pulga del tamaño de un carnero.

Con tales aparatos, se puede estudiar fácilmente, los órganos do los animales más pequeños, y descubrir por ejemplo, en una gota de vinagre ó en una miga de queso, millares de animalitos, de los que con la sola ayuda de nuestros ojos, nos es imposible hasta sospechar la existencia.

Y todos estos séres, están organizados con un esmero y delicadeza infinitos. Sus miembros son tan completos y tan ágiles y tan bien proporcionados, como los de los mayores animales: tienen sus instintos, sus costumbres y su industria.

¡Qué poder el del Supremo Hacedor, para derramar así, maravillas, á manos llenas, aun en un mundo inaccesible á la mirada!

LECTURA 24.ª

Quien bien te quiere, te hará llorar

Eusebio era un jovencito de grandes esperanzas, pero de una conducta que desdecía de su buena educación. Su padre, que desempeñaba un destino de consideración, quería, como es natural, que le sucediese en él, ó por lo menos dejarle colocado ventajosamente. Pretendía, por lo tanto, darle una instrucción esmerada; pero el jóven, así como otros de su edad, llevado de las distracciones que Madrid ofrece á cada paso, iba perdiendo de día en día la afición al estudio, y no hacía en él los progresos que su padre deseaba. Dado á las diversiones y á la ociosidad, se acompañaba con otros jóvenes que excitaban en él sus prematuras disposiciones para el vicio; pasaba el tiempo en los cafés y en los espectáculos, y volvía á su casa á escondidas y á deshora de la noche, disipando inútilmente cuanto dinero podía adquirir. Se hallaba estudiando matemáticas, y en vez de asistir á la cátedra, asistía á un billar donde pasaba el rato; de modo que al fin del concurso no sabía una palabra de cálculos ni de ecuaciones; pero en cambio sabía jugar una carambola mejor que ninguno de sus condiscípulos.

No dejaba de contribuir á la desarreglada conducta de Eusebio, su madre, que bajo pretexto de que no tenía más que aquel hijo, le daba cuantos gustos quería, mimándole y encubriendo sus faltas, sin que lo supiese su esposo. Este, que era hombre de carácter, tenía las mejores intenciones del mundo; pero las atenciones de su empleo y sus muchos negocios no le permitían cuidar de su hijo tanto como quisiera. Enterado, al fin, de su conducta por los avisos que tuvo y por sus propias observaciones, resolvió someterle á un plan curativo, enteramente de su invención, y que juzgaba capaz de atajar todos los daños que á la familia pudieran sobrevenir si dejaba á su hijo precipitarse de aquel modo. Tomó todas las medidas necesarias para la ejecución de su plan, y lo llevó á efecto precisamente cuando el joven menos lo pensaba.

Era un lunes por la tarde, y Eusebio que tenía cita con sus amigos para ir á los toros, salía muy formal á la hora de estudio como si fuera á concurrir á él con toda puntualidad. Al llegar á la misma puerta, se le presenta su padre y con voz grave le dice:

—Espere usted, caballero, que vamos á salir juntos.

Este *espere usted*, siendo así que su padre siempre le llamaba de tú, fué de malísimo agüero para Eusebio, que acordándose de su cita, dijo á su padre, viéndole venir ya con el sombrero puesto:

—Lo peor es que si voy con usted, haré falta en la clase.

—No será la primera vez, replicó su padre, ya bajando por la escalera.

Eusebio le siguió todo el camino sin atreverse á chistar; tanto le imponía el aspecto severo de su padre. Caminaron, pues, en silencio; atravesaron la Plaza Mayor, y al llegar al borde de la escalerilla de piedra, el buen papá se detuvo, lanzando abajo una mirada; pero de repente, y como si ya hubiese fijado su resolución, bajó lijero, seguido de Eusebio, y á poco se hallaron en la calle de Cuchilleros. No habían andado mucho en esta calle, cuando se pararon ante una lóbrega y negra tienda, alumbrada más que por la claridad del día, por el resplandor de una llama, que despidiendo luminosas chispas, se elevaba en un rincón de aquella covacha: un muchacho medio descalzo tiraba acompasadamente del fuelle, y por todas partes se veían herramientas de calderero y cuchillero.

—Buenas tardes, señor maestro, dijo el papá de Eusebio abriendo la trampilla. Al oir estas palabras y á la entrada de los dos personajes, cesó el estrepitoso ruido que hacían dos perillanes que armados cada uno con su martillo, sacudían á cual mejor sobre la pieza que estaban adobando.

—Buenas las tenga usted, caballero, respondió con ronca voz un individuo que se acercaba, em-

puñando un poderoso martillo en su arremangado brazo.

—Quédese usted con estos señores hasta que yo vuelva, le dijo á Eusebio su padre.

—¿Yo?

—Sí, señor, usted. Hasta la vista, señor maestro, y sin esperar contestación partió.

Eusebio hizo ademán de seguir á su padre; pero uno de aquellos cíclopes extendió su mano para detenerle, y retrocedió horrorizado antes que le tiznase.

—Siéntate aquí, rapaz, dijo el señor maestro señalando á Eusebio un medio tronco de árbol.

—Muchas gracias, respondió él, lanzando una mirada desdeñosa al nuevo asiento.

—Pues harás mal de estarte en pié, porque me presumo que tu padre tardará algo en venir. Lo mejor sería que mientras le esperas, tomases un martillo y te divirtieses aquí un rato con nosotros, porque á mí no me gusta que esté la gente de viga derecha.

Estas crueles palabras dieron á conocer á Eusebio cuál era la intención de su padre, y ya se asomaba á sus ojos una lágrima de despecho y de coraje, cuando le distrajo la salida á la tienda de una estrafalaria mujer. Era la señora maestra, y traía en cada mano un pedazo de pan acompañado de un racimo de uvas; presentó el uno al chico que tiraba del fuelle, y llegándose á donde estaba Eusebio le alargó el otro con un ademán de benevolencia. Viendo que lo rehusaba, insistió

para que lo tomase; pero el señor maestro exclamó:

—Vaya, pocas ceremonias, acompañando estas palabras con una seña para que su mujer se retirase.

Entonces fué cuando Eusebio acabó de conocer cual era su posición, entendiendo al mismo tiempo que el señor maestro tenía instrucciones muy diferentes de las de su digna esposa.

El tufo y humareda del carbón, el ruido de las limas y martillos, y más que todo, la agitación que Eusebio sentía, le trastornaron de tal modo que se retiró á lo más oculto de la tienda y allí no retuvo más las lágrimas de su despecho. La idea de que su padre quisiese hacer de él un chispero, se presentaba á su imaginación acompañada de cuanto podía hacerla desagradable, y en medio de la lucha de afectos que le atormentaban, solo se abandonaba al furor, sin acordarse de cuanto había abusado de la paciencia de su buen padre. En fin, resuelto á escaparse en cuanto hallase coyuntura, pasó la noche en aquella maldita tienda; pero se engañó en sus esperanzas. Al día siguiente notó que ejercían sobre él la más activa vigilancia; dos ó tres veces que intentó recobrar su libertad, fué detenido, y la última le tiró el señor maestro de las orejas con tan rara habilidad, que por no experimentarla otra vez, Eusebio abandonó la idea de su emancipación. Tuvo, pues, que acomodarse á la nueva vida, asistiendo á la fragua, tirando del fuelle y desempeñando las tareas del

aprendizaje, con su mandil de cuero y en mangas de camisa, tan tiznado y sucio, que es bien seguro no le hubieran conocido sus antiguos amigotes, si se hubieran acercado á la puerta de la tienda.

Así pasaron dos semanas, al cabo de las cuales eran casualmente los días de su madre. Esta buena señora, que había derramado algunas lágrimas por la posición en que tenían á su hijo idolatrado, consiguió al fin le trajesen aquel día. En efecto, muy de mañana fué un criado á sacar á Eusebio de su taller; le llevó en seguida á una casa de baños, donde verificado un lavatorio general, se vistió la ropa nueva, y pudo entrar en su casa completamente transformado.

Como aquel día era fiesta de familia, hubo á la mesa varios convidados. Uno de ellos dirigiéndose á nuestro disimulado aprendiz le dijo:

—¿A dónde habéis estado todos estos días, amiguito, que no os hemos visto por aquí?.. ¿Habéis estado fuera de Madrid?

—Sí, señor, contestó Eusebio, turbado y sin saber lo que se decía; sólo mirando á su padre, que aparentaba no oír la conversación, estaba pendiente de sus labios por si se revelaba el fatal secreto. Una pregunta que hizo otro de los comensales, varió la conversación, y Eusebio empezó á respirar creyendo que no se ocuparían más de él, cuando he aquí que otro solícito convidado que estaba trinchando, fingiendo lamentarse de su poco acierto exclama:

—Maldito cuchillo, ¡no parece sino que está embotado!

—¿Qué decía usted del cuchillo? le preguntó el padre de Eusebio, saliendo entonces de su distracción.

—Decía, contestó el otro, que me alegraría tener aquí en la mesa algún inteligente en la fabricación de los cuchillos, para que me dijese si tiene más de hierro que de acero este cuchillo que tengo en la mano, pues no se puede hacer cosa de provecho con él.

—Yo no entiendo una palabra de composición de cuchillos, dijo el padre; pero tal vez no falte en la mesa alguno que haya completado su educación en la calle de Cuchilleros.

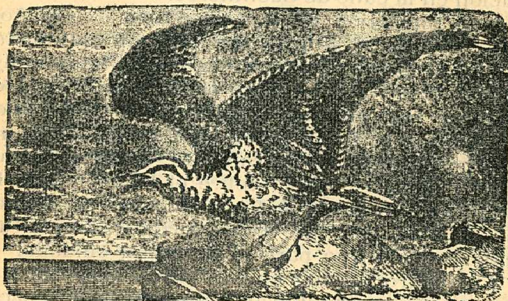
Esta repetición de palabras hizo mas daño á Eusebio que si le hubieran dado de cuchilladas. Figurósele que cuantos estaban en la mesa fijaban en él la vista, y que su padre se había concertado con sus amigos para mortificarle públicamente. Ausentóse de la mesa bajo pretexto de una indisposición que efectivamente sentía, y retirado á su cuarto, se arrojó sobre el lecho, y con las torturas que había sufrido durante la comida, no le hizo esta provecho, originándosele una indisposición que pareció de algún cuidado.

La madre, sentida en extremo, reconvino á su esposo por querer llevar tan adelante la corrección; pero él solo desistió de su idea, cuando vió en su hijo señales positivas de arrepentimiento. Efectivamente, Eusebio consultó con la almoha-

da lo que había pasado, reflexionó sobre su conducta, conoció cuáles eran sus verdaderos intereses y cuál el objeto de las correcciones de su padre. Al fin obtuvo de éste la promesa de que no volvería á tirar del fuelle; pero que sabría tomar providencia aun más enérgica si volvía á las andadas. No ha sido necesario tomar esta providencia. Eusebio mudó enteramente de conducta, y hoy día puede servir de modelo á los jóvenes, por su juicio, por su amor á su padre y por su aplicación al estudio.

LECTURA 25.ª

Las gaviotas



—¡Si yo tuviera que ser pájaro, no quisiera ser gaviota! decía Arturo, contemplando las enormes olas y el cielo tormentoso.

Me gustaría ser más bién una calandria, y cantaría volando y me perdería en algun lindo bosquecillo! Ó bién me gustaría ser un hermoso cisne, y me deslizaría con dulzura sobre las ondas tranquilas y haría mi nido entre los juncos. Pero gaviota!...... Díme papá, las gaviotas tienen nido, ó andan siempre de un lado para otro, como las veo ahora, con sus blancas alas plateadas brillando sobre el fondo negro del nublado?

—Construyen sus nidos sobre las desnudas rocas, y crían á sus pichones en el seno de las olas impetuosas. Dios las ha dotado para la vida inquieta y errante que llevan, contestóle su papá.

—Pero dónde encuentran comida, papacito? no hay trigo en las rocas desnudas y peladas, no hay frutas en el mar agitado y turbulento!

—El mar es para ellas, lo que los fértiles campos son para los pájaros de la tierra. Audaces y diestros pescadores, no necesitan ni se preocupan del dorado trigo ni de las sabrosas frutas.

Sin embargo, comen de todo, y á menudo siguen á los barcos y comen las sobras de verduras y comidas que se arrojan al mar.

—Y nunca tiene frío, ni se empapan en las tempestuosas noches de invierno, cuando andan volando sobre el mar, mientras nosotros tiritamos aún junto á la estufa?

—Tienen un aceite en sus plumas que les impide mojarse. Secas en medio del agua, salvas

en medio del peligro, las gaviotas con sus plateadas alas, me hacen pensar siempre en esas almas nobles que confiadas en Dios, no se desaniman ni acobardan nunca, en medio de las pruebas de la vida.

LECTURA 26.ª

Un bobo hace ciento

FÁBULA

Con la faz más espantosa,
La mona de un mercader,
En ilusión deliciosa,
Contemplando cualquier cosa,
Reía á más no poder.

Como un mono la veía,
Que por boba la tenía,
Reír, solo, para sí,
De ella el mono se reía,
Con un burlesco *jí jí.*

Un loro, que al mono vió,
Por loco lo tuvo yá,
Y también de él se rió,
Y sin cesar prorrumpió,
En un *já já* y más *já já.*

Cuando al pasar por allí,
Oía al simple del loro,

La gente, fuera de sí
Reía, diciendo á coro
Unos *já já*, otros *jí jí.*

Y aunque de bobos la hornada,
Ya siendo muy larga vá,
Siquiera por la bobada,
Conmigo la carcajada,
Soltad, diciendo: *¡já já!!*

Con lo cual probar intento,
Que con remedo servil,
En este mundo, y no es cuento,
Así, como un loco, ciento,
Llega un bobo á hacer cien mil!

LECTURA 27.ª

Los ciegos y el elefante

FÁBULA

Seis ciegos de la India, amigos los seis, y muy inclinados á saber, pero también muy precipitados en sus estudios, oían hablar mucho del elefante, sin poderse dar cuenta exacta de cómo fuese este animal. Así que un día, movidos por la curiosidad, decidieron ir á un sitio donde sabían que había uno, para conocer por sí mismos de la figura del famoso paquidermo.

El primer ciego que se acercó al elefante, lo hizo por cerca del medio del cuerpo del animal,

y al encontrarlo tan largo y fuerte, dijo:—Ah! ya sé! el elefante es como una muralla!

El segundo se aproximó á su vez, y tomó entre sus manos un colmillo:

—Una muralla? bah! Si es algo liso y puntiagudo! Para mí es muy claro, el elefante es como un arpón muy grande!

Cayó bajo el tacto del tercero, la enorme trompa movediza, y exclamó audazmente:—Si el elefante es como una vívora!

El cuarto estiró la mano y dió con la rodilla y pierna del animal:—Lo que es el elefante dijo éste, no es ni muralla, ni arpón, ni vívora, ¡hombre! si parece un tronco de árbol!

Aconteció que el quinto, le tocó la enorme y ancha oreja y dijo:—Ah, ciegos ¡no podéis explicar cómo es el elefante? Seguro estoy de que el elefante es como una pantalla!

Pero no bien el sexto quiso palpar á la bestia, cayó á su alcance la delgada y oscilante cola del paquidermo y entonces dijo:—¡No, el elefante es como una cuerda!

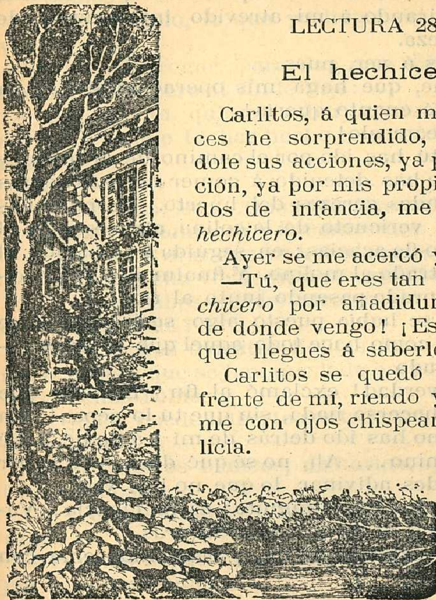
Y los seis ciegos de la India trabaron una larga disputa interminable, porque cada cual sostenía que el elefante era lo que él decía, y disputaron en balde sin llegar á convencerse, y casi fueron á las manos.

Y lo más triste de todo, era que todos tenían razón en parte, y ninguno la tenía por completo.

Si hubieran sido prudentes, no se hubieran con-

tentado con observar al elefante por un solo aspecto, y entonces hubieran descubierto la verdad y se hubieran puesto de acuerdo sin dificultad.

No se debe juzgar las cosas con lijereza, y debemos reflexionar antes de emitir una opinión.



LECTURA 28.ª

El hechicero

Carlitos, á quien muchas veces he sorprendido, adivinándole sus acciones, ya por deducción, ya por mis propios recuerdos de infancia, me tiene por *hechicero.*

Ayer se me acercó y me dijo:

—Tú, que eres tan sabio y *hechicero* por añadidura, adivina de dónde vengo! ¡Es imposible que llegues á saberlo!

Carlitos se quedó parado en frente de mí, riendo y mirándome con ojos chispeantes de malicia.

Es siempre tan divertido poner á prueba la ciencia de los demás!

—Es un secreto que no está en los grandes libros, exclamaba. Esta vez tienes que confesar que te es imposible acertar!

—Tal vez! contesté tranquilamente, cerrando el libro y mirando á mi atrevido interlocutor, de piés á cabeza.

—Vamos á ver, pues...

—Déjame, que haga mis operaciones! Ea! ya está! Ya sé cuanto quería!

—Sí? Veámoslo!

—Oye: tú has ido por el camino de la aldea y al pasar te has detenido á comer cerezas negras en los grandes cerezos del huerto. Después has tomado el vericueto de la colina, atravesando el bosquecillo de acacias; en seguida has bajado al valle y entrado al molino. Y finalmente has vuelto por el prado pasando junto al río.

Carlitos se había puesto algo serio; mordíase los lábios, como hace todo aquel que se encuentra derrotado.

—Y es verdad! exclamó al fin. Es decir que no puede hacerse nada, sin que tú lo sepas! Sin embargo no has ido detrás de mí y á nadie hallé en mi camino.... Ah, no sé qué diera, por saber cómo puedes adivinar, lo que no has visto.

—Es mi secreto, amiguito: es mi ciencia: Vaya! y sé más de lo que tú te figuras.

El niño capituló al fin, y acercándoseme con pillería, dijo:

—¿Por qué no quieres decirme tu secreto? ¿Cómo se hace para conocer lo pasado, presente y porvenir?

—Eso es imposible. Solo Dios puede saberlo.

—Y el modo de adivinar las cosas?

—Cuáles?

—Por ejemplo, lo que yo hago sin que tú lo veas.

Híceme de rogar, para dar más valor á mis revelaciones, pero al fin le dije:

—Con que tú quieres saber cómo he podido adivinar lo que tú has hecho esta tarde? No es eso?

—Sí.

—Pues bien, sea. Quiero aclarar el misterio. Pregunta al hechicero y te contestará.

—¿Quién te dijo que yo había comido cerezas?

—Esta mancha violácea, de tu mejilla, hijo mío.

—Y cómo sabes que he atravesado el bosquecillo de acacias?

—Por las tres ó cuatro hojitas finas, caidas de las acacias y que se han quedado enredadas entre tus cabellos rubios.

—¿Quién puede haberte contado mi expedición al molino?

—Esos rastros blancos, de harina, que hay en tus vestidos.

—¿Y cómo conociste, que había vuelto por el prado?

—Por tus zapatos, que están todavía mojados, por la yerba húmeda.

El niño había quedado silencioso y pensativo.

—Y aun no basta, le dije, aguarda, que estoy más enterado de lo que supones; apostaría á que te digo lo que piensas en este momento.

—Vamos! Eso es demasiado!

—Pues, he aquí lo que piensas· Si hubiese cometido una mala acción, cualquier indicio, podía haberme descubierto: una mancha, un tallo de de yerba, la cosa más mínima. ¿No es esto?

Carlitos bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Y no he concluído todavía! Sé que has ido allá con una buena intención, para hacer un pequeño favor y complacer á un amigo íntimo.

—He ido á llevar un cestillo de cerezas, á un amiguito, condiscípulo de escuela, el hijo del molinero, que está enfermo. Mi mamá, me dió permiso.

—Muy bién, hijo mío, Y ahora ¿dudarás todavía, añadí riendo, de la ciencia de tu amigo el *hechicero?*

Para saber lo que hay en el fondo de tu conciencia, no se necesita ciertamente ser mago. Eso también voy á explicártelo.

—Lo ves? continué, tomándole la mano: si tu hubieses cometido alguna falta tendrías miedo de que adivinase tu falta y tu pena; estarías intranquilo, avergonzado y no podrías mirarme con esos claros y alegres ojos. Mientras obres bién, hijo, mientras te goces en el bién ajeno, estarás tranquilo y confiado como esta tarde; no deberás te-

mer que otro conozca tus acciones, ni que se lean tus pensamientos en tus ojos.

LECTURA 29.ª

El ángel



Siempre, que muere un niño bueno, el Angel de su guarda, le toma en sus brazos y

extendiendo sus grandes alas blancas, vuela hácia todos los sitios que le gustaban al niño y arranca un puñado de flores, que lleva á los cielos para que brillen y den más aroma, que en la tierra. El Señor, las estrecha todas contra su corazón, é imprime un ósculo en la que más le gusta; entonces la planta adquiere voz y toma parte en los cantos, que resuenan en medio del celestial contento.

Esto contaba un ángel de Dios, á un niño que acababa de morir y que llevaba al cielo; y el niño le oía como en sueños. Pasaron por los sitios donde el niño se complacía en jugar y llegaron á un jardin lleno de magníficas flores.

—¿Cuáles arrancamos, para llevarnos al Cielo? preguntó el ángel.

Había un rosal hermoso y muy derecho, pero una mano aleve había tronchado su corona, que con las flores y los capullos, colgaba de un modo lastimoso.

—Pobre rosal! dijo el niño; llévalo para que allá arriba en el Paraíso, pueda dar aún flores.

El Angel tomó el arbusto, y besó al niño, como en recompensa de su buena acción; el pequeñín se sonrió, como los ángeles.

Llevaron flores de lucientes tonos, flores de invernáculo y flores de los campos, margaritas y acianos.

—Ahora tenemos nuestro ramillete! dijo el niño.

El ángel hizo señas que sí, pero no emprendió aún su vuelo á los cielos.

La noche era completa y la tranquilidad reinaba por doquiera.

Volvieron á la ciudad, y se encontraron en una callejuela angosta, llena de cenizas, de pasto, de tiestos y harapos; había sido aquel día, dia de mudanza.

Entre aquel montón de cosas feas, sacó el ángel, una maceta medio rota; la tierra que contenía se mantenía unida al rededor de las raíces de una flor de los campos, ya seca y que por esto habían tirado á la calle.

—Nos la vamos á llevar, dijo el ángel, y te diré el porqué en el camino.

Nacido en esta callejuela angosta, en un entresuelo muy bajo, vivía un pobre chico, enfermizo desde su nacimiento; no salía casi de la cama; á veces, cuando estaba mejor, daba una vuelta por la habitación, apoyado en sus muletas, y nada más. En verano los rayos del sol penetraban á veces una hora en el húmedo entresuelo; el pobre niño se solazaba con su benéfico calor; se divertía poniendo su mano ante el rayo solar y viéndola de un color de rosa transparente. El hijo del vecino era su amigo, y le contaba cómo eran los campos, los prados y los bosques, que el niño enfermo no había visto nunca. Un día le llevó una hermosa rama de árbol, el niño la colocó encima de su lecho, y por la noche soñó que se paseaba bajo frondosos árboles y que oía cantar los pajarillos.

En otra ocasión, el hijo del vecino le dió un

ramito de flores silvestres; entre ellas había una que conservaba su raíz; la pusieron en una maceta y la colocaron en la ventana, no lejos de la cama del enfermito. La planta hechó nuevas raíces y nuevos vástagos que florecieron. En el invierno permaneció en la habitación y en el verano floreció de nuevo.

El niño estaba tan contento con su planta como pudieran haberlo estado otros con un espléndido jardín: era su tesoro; la regaba, la cuidaba, velaba para que recibiese los rayos del sol que lucían en el entresuelo. La flor le alegraba los ojos, y le regalaba con su aroma, tanto, que siempre aparecía entre sus sueños; y cuando el Señor le llamó á su seno, le dirigió su postrer mirada.

Hace dos años, que el niño está en el Cielo; desde entónces ha permanecido la planta en la ventana; pero completamente descuidada, ha perecido; se ha secado. Ayer cuando entraron los nuevos inquilinos de la casa, la han tirado á la calle entre las basuras.

Esa pobre flor abandonada es la que llevamos en nuestro ramillete; ha dado más alegría que la flor más rara, de los invernaderos regios.

—¿Quién te ha contado esa historia? preguntó el niño.

—Lo sé, respondió el ángel; porque yo soy el pobre enfermito que andaba con muletas; he reconocido perfectamente á mi querida flor.

El niño abrió del todo los ojos y miró el her-

moso rostro del ángel, radiante de un celeste resplandor. En aquel momento entraban en el Paraíso, entre los santos y bien aventurados. El Señor, tocó al niño muerto, que animado al instante con la vida eterna, recibió alas y fué á mezclarse al coro de los angelitos.

El Señor, estrechó contra su corazón los flores del ramillete, pero dió un beso á la pobre flor silvestre seca y sucia. Volvió su savia; púsose á vibrar y á emitir un sonido armonioso que se unió al concierto de los cantos divinos, que los ángeles entonaban á los piés de Dios. Y por las esferas celestes resonaban cantos de alegría y amor; los grandes y los pequeños, el pobre niño, como la flor abandonada, todos alzaban himnos de alabanza al Omnipotente y tomaban parte en el universal contento.

LECTURA 30.ª

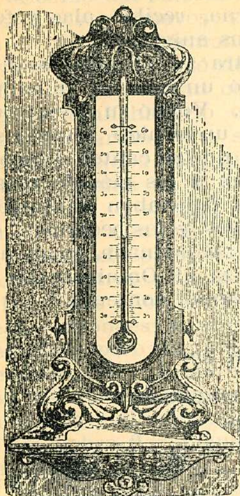
Glorias llovidas

FABULA

Por la márgen de un río, iba un conejo
Huyendo de un mastín, con planta esquiva,
Y al verle caer al agua como un tejo,
— ¡Ya le maté! dijo con voz altiva.
Formado de conejos un consejo,
Viva el héroe conejo! exclama: ¡viva!
Oh ¡cuántos deben, con llovidas glorias,
A un azar del contrario sus victorias!

LECTURA 31.ª

El termómetro



El termómetro, es un instrumento de uso talvez más frecuente, que el barómetro y que sirve para medir el calor de la atmósfera. Para comprender cómo se construye este instrumento preciso es, que sepáis, que todos los cuerpos tienen la propiedad de dilatarse por la acción del calor y de concentrarse por la acción del frío.

Este efecto se produce de una manera muy sensible y regular en el alcohol y en el mercurio.

Para observar fácilmente este fenómeno, se ha imaginado, colocar uno ú otro de estos líquidos en una cubeta, rematada por un tubo cerrado y muy estrecho. Cuando el líquido se dilata y toma por consiguiente más espacio, sube en el tu-

bo, á mayor altura, y baja, por el contrario, cuando se contrae. Estos diversos movimientos hacen conocer si la temperatura aumenta ó disminuye de calor.

Para obtener la medida exacta de estas variaciones, se indica en el tubo, el punto donde se detiene el líquido en dos circunstancias en las que la temperatura no varía jamás: el hielo fundente, y el agua hirviente.

Márcase con un *cero* el punto en que el mercurio se detiene cuando se sumerge el tubo en el hielo fundente; y con el número *cien* el nivel que alcanza sumergido en el agua en ebullición divídese el espacio que media de un punto al otro en cien partes iguales; y luego se trazan divisiones semejantes bajo el *cero*, para indicar los mayores grados de frío.

Este aparato tan útil, para conocer la temperatura del cuarto de un enfermo, de un invernadero, de un baño, del día, y hasta del cuerpo humano, fué inventado á principios del siglo diez y siete por un holandés llamado *Drebbel* y perfeccionado más tarde por un célebre físico francés llamado Reaumur, que dividió el espacio entre el hielo fundente y el agua hirviendo en ochenta grados. Los termómetros construidos por este sistema llámanse *Reaumur* y han estado en uso hasta la adopción del sistema decimal.

Hubo otro sistema de termómetro más complicado y ya en desuso, debido á un alemán *Farenheit,* dividido en 2/2 partes, pero que fué reem-

plazado por el *Reaumur*, como este lo fué por el *centígrado*: es decir el termómetro de que hemos hablado desde un principio, dividido en cien partes; innovación debida á un sabio sueco llamado Celsio.

LECTURA 32.ª

Dios es causa de las causas

FÁBULA

Al lado de una iglesia un olmo había,
Desde donde un urraca escuchó un día,
Que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace y lo dispone todo.
Torciendo entonces el agudo gesto,
Dijo la atea urraca:—Por supuesto,
Dios dispondrá, si quiere, de lo suyo,
Porque yo, sin sus órdenes, arguyo
Que ya corro, ya vuelo,
Según me viene á pelo;
Y, aunque su ley traspase, soberana,
Hoy canto aquí, porque me dá la gana.
—Porque yo te sustento
(Dijo la rama, con sutil acento),
Gracias al tronco adusto,
Que me encumbra robusto.
—Yo, (con acento ronco,
Gritó á la rama el tronco),
Te encumbro á tí, porque la tierra amante,
Con brazo crëador, me alzó triunfante.

—Y yo te levanté (dijo la tierra,
Sus entrañas abriendo en son que aterra),
Porque ese sol, que de su luz me inunda,
Con sus rayos, mis gérmenes fecunda.
—Y yo (contestó el sol, de fuerza lleno,
Con voz de quien es eco el bronco trueno),
La tierra fecundizo,
Porque el potente Ser, que todo lo hizo,
Desde mi trono alzado,
Hasta el último fin de lo crëado,
Cual don, con que su alteza manifiesta,
La clara sombra, de su luz, me presta!
Desde entonces la urraca,
Con una fé que su temor aplaca,
Cuando oye prorrumpir en el otero.
—Yo canto estas canciones, porque quiero;
—Cantáis porque Dios quiere ¡bachilleras!
Grita á sus compañeras:
Cómo ultrajáis al Cielo de ese modo?
Dios todo lo hace y lo dispone todo!

LECTURA 33.ª

La impudencia castigada

Un cochero, llamado Marcos, estaba bastante pobre; su escasez de recursos provenía de su mala conducta, que tenía la habilidad de ocultar á los ojos de todos; pero era imposible que impidiese los funestos resultados que ella produce. Se

embriagaba con frecuencia, jugaba no pocas veces, y esto arruinaba su bolsa y su salud.

Marcos vivía cerca de un maestro de postas, el cual creyéndole hombre de bién, se compadeció de él, y le dió una plaza de postillón, en la primera vacante de que pudo disponer.

Esto era lucrativo para Marcos, y aceptó. Por desgracia no pensó en corregirse de sus vicios; y como deseaba tener más dinero para satisfacerlos, comenzó á robar á su bienhechor. Tenía á su disposición la avena destinada á los caballos, tomaba, cuando podía, un saco de ella, y luego que había reunido cierta cantidad, la vendía á un comerciante de granos, no menos ladrón que él.

Una mala acción, repetida cada día, no puede permanecer oculta mucho tiempo. Marcos fué visto con su saco de avena sobre el hombro, y advirtieron de ello al maestro de postas, el cual llamó al culpable y le dijo la acusación que de él le habían hecho. Marcos, que ocultaba sus hurtos en un paraje que no podían descubrir, ofreció á su amo que fuese él á su casa y la registrase. Como lo habían visto entrar en ella con el saco de avena, el amo aceptó su oferta, é hizo las pesquisas más minuciosas en las habitaciones, en los tejados, en los graneros, en los sótanos, sin poder hallar un sólo grano.

El maestro de postas dijo entonces á Marcos que la denuncia era evidentemente falsa y que hacía plena justicia á su probidad.—Esto no basta, mi amo, respondió Marcos; yo descubriré

quiénes son los envidiosos y embusteros que han querido desconceptuarme con usted, y, como me llamo Marcos, añadió alzando la voz y dando una fuerte puñada sobre la mesa, les haré castigar por la justicia como calumniadores.

Marcos había hecho muy bién su papel; pero la puñada que dió sobre la mesa fué funesta para él, porque el estremecimiento que produjo en el cuarto, hizo caer algunos granos de avena. Se trató de averiguar de dónde venían, y una segunda puñada que el maestro de postas dió sobre la mesa, hizo conocer que caían de las vigas del techo. Marcos había ocultado su robo en un espacio que quedaba entre el techo y el tejado: había en él varias hendiduras, y el menor movimiento que se imprimía á la avena hacía caer los granos en la habitación.

Para castigar á Marcos de su ingratitud, el maestro de postas le echó de su casa, y le denunció á la justicia para castigar su impudencia.

LECTURA 34.ª

La armonía

Un jóven educado en un completo aislamiento, no había oído nunca música. Una enfermedad le hizo perder el oído, y le llevaron á la ciudad para curarle de su sordera.

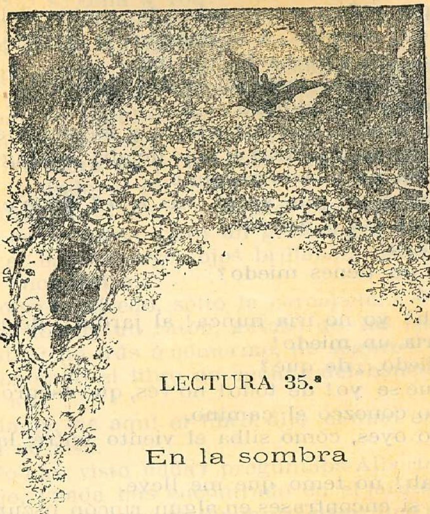
Mientras estaba en curso de curación, le llevó su padre un día á oir un concierto. El sordo

rió mucho al ver los movimientos y gestos de los ejecutantes; y habiendo preguntado qué hacían aquellas gentes, le respondieron que tocaban una pieza de música: el sordo desde entonces decía á todo el mundo que la música era la cosa más necia y más ridícula del mundo, y que no comprendía qué objeto se proponían al frotar unos contra otros ciertos instrumentos ó al soplar dentro de algunos; puesto que eso nada produce, añadía, los músicos son verdaderos locos.

El jóven curó de su sordera. Lleváronle de nuevo al concierto, y ¡cuáles no fueron su sorpresa y sus trasportes! Comprendió entónces la razón de todo lo que le había parecido absurdo: cada movimiento de los dedos, cada soplo producía su efecto, y todos esos efectos reunidos formaban un conjunto arrebatador.

Un anciano que estaba allí, dijo á un hijo suyo:

—No olvides las palabras de ese jóven; y si alguna vez tienes la tentación de juzgar las vías de la Providencia divina, ó de quejarte de lo que sucede, acuérdate que nosotros estamos respecto á las obras de Dios en el mismo caso que un sordo que se halla en un concierto. Piensa que cuando se abran nuestros ojos después de nuestra muerte, veremos que reina en el mundo una armonía más perfecta que la del más melodioso concierto; y que si ahora no lo conocemos, es porque estamos ciegos, del mismo modo que ese jóven estaba sordo.



LECTURA 35.ª

En la sombra

La mamá acababa de encender la lámpara, porque la noche se venía encima.

No se distinguía otra cosa más que un velo negro por la ventana abierta. Junto á la mesa el pequeño y alegre Alfredo que siempre ríe y canta, estaba sentado, cerca de su primo Alberto, que se asusta por cualquier cosa.

—Alfredo, dijo la mamá, he olvidado mi libro

encima del banco. Está al extremo del paseo; hay que rodear, como sabes, la esquina del viejo paredón; después, á la derecha, la glorieta sombría....... vé á buscarle, hijo mío.

Y me traerás también el dedal que debe haber quedado junto al libro.

—Sí, mamá, dijo Alfredo, voy en seguida.

La mamá, mientras el niño dejaba los juguetes, entró en un cuarto próximo.

—Vas á ir? ¿de veras, vas á ir? decía en voz baja Alberto á Alfredo.

—Vaya!

—Y no tienes miedo?

—Nó.

—Ah! yo no iría nunca! al jardín! de noche ¡tendría un miedo!

—Miedo, ¿de qué?

—Qué se yo! de todo! no vés, qué oscuro está?

—Yo conozco el camino.

—No oyes, cómo silba el viento entre las ramas?

—Bah! no temo que me lleve.

—Y si encontrases en algún rincón oscuro alguna cosa. Ah!

—Sí, veré algo: veré el libro, y lo traeré en seguida.

Alfredo sale. Pero apénas dá tres pasos por jardín, un gran murciélago revolotea á su alrededor, desapareciendo entre la espesura para volver luego bruscamente rozando con sus alas las mejillas del niño.

Alfredo se echa á reir.

—Ah! si yo fuese una pobre mariposa nocturna, tendría un miedo terrible!

Un poco más allá, cuando estaba junto á los viejos paredones; salió de repente una lechuza, lanzando su lúgubre grito «hú hú!». Alfredo se echó á reir de nuevo diciendo:

—Si yo fuera un pichón de chingolo, temblaría de lo lindo en mi nido.

Finalmente, al llegar á la glorieta sombría, entrevió en lo más oscuro un gato negro encojido sobre el banco, cuyos ojos brillaban, como carbones encendidos.

Entónces Alfredo, soltó la carcajada.

—Yo no soy un ratón, gatazo de los ojos relucientes; no irás á comerme, de seguro!

Y tomando el libro de encima del banco, fuése de allí.

—Mamá, hé aquí el libro, dijo el niño entrando en la casa.

—No has visto nada? preguntaba Alberto, por lo bajo, ¿nada has encontrado en el jardín?

—Sí, he encontrado un murciélago, que me ha rozado al pasar, una lechuza, que me ha dicho hú, hú, y un gatazo negro que me ha mirado con sus ojos redondos.

—Pero ¿y mi dedal? que has hecho de él, Alfredo?

—Ah! es verdad mamá: lo he olvidado!

—Todo está oscuro. El murciélago revolotea todavía por el jardín, la lechuza debe estar allí

acurrucada sobre una rama; el gato está tendido sobre el banco. Ya conocéis el camino; tomáis por el paseo, hasta llegar á la glorieta sombría, que está á la derecha...... ¿ Quién de vosotros, irá á buscar el dedal, que olvidó el atolondrado cuanto valeroso niño?

LECTURA 36.ª

Cabeza de ratón y cola de león

En la aldea de Tchang-yo, situada á corta distancia de la puerta oriental de Sing-Kiang en la China, vivía un sugeto cuyo nombre de familia era Hou y el apellido Kong. Descendía por línea recta de labradores; pero él tenía una afición decidida á la literatura y había compuesto versos de siete sílabas que hubieran figurado con honor en los trozos escogidos de los autores clásicos de la China. Los vestidos de Hou eran sencillos, la comida frugal y el bienestar y la alegría reinaban siempre en su domicilio: todavía le quedaban algunos ahorros, á pesar de lo escaso de sus recursos, y tenían motivos para estarle agradecidos todos los indigentes del pueblo.

Tenía por vecino un arrendatario no de los más ricos, y que se distinguía únicamente por su gran amor á la horticultura. En su vasto jardín rodeado de un enverjado de bambús, flo-

recían la altea, la balsamina, la peonía, el amaranto, el calichanto, la dalia, la nicaragua, el heliotropo y otras plantas no menos curiosas. Hacía mucho tiempo que este buen hombre, llamado en el país el *entusiasta por las flores*, (Hoa-Tchy) tenía unos vivos deseos de oir recitar algunos versos á su vecino Hou-Kong. Por consiguiente, un día en que la ocasión le pareció favorable, el Hoa-Tchy se puso sus vestidos del día de fiesta y fué á llamar á la puerta de su vecino.

Hallábase éste sentado á la sombra de sus árboles y entretenido en cantar y en beber vino de Niao-Tching en una taza de oro, regalo del virey de la provincia. Cerca de sí tenía una mesa con un tiesto de porcelana blanca, en el que descollaba una rama de peral, cubierta de hermosas flores jaspeadas. Al ver á su vecino abrió sus ojos cargados con el vino, y le dijo con abandono: «*estoy borracho, quiero dormir; con que así déjame en paz.*

No se desanimó el arrendatario por esta respuesta tan poco favorable, y le contestó:

—El entusiasta por las flores, sabe muy bién que igual fué la respuesta del Nenúphar azul (el poeta Ly-Pe) cuando el comerciante Koncy-Nien fué á buscarle de parte del emperador; pero Hou-Kong que es á la vez un hombre muy político y un poeta distinguido, no querrá desairar la humilde petición de su más indigno servidor.

Al oír estas palabras, conoció Hou-Kong que estaba hablando con un aficionado á la poesía, y levantándose al instante, le saludó expresivamente.

—Creo, le dijo en seguida, que os he visto cultivando algunas flores en un jardín cercado con bambúes.

—Verdad es, Hou-Kong, que tengo en un miserable rinconcillo de tierra algunas pobres plantas que no merecen fijar las miradas de su señoría, y sin embargo es tal la idea que tengo de su bondad, que le creo capaz de venir á pasar una hora ó dos en compañía de algunos amigos que de rato en rato beben y componen versos, escuchando como cantan los ruiseñores en aquel silencioso retiro.

—No hay cosa que tanto me agrade como un convite de esta especie, replicó Hou-Kong, ¿pero qué día, si gustáis decírmelo, permitiréis á vuestro servidor el que asista á esta fiesta de la amistad?

—Será, salvo el parecer del ilustre poeta, el décimotercio día de la luna.

—Tengo el más vivo sentimiento, dijo Hou-Kong, después de haber reflexionado algunos instantes; pero precisamente en ese día tengo una cita en casa de los examinadores nombrados para esta provincia. El uno de ellos añadió pavoneándose, es su excelencia Yang-Kouei-Tchong, primer ministro y hermano de la emperatriz, y el otro es el duque Kao-Ly-Gse, coman-

dante de la guardia imperial. Ya podéis comprender que...

—Comprendo, replicó el entusiasta de las flores, que un señor como Hou-Kong no dejará de cumplir con tan eminentes personajes por un hombre rústico y sin letras como yo. Pero esto no me impide insistir en que vayáis. Nos reuniremos un poco más antes y seréis dueño de ir á Ping-Kiang en cuanto hayáis probado el vinillo de casa.

Hou-Kong ya no halló medio para rehusar, sin grave impolítica, un convite que interiormente despreciaba.

—Vuestro hermano acepta con trasporte el honor de pasar algunos instantes en vuestra compañía, pero bajo condición de que probéis con él ahora este insignificante licor.

Bebieron juntos muy buenas tazas de Niao-Tching y se despidieron con las mayores demostraciones de cortesía. El entusiasta por las flores volvió á su casa muy contento, y el día doce de la luna, tuvo cuidado de renovar el convite por medio de una esquela en papel encarnado.

Hou-Kong, entre tanto, tenía el mayor disgusto, y al ponerse el vestido de gala, el décimotercio día, murmuraba de su vecino acusándole de presumido.

—¡Qué orgullo, decía él, tienen estas gentes de aldea! He aquí un hombre que sabe que estoy convidado por los más grandes personajes del

Imperio y que sin embargo porfía por llevarme á su casa para alternar sin duda con algunos necios. No sería malo que, en vez de ir, le enviase una sátira en la que sus convidados y sus pájaros cantarines fuesen puestos en ridículo.

Y sin más ni más se puso á improvisar esta sátira en verso libre, de modo que iba ya limando los últimos versos, cuando llegó al jardín del entusiasta por las flores.

El golpe de vista que se le ofreció era tan delicioso como el del lago Sy-Hou. Aquel jardín, cuajado de las flores más raras, parecía una alfombra de mil colores. Por calles de cipreses, se llegaba á tres salas, cubiertas rústicamente y con muebles lisos; pero en las que reinaba una limpieza admirable. Se hubiera podido barrer el suelo sin levantar un átomo de polvo.

En cuanto á las flores, á quienes Hoa-Tchy cuidaba como á otras tantas hijas queridas, se presentaban con una abundancia y riqueza extraordinarias, formando canastillos, cenadores, guirnaldas, arbustos odoríferos y praderas esmaltadas. Los pajarillos saltando con ligereza por entre las ramas de los árboles, y picando las bayas perfumadas de flores, cantaban con voz flexible y armoniosa.

Los amigos de Hoa-Tchy parecían los siete sabios de la selva de bambúes. Se hallaban sentados en semicírculo, sobre una mullida alfombra y cerca de un plantío de peonías abiertas, en el que descollaban las cinco especies más

notables de esta flor, que es la reina de los parques. Al lado de cada uno de ellos estaba colocado un plato lleno de hermosas frutas y una cantarilla de sam-tsicou preparado con el mayor esmero.

Al divisar á Hou-Kong, todos se levantaron é hicieron por dos veces delante de él una ceremoniosa reverencia, reservada solo para personajes de primera categoría. Le hicieron, á pesar de sus excusas, ocupar el puesto de honor, marcado con almohadones de seda encarnada, y después para manifestarle el aprecio que hacían de sus obras, cada uno de los circunstantes recitó á su vez algunas de las poesías que él había compuesto. El poeta sonreía y se inclinaba á medida que le iban recordando las más hermosas producciones de su juventud, y su corazón se dilataba de alegría: las flores le parecían las más bellas que había visto en su vida y dignas del paraíso terrenal. Le parecía, es verdad, que los pajarillos trinaban demasiado y turbaban el placer de los que escuchaban sus versos; pero los repetidos tragos de samtsicou hicieron que se le pasase esta pesadumbre y se abandonase enteramente á la alegría.

Después de haberle ensalzado en todos los tonos, le suplicó su huésped que honrase á la reunión recitando algunos versos suyos, y Hou-Kong, al cabo de muchas instancias, dió libre rienda á su númen poético.

Las bellas imágenes, las escogidas expresiones se agolpaban á su imaginación, é improvisó en un momento lo que otros muchos hubieran deseado escribir.

El tiempo, en tanto, pasaba más á prisa de lo que deseaban los regocijados bebedores, y ya había dado la hora de la cita, cuando Hou-Kong se acordó de que le esperaban el hermano de la emperatriz y el comandante de los guardias imperiales. El entusiasta por las flores y sus amigos le acompañaron hasta fuera del recinto del jardín, deshaciéndose en elogios y cumplimientos y ponderando el buen rato que les había dado.

Aturdido con tantos elogios, y con la cabeza algo caliente por el licor que había bebido, marchaba Hou-Kong, montado en su mula y tan satisfecho de sí mismo, que se le hubiera ten.do por Lao-Tse montado en su búfalo negro. Iba entonando á media voz una canción, y poco faltó para que distraido en sus pensamientos, se pasase de largo, sin presentarse en el salón literario, donde los examinadores le habían citado.

Estos señores habían extrañado altamente que el viejo poeta no hubiese venido todavía y que les hiciese esperar más tiempo del prefijado. Así es que resolvieron hacérselo pagar, y mandaron que empezase al instante una comedia representada por excelentes actores de Nan-King. Cuando Hou-Kong se presentó á la entrada del teatro, un solo criado estaba allí para recibirle

sin más ceremonia. Los mejores asientos estaban ocupados por Yang-Kouei-Tchong y por Kao-Ly-Gse, que no habían guardado una mala silla á su tardío huésped. Este, sin embargo, avanzó lleno de confianza hasta las primeras gradas; pero halló todas las banquetas ocupadas por una turba de literatos de segundo orden, que ni se levantaron de su asiento, ni aun dieron muestras de haberle visto.

A fin de hacerse visible, Hou-Kong saludó profundamente y una vez tras otra al primer Ministro, hermano de la emperatriz, el que sin apartar los ojos de la escena fingió no advertir la llegada del nuevo espectador.

Viendo que nada adelantaba por esta parte, se aprovechó el poeta de un momento favorable y sorprendiendo al duque Kao-Ly-Gse que le estaba acechando con el anteojo, le hizo una magnífica reverencia, á la que el duque contestó apenas con un ligero movimiento de cabeza. Hou-Kong, ya disgustado y lleno de pesadumbre, más sin querer todavía abandonar el campo; buscó un asilo en las gradas más distantes del teatro; pero los criados que habían tomado posesión de ellas, viendo á un pobre hombre por quien ninguno de los literatos había querido incomodarse, no hicieron caso de él. El poeta iba á reconvenir á uno de aquellos groseros truhanes; pero apénas había abierto los labios cuando empezó un rumor desde las lunetas, por entre el cual se percibieron algunas voces que decían:

—¡Silencio! ¡Esta bulla es insufrible!

—¡Que callen los criados! exclamó el comisario imperial, agitando su abanico con un movimiento de cólera.

Entonces Hou-Kong acabó de perder la poca serenidad que hasta entonces había conservado, y corrió á ocultarse en un oscuro rincón, esperando hacerse visible al concluir la función, poniéndose al paso de los magnates que tanto le desdeñaban.

—A lo menos entonces, se decía, me harán olvidar á fuerzas de atenciones los involuntarios desaires que ahora sufro.

Pero el primer Ministro, al pasar por delante de él, y sin detenerse en lo más mínimo, dijo al paje que llevaba su sombrilla:

—Ese que está ahí ¿no es ese Hou-Kong, cuyas coplas se cantan en todos los figones de Ping-Kiang? ¡Qué poca traza tiene de hombre de talento!

El comisario imperial, que iba detrás, recargó aun más las descorteses palabras de su colega.

—Debía presentarse como es debido entre personas decentes, y no apestar la sala con el olor del vino. Al decir estas palabras con tono enfático, miraba á Hou-Kong, por encima del hombro.

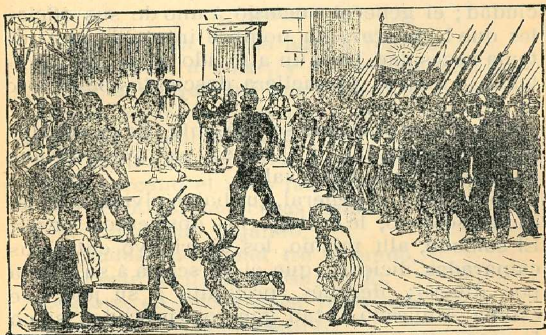
El infeliz poeta, confundido con tantos desaires, salió el último de la sala y montó en su mula, para volverse más que á paso á la aldea de Tchang-Yo.

—¡Ay de mí! exclamaba, muy necio es el que busca la compañía de los grandes y se expone á

ser juguete de sus caprichos, antes que descollar entre los pequeños y recibir sus homenajes. En el jardín del pobre arrendatario era yo el más hábil y el más festejado, y por consiguiente feliz; pero en el salón de lo principal de la literatura, ¡qué crueles momentos he pasado! Razón tiene el proverbio cuando asegura que *más vale ser cabeza de ratón que cola de león.*

LECTURA 37.ª

Magnanimidad de un soldado



Un general de división, habiendo notado, en una marcha, que algunos soldados se habían se-

parado del cuerpo del ejército, mandó un ayudante á intimarles que se incorporaran.

Obedecieron todos, excepto uno, que continuó su camino, separado de los otros.

El general, irritado por este acto de insubordinación, corrió hacia él con su bastón en la mano y le amenazó.

—Si Vd. lleva á efecto esa amenaza, dijo el soldado, con la mayor sangre fría, le haré arrepentirse de ello.

Exasperado el general, oyendo semejante insolencia, no se pudo contener: le apaleó y le obligó á incorporarse á los demás.

Pocos días después esas tropas sitiaron una ciudad; el general encargó á uno de sus oficiales que le buscara un hombre intrépido, del que tenía necesidad para un atrevido golpe de estrategia, y que le prometiera doscientos pesos oro de recompensa.

El soldado apaleado se presenta, lleva consigo algunos camaradas y llena su peligrosa misión, con tanto éxito, como valor.

A su vuelta, el general, que había olvidado la cara del soldado, le entregó los doscientos pesos. El soldado, allí mismo, los distribuyó entre sus camaradas, diciendo, que él no servía á su patria por dinero; después, preguntó á su jefe, que estaba admirado de tan generoso proceder, si no le reconocía.

El general respondióle, que nó recordaba haberle visto nunca.

—Pues bien! le dijo, el valiente soldado, soy el hombre que apaleasteis tanto, hace quince días, y que prometió haceros arrepentir de vuestra acción!

Al oir estas palabras, el general conmovido y con lágrimas en los ojos, le abrazó, pidiéndole disculpa, y le nombró oficial, en recompensa de su magnanimidad.

LECTURA 38.ª

La tortuga y el águila

FÁBULA

Una tortuga, á una águila rogaba
La enseñase á volar, y así le hablaba:
—Con sólo, que me des cuatro lecciones.
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo,
Por medio de los aires, hasta el Cielo,
Veré cercano el Sol y las estrellas
Y otras cien cosas bellas;
Ya rápida bajando,
De ciudad en ciudad iré pasando,
Y de este fácil, delicioso modo,
Lograré, en pocos días, verlo todo.
El águila rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando lentamente y con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.

Ella insiste en su antojo, ciegamente;
La reina de las aves, prontamente,
La arrebata, la lleva por las nubes,
Mira, la dice, mira cómo subes,
Y luego, al preguntarla: —¿Estás contenta?
Me la deja caer, y la revienta!
Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente

LECTURA 39.ª

Lo dicho, dicho

En la época en que el poderoso rey Felipe II se entretenía en levantar su célebre monumento del Escorial, en conmemoración de la batalla de San Quintín, un sargento que se había batido bizarramente por el esplendor y gloria de la entonces soberbia España, se paseaba entre la multitud de obreros que se ocupaban en aquella obra colosal, que hoy conocemos con el nombre de la octava maravilla.

Un desconocido se acercó á nuestro soldado diciéndole:

—Vais á la corte?

—A la corte voy, á pedirle al rey un grado, que lo he ganado bién, por mi vida.

—Mucho dudo que podáis satisfacer vuestro deseo, contestó el desconocido: el rey no se ocupa más que en dirigir estas obras.

—Si me niega lo que le pido, le mando á paseo y me vuelvo á Flandes, respondió el sargento.

—¿Y haréis como lo decís?

—Vaya si lo haré.

—Tomad este pliego; con él entraréis mañana en palacio; á las doce dá audiencia el rey. No faltéis.

—No faltaré, repuso el soldado.

Al día siguiente, á la hora fijada, se presentó en palacio nuestro soldado, vestido de gala, á pedir su gracia. Introducido que fué en la regia cámara, levantó los ojos para entregar su memorial y se estremeció: el hombre que se hallaba sentado en el solio real, era el desconocido á quién había hablado tan familiarmente en el Escorial.

Felipe II leyó con gravedad el escrito del pobre sargento, que hubiera dado cualquier cosa por hallarse á la sazón á cien leguas del alcázar.

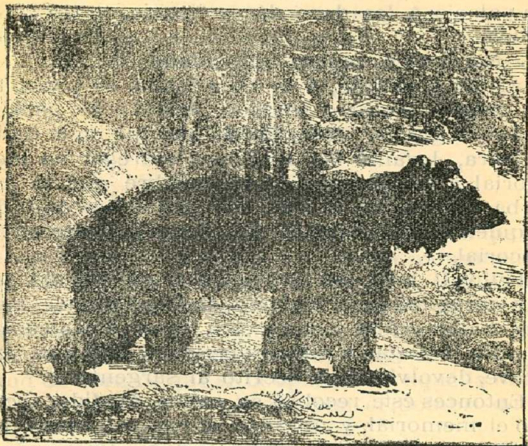
—No ha lugar á vuestra petición, dijo con voz grave, devolviendo el escrito al sargento.

Entonces éste recobró su calma perdida, recogió el memorial, y mirando al rey con cierto desenfado, aunque con respeto, le dijo:—Pues, señor, *lo dicho, dicho*, y me vuelvo á Flandes.

Este rasgo de ingenio, dicho sin ofender á la majestad real, le valió el grado de capitán y la simpatía constante de su general y compañeros de armas.

LECTURA 40.ª

El oso pardo



El oso pardo vive en los bosques de las altas montañas; y no es tan salvaje como el oso gris de América, aunque es mejor trepador que él. El oso gris no habita ahora más que los montes Pedregosos, ahuyentado por la civilización. Estos osos no comen carne viva, sino á falta de otros alimentos; prefieren alimentarse de frutas

y raíces; pero cuando les acosa el hambre, desgraciado el que se encuentre al alcance de sus fuertes patas.

Los osos son animales corpulentos de cuerpo grueso, miembros fuertes y cola corta; sus uñas son largas y á modo de ganchos, propias para cavar; son cuadrúpedos *plantígrados*, es decir que caminan apoyándose en la planta de sus pies; por consiguiente tienen gran facilidad para pararse apoyándose en los posteriores; sus ojos son pequeños, sus narices muy abiertas y rodeadas de una jeta, sostenida por un cartílago móvil y flexible.

El oso pardo que abunda en Europa es muy goloso de frutas silvestres, las que encuentra en cantidad en las selvas en que vive. Otra de sus golosinas es la miel, y roba y destruye, para conseguirla, las colmenas de las abejas salvajes. Estas abejas, construyen sus colmenas en los árboles huecos, pero en lo interior y en lo alto; mas el oso pardo las descubre por el olor de la miel.

Cuando encuentra una colmena, trepa al árbol y por horas y horas roe la corteza del tronco donde está la miel, hasta que hace un agujero suficientemente grande para introducir su pata.

En seguida, á pesar de los aguijones de las abejas, entra la garra y arranca á pedazos los panales, y no se retira hasta haberlas robado toda su provisión.

Cuando llega el invierno, el oso se refugia en

alguna cueva ó agujero de algún tronco de árbol corpulento.

Allí se hace una cama de hojas y de ramas; y cuando viene la nieve, lo cubre y yace escondido y abrigado bajo de ella; porque habéis de saber que siendo la nieve muy mal conductor del calor, el propio calor del oso, encerrado en su guarida, se la templa y conforta. Lo mismo hace el oso blanco de los polos.

Allí, bajo la nieve, el oso se amodorra, cierra los ojos y duerme durante todo el invierno.

Despiértase de nuevo en la primavera y empieza otra vez á merodear en los bosques.

Muchos son los cazadores de osos, y en Rusia, especialmente, constituye casi una diversión nacional.

Un cuero de oso es muy valioso, y se le emplea para hacer abrigadas casacas, cobertores para camas y manguitos para las señoras.

Su carne se come y con su grasa se fabrica aceite.

LECTURA 41.ª

Contras de la mala fé

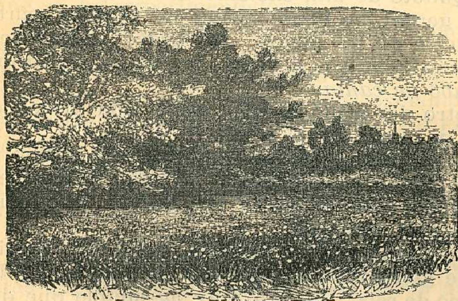
FABULA

—Llégame el comedero,
Dijo á un gorrión otro gorrión muy maula.
—Pues ábreme, primero,
Contestó aquel, la puerta de la jaula.

– Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
Te vas, sin darme de comer en pago?
—Y ¿quién me dice á mí, responde el preso,
Que me abrirás, si llenas el monago?
Y en conclusión, por si ha de ser primero
Llegar el comedero
O correr el alambre,
Quedóse el enjaulado, prisionero,
Y el hambriento, volvióse con el hambre!
Digno amigo ¡por Dios! de tal amigo,
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:
¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
***Lo** mismo, que los hombres, los gorriones!*

LECTURA 42.ª

El lino



Un campo de lino estaba florido y formaba

una alfombra de lindas florecillas, finas y delicadas como alas de mariposa.

Las nubes de lluvia regaban la linda planta y luego la doraban los rayos del sol; y era lo mismo que cuando se lava á los niños, y después, si son buenos, su madre les dá un beso bienhechor; esto les hace crecer, y otro tanto pasó al lino.

«Oigo decir á las gentes, exclamó que este año he brotado muy bién, que mi tallo es fuerte y alto y que harán conmigo una magnífica pieza de lienzo. ¡Qué suerte la mía! De todas las criaturas soy la más feliz. Tendré un sino honroso, y entre tanto me regalo con la lluvia. ¡Y qué provecho me hace el sol! En verdad, mi ventura es única, increible.

—¡Quítate de ahí, exclamó la valla, no conoces la gente; no tienes, como yo espinas para defenderte de los malos. En breve podrás decir, como los chicos del país: *«Schnipp, schnapp, se acabó de cantar»*.

Al otro día brilló el sol; luego una benéfica lluvia, y luego volvió el sol.

«Ya ves que no se ha acabado, dijo el lino á la valla, estoy muy á gusto, no hago sino crecer y mira qué bién se abren mis flores. No, nadie es más feliz que yo».

Pero, algún tiempo después, llegó una cantidad de gente que brutalmente asió al lino y lo arrancó de raíz. No era muy agradable que digamos. Luego lo zambulleron en agua como si

quisieran ahogarlo, luego lo colocaron sobre el fuego como para asarlo; era horrible, espantoso».

«No siempre se puede nadar en la felicidad, se dijo el lino; hay que soportar las pruebas de la vida, así es como se adquiere la experiencia.

Pero fué cada vez peor. Sin miramiento ni atenciones, cogieron el lino para mojarlo de nuevo, luego lo hicieron rasgar, con máquinas que le arrancaban todas sus fibras. Cuando hubieron formado un montón informe, hubo que pasarlo por una rueda que metía un ruido ensordecedor; el pobre lino podía apenas reflexionar en sus sufrimientos.

«He sido muy feliz, acabó por decirse, y no todos pueden contar otro tanto. Se puede estar contento cuando se puede recordar los placeres que se ha experimentado»

Cuando terminaba estas palabras, salía de la máquina de tejer, y cuando se detuvo la lanzadera, era una magnífica pieza de lienzo.

«¡Se ha realizado la predicción! exclamó cuando volvió de su primer sorpresa. No lo creía mucho. La fortuna me sonríe más que nunca».

Y cuando se encontró tendido sobre el verde césped en que se pone el lienzo para blanquear, dijo viendo la valla:

«Vamos, no tenías razón con tu *schnipp, schnapp*. La canción en vez de acabarse, no hace más que comenzar para mí. He tenido que sufrir, pero estoy recompensado con creces. Me he hecho un lienzo fino, sólido y blanqueo á

ojos vistas. Es muy distinto de no ser más que una simple planta, y no siento ni aun mis florecillas. Entónces no recibía agua más que cuando al cielo le agradaba llover, y ahora me riegan regularmente dos veces al día, y me cuidan mucho; las muchachas de la casa vienen á verme y volverme todas las mañanas; ayer la señora del burgomaestre dijo que no había visto nunca una pieza de lienzo más hermosa. No es posible ser más feliz que yo».

Un día entraron el lienzo en la casa; fué cortado á trozos por las tijeras y lo recortaron aún para picarlo con alfileres y coserlo con agujas; fué otro mal trago que pasar; pero, qué alegria cuando terminada la operación, la pieza terminó una docena de esos trajes que á ciertas personas, en ciertos países, no les agrada pronunciar el nombre, pero que, sin embargo son indispensables á la humanidad civilizada.

«Ahora comprendo, dijo el lino, ahora sé para lo que me cuidaban.

«Sirvo para algo muy útil, es el verdadero placer. Ahora que tengo conciencia del uso que hacen de mí, me considero doblemente feliz. Ved con qué esmero nos tratan, á los doce que somos, con qué cuidado nos arreglan en el armario, entre el espliego y el iris!»

Pasaron algunos años; la tela, después de haber correspondido á todo cuanto podía exigirse de ella, acabó por descoserse, romperse y deshilarse.

La cogieron y la hicieron mil pedazos para

hacer trapos, mojarla, reducirla á pasta, y después de otras preparaciones dolorosas, héte que se halló transformada en un papel blanco y satinado.

«¡Qué sorpresa, qué suerte! exclamó el papel. Ahora soy más hermoso y más fino que antes. Y los hombres escribirán en mí sus hermosas ideas. ¡Qué honor, qué felicidad!»

Y en efecto, el papel llegó á casa de un gran poeta que escribió en él magníficos versos y lindas historias; eran muy divertidas al par que inspiraban sanas ideas.

«En verdad, se dijo el papel, es más de lo que había soñado nunca, cuando bajo forma de planta, echaba mis florecillas. Ahora sirvo para distraer é instruir á los hombres. Dios me colma de felicidad. Cada vez que me figuro que la canción se ha acabo, como dice la valla, paso á una vida mejor y más elevada. Ahora estoy cubierto de preciosas ideas, salidas del caletre de un hombre de genio, y hay tantas como florecillas había en el campo de lino».

El manuscrito fué enviado á la imprenta y todas las buenas cosas que había escritas en él pasaron á miles de libros que fueron á llevar á lo lejos las deliciosas creaciones de la imaginación del poeta.

El manuscrito fué devuelto á su autor que lo colocó en su biblioteca.

«Esta es una nueva fortuna, dijo el papel, me dejan á un lado, me aprecian, me honran como

un antepasado; y en efecto, los hermosos libros que reproducen los pensamientos que el hombre célebre ha trazado en mí, ¿no son mis descendientes, mis hijos? Viajan allende los mares y por los países extranjeros; pero yo que directamente he recibido la inspiración del poeta, soy privilegiado, yo tengo la mayor suma de felicidad».

Pasaron largos años, el poeta murió. El papel se puso amarillo; pero esto no era nada. Los herederos del poeta no tenían gran consideración por los manuscritos ya impresos que no podían producir nada; los metieron en un tonel que estaba en la cueva, donde permanecieron cierto tiempo.

«Es agradable, dijo el papel, poder reposar como yo en un lugar retirado, cuando se ha cumplido su destino. Ahora que están juntos todos, los hijos de la Musa del famoso poeta, puedo juzgar cuán glorioso ha sido para mí haber servido de instrumento á su genio. Pero, pregunto lo que ahora puede sucederme, pues hasta ahora siempre he ido progresando; y ¿dónde hallar suerte más hermosa que la que acabo de tener?»

Algún tiempo después sacaron del tonel todos los manuscritos para quemarlos; no sabían qué hacer con ellos; los herederos del poeta tenían vergüenza de venderlos al especiero para que envolviese cominos y especias. Todos los chicos del barrio habían acudido para asistir á aquella hoguera.

Los pobres manuscritos fueron arrojados al fuego, ardieron sucesivamente; cuando la llama cesaba, se veía el papel incandescente arrojar chispas. Los muchachos, que se divertían mucho con aquel espectáculo, cantaban, como se hace en Dinamarca, una ronda cuyo estribillo dice: «¿Veis las chispas que se empujan y persiguen? Son los escolares que salen de la clase».

Luego cuando la ceniza se ponía negra y creían que todo estaba consumido, héte que aparecía una última chispa, y los chicos gritaban bailando:

«Es el maestro de escuela Ha salido el último».

«Echaron al fuego todo cuanto contenía el tonel. Fué una hoguera soberbia. Las llamas salían por la chimenea, mucho más altas que nunca se habían levantado las florecillas de lino y resplandecían con más brillo que la tela. Un instante hubo en que las letras salieron en un rojo más oscuro sobre el resto del papel inflamado.

«Ahora voy á lanzarme hacia el sol».

Si se hubiese escuchado bien, esto se habría oído pronunciar en medio del fuego por miles de voces. Eran los átomos invisibles que habían formado el papel y ahora revoloteaban en los aires, más ligeros que la llama que los había separado.

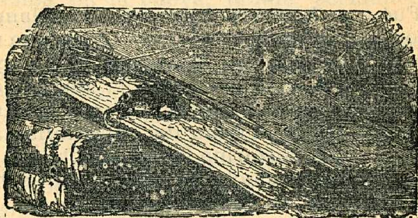
Cuando todo estuvo quemado y hubo desaparecido la última chispa, los chicos bailaron gritando:

«Schnipp, schnapp, se acabó de cantar!»

Pero, los seres invisibles que habían sido lino, lienzo y papel, cantaban también:

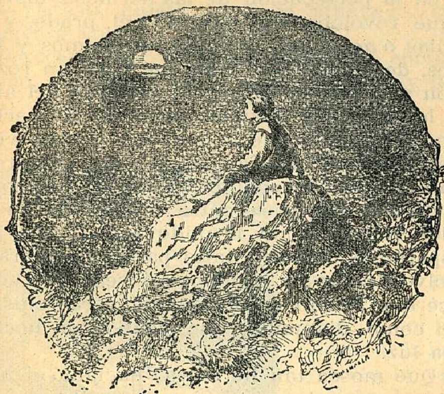
«Nunca se acaba la canción. Es lo que hay más hermoso, y sabemos que es así, y por eso nuestra felicidad es incomparable!»

Los chicos no oyeron esta canción, y aunque la hubiesen oído no la habrían comprendido; lo que es justo, pues los niños no han de saberlo todo.



LECTURA 43.ª

La mosca de oro



I

Jugaban tres niños en un florido prado, cercado de barreras, no lejos de la casa de sus padres.

La hermana mayor recogía los rojos frutos del rosal silvestre y los negros de las zarzas, á lo largo del cercado, y los juníperos salvajes, sobre las matas erizadas de espinas; la más pequeña, morenita y linda, jugaba con dos cor-

deritos tachonados, y una cabrita blanca, que venían á comer en su manecita. Pero el muchacho, hermano de las dos, cabecilla ligera, caprichoso é impaciente por naturaleza, acalorábase en la persecución de las hermosas mariposas que revoloteaban eses por el prado, y las libélulas ó *aguasiles*, insectos ligerísimos y brillantes, de abdómen afilado, que pasaban rozando con sus alas la superficie del agua del arroyo y los largos y flexibles tallos de las yerbas.

Cuando he aquí que una mosca dorada viene á posarse sobre una ramita de rosal silvestre ó eglantina. Su cuerpo impregnado de luz por el rayo de sol que pasa entre las ramas de los árboles, reluce como bruñido metal; sus alas transparentes como cristales parecen sembradas de polvo de oro; y cuando el insecto las agita, parece que brotan de ellas verdaderas chispas, y son como diamantes que centellean, heridos por la luz.

—¡Qué mosca tan hermosa! exclamó el niño; ¡es una mosca de oro! quiero cazarla!

Y he aquí, que se abalanza para apoderarse de ella; pero la mosca levanta su vuelo elevándose por los aires: luego vuelve á bajar, vá y viene, volando de nuevo como si quisiese tentar al chico, é irritarle más; el pequeño murmullo de sus alitas, semeja una zumbona cancioncita.

Cada vez que el niño creía alcanzarla, aproximábase á ella, tembloroso, sin aliento, y tendía la mano ávidamente, sobre el insecto, pero siem-

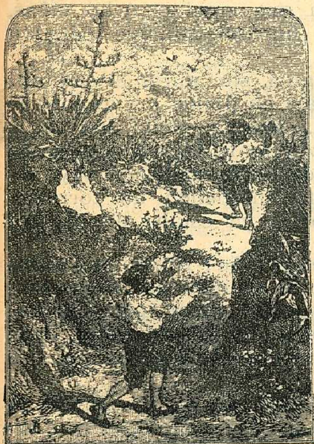
pre, ó por unas ó por otras, dejábala escapar y volvía de nuevo á sus inútiles maniobras.

Estaba furioso. Con el rostro encendido, bañado en sudor, anhelante y más obstinado que nunca en satisfacer su capricho.

—Ya está quieta.... no se mueve.... ay! ya vuelve á volar!

Pero esta vez, la mosca vuela por encima del cerco, yéndose á los campos, lejos, muy lejos.

II



Entristecido sobre manera, detiénese el niño! contémplala huir por los aires.... pero vacila. De pronto, dá un brinco, se encarama, por las traviesas de la barrera y salta la valla.

Niño temerario!

—Hermanito! hermanito! qué haces? grita la hermana mayor; ¿á dónde vas? Mamá nos has prohibido que saliésemos del prado.

Pero el obstinado chico, no hacía caso; ni la hermana, ni la madre, tienen ya poder sobre él; allá va corriendo por el camino en pos de la mosca de oro, que unas veces huye en línea recta y otras dá vueltas y revueltas; tan pronto sube á gran altura como pasa rozando la tierra, desapareciendo entre la sombra de los árboles, reapareciendo luego á la luz del sol; á veces se balancea sin mover las alas al alcance de la mano del niño, deteniéndose si éste se detenía, y volando de nuevo, si avanzaba.

Durante largo rato la siguió por el camino, luego por la vereda que conduce á las viñas, luego á lo largo de un interminable paredón blanco.

El niño seguía, seguía, sin mirar el camino; llegó á un sitio salvaje en donde los espinos le destrozaban la ropa. Más adelante las rocas agudas rodeadas de zarzas le impedían el paso; luego bajó al fondo de un barranco en cuyo lecho pedregoso corría, mugiendo un torrente. Pero la maldita mosca, ya estaba en la otra orilla.

¿Qué hará entónces el niño? Allí no hay puente, ni cerca ni lejos; ni siquiera un tronco tendido al través para podér pasar por encima; acá y allá algunos peñascos desprendidos, diseminados entre la corriente, que hierve espumosa á su alrededor.

No importa! El testarudo se aventurará á pasar por encima de la piedra resbaladiza é in-

segura, con peligro de caer en el agua que es allí profunda; podrá encaramarse por las rocas de la márgen opuesta, y de allí, al prado no hay más que un paso.

Y la mosca siempre linda y siempre esquiva, parecía divertirse en exasperar al muchacho, danzando, revoloteando y entregándose á estravagantes movimientos en el aire, acompañando el juego con un zumbido burlón: á la luz rojiza del sol que entra en su ocaso, semeja el insecto un carbón encendido; sus alas brillan como las llamas.

Embriagado por el deseo, olvidando todo lo demás, nada veía el niño más que la mosca de oro! así es que se lanzó en su persecución como un loco, á través de los pastos, aplastando sin compasión las inocentes florecillas; persiguióla por el prado, junto al bosque; tan lejos que al fin, fatigada se detuvo en el tronco de un árbol.

—Ah! ya es mía! exclama el niño y la agarra; pero la cruel mosca de oro le pica el dedo, vuela y desaparece.

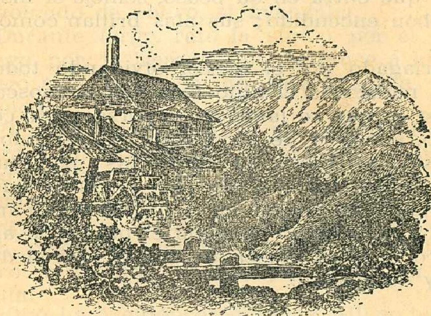
III

El niño lanza un terrible grito. La tal picadura quema el dedo, como si fuera hecha con un hierro candente.

El pobre chico púsose á sollozar, mientras tuvo fuerza para ello: lloró á lágrima viva por mucho rato; luego cuando el dolor se hubo apa-

ciguado un poco, lleno de angustia y con los ojos fatigados miró á su alrededor.

Nada de lo que veía, érale conocido, ni los campos, ni los bosques; el sitio era desierto, no había allí casas ni caminos; allá á lo lejos algunas pequeñas sendas que Dios sabe, á dónde conducen: y lo más horrible es que no había ningún hombre que pudiera enseñarle el camino de su casa.



Entonces se apoderó de él un miedo cerval, al verse sólo y perdido en medio de un desierto.

Enjugóse los ojos, y procuró encontrar los sitios por donde había venido: las señales de sus pasos sobre las yerbas, no se conocían ya; tomó por un atajo cualquiera, pero después retro-

cedió temiendo alejarse todavía más; fué por otro lado, y volvió atrás de nuevo. Ocurriósele subir á un peñasco para ver más lejos, pero nada percibió, que pudiese guiarle: no se veía otra cosa que árboles y campos, y campos y árboles. Púsose á gritar con todas sus fuerzas, y sólo el eco le respondió.

La noche se le venía encima. El sol había escondido su faz, y apenas un resplandor rojizo iluminaba los árboles del horizonte. Poco á poco extinguióse este reflejo, las nubes adquirieron pardos tintes y casi no se distinguía nada!

¡Oh cuán sólo y extraviado se encontró entonces el niño en medio de la campaña sombría. Su corazón latía fuertemente; su pecho se hinchaba, la garganta se deprimía; de vez en cuando, prorrumpía á llorar de miedo y de pena! Pensaba en el florido prado, en su casa, en sus hermanitas y su madre; sus hermanitas, que están allá llorando.... Y su madre, y su pobre madre? y su papá?

Sin duda le están buscando por todas partes, llenos de angustia; le buscan y llaman á su hijo querido, que les causa tanto pesar!

Y él, está aquí tembloroso, aturdido, sin que nadie le socorra. La noche va á venir!

Las sombras invaden los bosques, las sinuosidades del monte se borran; no pocas aves negras pasan por encima de su cabeza. Luego escucha el murmullo misterioso de las hojas, remedando el roce de las bestias feroces entre

las matas; ha oído decir que hay fieras en el interior del bosque, y grandes perrazos salvajes que van errando por los caminos .... Ah! pasar la noche allí, solo enteramente, rodeado de tinieblas, muerto de miedo y transido de frio, es un suplicio bien grande.

IV

Ignoro el final que le cupo, á la historia del niño. Sin duda vosotros desearíais saber lo que sucedió después, y cómo salió del paso el pequeño protagonista de esta historia; pero me es imposible decirlo. He interrogado al respecto, muchas personas de las cercanías y nadie ha sabido darme razón del fin de la aventura.

Alguien que pasaba por allí, le ha indicado el camino de su casa?

Tal vez sus padres, que le buscaban desde el anochecer, le habrán encontrado antes de que la noche oscurezca el paisaje por completo.... Puede ser. Pero, y si nadie hubiese pasado por allí? y si los padres le han buscado por otros parajes? y si ha permanecido toda la noche sentado sobre el árido peñasco?

Ah! pobre muchacho! La noche con su horror y con su frío .... el bosque oscuro .... las bestias feroces que vagan y merodean .... los perrazos bravíos errantes por los caminos....

¡Quién sabe lo que habrá pasado al pobre chico! ¡y todo por una mosca!

Sí, la mosca ha sido el instrumento para el castigo de su desobediencia.

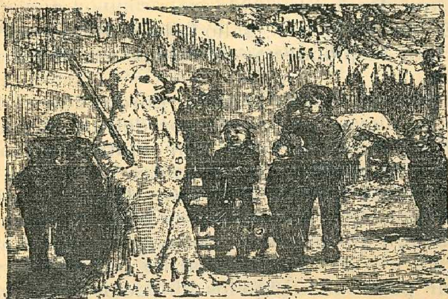
¿No le había prohibido su mamá, pasar el cerco? ¿No se lo repitió su hermanita mayor?

Ciertamente, ha debido sufrir mucho el desobediente, pagando bien cara su falta y su locura. ¡Que su madre le perdone!

Y que este ejemplo pueda servir para escarmiento de los niños pequeños y *grandes*, que se alejan demasiado de su casa, persiguiendo afanosos é imprudentes, una mosca de oro!

LECTURA 44.ª

El hombre de nieve



—«¡Qué delicioso frío hace hoy! dijo el hombre de nieve; mi cuerpo se resquebraja de gus-

to. Y ¡el viento del Norte!...me siento agradablemente aterido...

«Sólo esa gruesa bola brillante me fastidia, añadió, designando el sol que se ponía. No hace más que mirarme; pero no me hará bajar los ojos».

Y en efecto, los dos pedazos de carbón en forma de triángulo que tenía á los dos lados de las narices, no se movieron; siguió enseñando los dientes; como boca tenía los dientes postizos de una antigua quijada. Cuando había venido al mundo, había sido saludado por los gritos de alegría de una banda de colegiales, al par que resonaban los cascabeles de los caballos que tiraban de los trineos y los latigazos de los locuelos que los hacían galopar.

El sol se acostó; salió la luna llena; hermosa y clara resplandecía en medio del firmamento azul.

«Héte de nuevo la bola gorda, dijo el hombre de nieve; ha pasado por detrás. Le he enseñado á no mirarme con tanta obstinación. Ahora no me estorba, al contrario; su luz hace valer todas mis perfecciones. Una sola cosa me mortifica. Esta bola estúpida sabe moverse en el espacio, y yo no puedo cambiar de sitio. Sin embargo, iría gustoso á pasearme por el hielo y resbalar patinando como los chicuelos hacían antes.

—¡Güé, güé! ladró el viejo perro que estaba atado (se había resfriado desde que lo habían colocado en el patio, y no podía decir ¡Güau-

Güau!) ¡Güé! el sol te enseñará en breve á andar y hasta correr. Todos los años, hasta ahora he visto correr tus antecesores. ¡Güé, güé! todos se han largado!

—No te comprendo, compañero, dijo el hombre de nieve. ¿Sería esa bola de allá arriba la que me enseñaría á moverme, mientras, que soy yo quien la he hecho largarse hace un rato, cuando me fijaba con imprudencia? Se ha largado de prisa, y de ocultis ha vuelto por detrás.

—Qué bien se ve que has nacido ayer, respondió el perro, aunque tengas una enorme pipa en la boca, como un viejo. Has de saber que la bo.a suspendida en el cielo, es la luna; la de antes era el sol, Volverá mañana, y yo te respondo que acabará por hacerte ir al foso. Mira tal vez será para dentro de poco, pues va á cambiar el tiempo, lo siento en mi pata izquierda; me aguijonea, me bulle. ¡Güé, güé!»

Y el perro se volvió tres veces en la paja, y se enroscó para dormir.

«No comprendo muy bien lo que me anuncia, se dijo el hombre de nieve, pero es algo desagradable. En todo caso, veo que no me había equivocado tratando de enemiga á la bola gorda de enantes».

El tiempo cambió, en efecto. Al amanecer toda la comarca se hallaba cubierta de una espesa niebla húmeda; luego sobrevino un viento glacial; la helada aumentó. Cuando se levantó el sol, ¡qué esplendor! Árboles y bosquecillos es-

taban cubiertos de escarcha. De un lado se habría dicho una inmensa telaraña, por otro se veía como un banco de coral, cuyas ramas se enlazaban curiosamente; venía luego como un campo de flores de una blancura más pura que la de los lirios, con hilos más finos que el encaje. Era también encantador ver los abetos cubiertos de escarcha balancear con dulzura á impulsos del viento; formaba reflejos y lindos cambiantes. Todo brillaba y relucía á la luz del sol; se habría dicho que la tierra estaba cubierta de polvos de diamante; se veía también puntos como zafiros y rubíes; más allá una capa de nieve que relucía como miles de bujías.

«¡Qué soberbio espectáculo! exclamó una jóven que se paseaba con su hermano en el jardín. No se ven en verano estas maravillas.

—Y además, dijo el jóven, designando al hombre de nieve, no es posible dejar de alegrarse viendo un chico como éste. Es perfecto en su conjunto. No le falta más que una cosa, á decir verdad, y es que su pipa esté encendida».

La muchacha lanzó una sonora carcajada y dirigió un saludo en regla al hombre de nieve; luego, hizo una pirueta, y la alegre pareja prosiguió su camino; la nieve endurecida, crujía bajo sus plantas como cuando se tritura el almidón.

«¿Quiénes son esos dos personajes? dijo el hombre de nieve al perro de guardia. No tienen mala cara, pero no me parecen muy respetuosos

¿Los conoces tú que, según dices, estás aquí desde hace tanto tiempo?

—¡Si los conozco! respondió el can. Ella me acaricia á menudo, y él me ha dado á roer más de un hueso suculento. No hay que temer que los muerda. Son los señoritos de la casa.

—Pero díme, ¿son gentes como tú y como yo?

—Amigo mío, ¡qué preguntas más tontas haces! replicó el animal. ¡Se ve que has nacido ayer! Te digo que son de la familia de los amos. Pero, lo repito, no se conoce el mundo cuando uno es tan jóven. Yo tengo años y experiencia y sé muy bien todo lo que pasa en la casa. Hubo un tiempo en que no estaba en el patio expuesto al frío, atado á la cadena. ¡Güé, güé!

—En cuanto al frío, dijo el hombre de nieve, no hables mal de él, es lo más delicioso que hay en el mundo. La cadena, no digo que no; no debe ser agradable; el ruido sólo me hace sangre. Pero, cuéntame tu vida y tus aventuras.

—¡Güé, güé! repuso el perro, Cuando era pequeñito, todo el mundo me hallaba muy mono. Permanecía con los amos en las ricas habitaciones; á menudo dormía en un sillón dorado guarnecido de terciopelo; y la señora y las señoritas me besaban en mi sonrosado hociquito y me limpiaban las patas con pañuelos bordados, llamándome: «Amigo, querido amigo, dulce amigo».

Héte que un día declararon que crecía mucho, que era muy grande y me regalaron á la doncella. Bajé á vivir en el piso bajo; mira desde ahí

puedes ver, al través de la ventana, el cuarto en que he sido amo á mi vez; sí, la criada me amaba y me mimaba. No había tanto lujo como en el salón; pero estaba mucho mejor, los niños no venían, sin descanso, como arriba, á jugar conmigo, tirarme del rabo, ponerme un gorro de dormir y hacer mil bromas. La comida era también mejor. Tenía un almohadón y había un calorífero debajo del cual podía escurrirme; allí he pasado las horas más dulces de mi existencia. A menudo sueño con ese calorífero. ¡Güé, güé!

—¿Es una cosa tan hermosa, un calorífero? interrumpió el hombre de nieve. ¿Tiene algún parecido conmigo?

—Es precisamente lo contrario. Un calorífero es negro como un cuervo y tiene un cuello largo, con un círculo de cobre. Y come madera, come tanta, que el fuego le sale por la boca. Pero, no tienes más que mirar con atención y verás ese calorífero de mis sueños.

El hombre de nieve distinguió, en efecto, en el piso bajo, un objeto reluciente y pulido; un vivo reflejo salía de su boca. El hombre de nieve se sintió conmovido, medio miedoso, medio atraído.

«Y ¿por qué la dejaste?» preguntó. Pensaba que un ser tan sentido y que tenía un aspecto tan limpio y compuesto, debía ser del sexo femenino.

—Tuve que separarme á la fuerza respondió

el perro. Un día, el chico más jóven de la casa un demonio, quiso quitarme un hueso que apenas había roido; á fe mía le mordí hasta hacerle sangre. Gritó tanto que me pusieron atado aquí, como castigo, y la doncella, mi protectora, habiendo muerto poco después, me dejaron aquí. En medio de estas intemperies he perdido mi hermosa voz; no puedo ladrar más que: «¡Güé, güé!» Soy viejo y estoy ronco; pero á pesar de todo, no cambiaría mi suerte por la tuya».

Pero, hacía un momento que el hombre de nieve no lo escuchaba; no dejaba de considerar el calorífero que, plantado sobre sus cuatro piés era de la misma altura que él.

«¡Cuanto desearía penetrar en ese piso bajo, se dijo, y trabar más íntimo conocimiento con el calorífero. Todo mi cuerpo cruje de ganas; desearía apoyarme sobre él».

—Nunca entrarás ahí, dijo el perro, y es para mayor bién tuyo; pues si solamente te acercases al calorífero, se acabaría todo para tí. ¡Güé, güé! Pero, cuando uno es jóven, siempre tiene ideas insanas.

El hombre de nieve no se dejó persuadir. Todo el día siguió contemplando el calorífero, y cuando llegó la noche, encontró la luz dulce y deliciosa; estaba encantado cuando la llama salía por la boca, y cuando se abrió un instante la ventana y el fuego reflejó en rojo sobre el blanco pecho del hombre de nieve, exclamó: «No, es mucha felicidad, no puedo más, voy á morir».

La noche fué larga; pero no pareció tal al hombre de nieve; estaba absorto en sus ideas de porvenir. A la mañana del siguiente día, la ventana del piso bajo estaba helada y cubierta de arabescos y flores; pero, el hombre de nieve estaba de mal humor; los dibujos le ocultaban su querido calorífero.

«Mala señal para tí, dijo el perro, si sigues pensando en lo que peor sería para tí. ¡Güé! el tiempo cambia otra vez; ahora es la pata derecha la que me escarabajea».

Al día siguiente, en efecto, llegó el deshielo. El frío disminuyó y el hombre de nieve también declinaba; su corpulencia se cambiaba en flaqueza; no se quejaba, sin embargo, y es un mal síntoma. Una mañana, se desplomó sobre sí mismo. ¿Qué quedó á descubierto? Un palo de escoba que llevaba un cubo viejo para el carbón á cuyo alrededor los chicos habían amontonado la nieve.

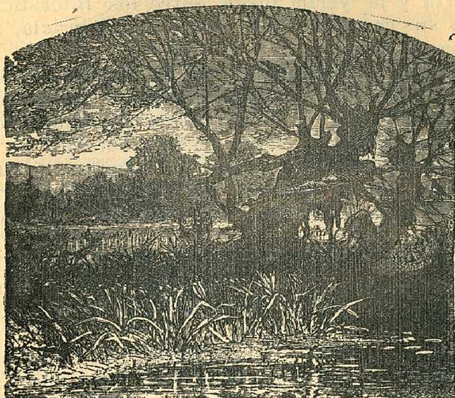
«Ahora comprendo, dijo el perro, por qué tenía tanta ternura por el calorífero; es ese cubo de carbón. En fin, se ha cumplido su sino ¡Güé, güé!»

Y se vieron los mismos niños que, jugando, habían fabricado el hombre de nieve, saltar y brincar cantando: «¡Ohé! se marchó el invierno! ¡Ohé! el verano volvió.—¡Sí, llegó, sí llegó!» dijo la alondra. El cuclillo cantaba en el bosque: «¡La luz, del sol! ¡La luz, del sol! —Sí llegó, sí, llegó!»

Ninguno de ellos pensaba ya en el hombre de nieve.

LECTURA 45.ª

El alforfón



Seguramente, habéis pasado mucha veces, en otoño, al lado de un campo de alforfón ó de trigo morisco; debéis recordar que entónces está negro como si una llama ardiente lo hubiese abrazado.

Los aldeanos de Dinamarca dicen: «El rayo ha vuelto tan negro el alforfón».

Pero cuando les he preguntado cómo había sucedido, no han sabido responderme Sin embargo, ahora lo sé; la historia me ha sido referida

por un gorrión que la sabía de un antiguo y venerable sauce que, hace muchísimos años asistió al suceso. Lleva el peso de los años; su cabeza está abierta y la yerba brota entre los intersticios; pero sus ramas cuelgan siempre con gracia, casi hasta el suelo.

Así pues, hace siglos, toda la hermosa llanura de los alrededores estaba sembrada de centeno, cebada y avena; la bonita avena que, cuando está madura, hace el efecto de una bandada de canarios. Brillantes estaban las plantas, y cuanto más llenas estaban las espigas, con más modestia se inclinaban como para dar gracias al Creador.

También había allí, cerca del sauce, que ya podía pasar por viejo, un campo de alforfón; pero la planta, en vez de doblarse como las otras, estaba derecha y erguida.

«Tengo tantos granos como el centeno, decía, y además, mejor aspecto que él. Mis flores son tan hermosas como las del manzano; cuando están abiertas forman una seductora alfombra; se diría nieve, fina muselina tejida por las hadas. Los hombres se detienen para admirarme. Veamos, viejo sauce, tú que tienes años y experiencia, ¿conoces algo más encantador qué un campo de alforfón en flor? Habla».

El sauce agitó sus ramas hácia atrás y luego hacia adelante, como si quisiera decir, como los hombres: «¡No, en efecto, no puede imaginarse nada más encantador!»

Pero este mudo homenaje no bastó al alforfón que dijo:

«Me parece que ese sauce no ha tenido nunca ingenio; en todo caso, los años le han quitado el poco que podía poseer».

Héte que se amontonaron gruesos nubarrones; amagaba un terrible huracán. Las flores de los campos habían unas cerrado sus corolas, otras se doblaron tan luego como comenzó á soplar el viento; pero el alforfón permaneció erguido como un palo, henchido de orgullo.

«Dobla la cabeza como nosotras, le gritaron las florecillas.

—Esto está bien en vosotras, débiles criaturas, respondió él con arrogancia.

—Dobla tu cabeza como nosotros, gritaron el centeno, y la cebada, y la avena. El ángel de las tormentas está cerca; sus alas de fuego son inmensas y rasan la tierra. ¡Guay! de los que parecen retarlo!

—No me inclinaré, replicó el alforfón.

—Tiéndete de prisa, dijo el viejo sauce. Los relámpagos son cada vez más terribles, el trueno retumba. No mires al aire cuando se rompen las nubes y estalla el rayo; los mismos hombres no pueden soportar ese espectáculo que los ciega.

—¡Ah!.... ¿los hombres no se atreven á mirar el relámpago? exclamó el alforfón con su loca soberbia; pues bién, yo tendré el valor de mirar cuando al través del relámpago puede verse el fondo de los cielos».

Y en efecto, en el momento en que resonó el rayo más espantoso, el que estalló sobre el pararayos de la iglesia, el alforfón estaba aún erguido, con la cabeza elevada hacia el cielo.

Cuando el sol apareció, las flores, las plantas se levantaron; estaban refrescadas y rejuvenecidas por el aguacero bienhechor. Pero el alforfón estaba negro; el rayo lo había herido, y para siempre debía conservar la marca. El viejo sauce agitaba sus ramas y caían de ellas gruesas gotas, como si el árbol derramase lágrimas.

Unos gorriones le preguntaron:

«¿Por qué esa tristeza? El aire es blando, agradable, embalsamado con el perfume de las flores y de los bosques. El sol esparce de nuevo la alegría por doquiera; y allá bajo, ¿no ves el espléndido arco íris?»

El sauce les refirió lo que acababa de pasar y producía su pena: el orgullo culpable del alforfón y el castigo que había recibido.

Esta historia se ha trasmitido entre los gorriones de generación en generación, pero sin gran provecho para ellos, pues son casi tan impertinentes y pretensiosos como el alforfón.

LECTURA 46.ª

Los Andes y Chacabuco

Uno de los más memorables hechos de la Independencia Americana, es el paso de los Andes por el general San Martín.

Figuráos las inmensas montañas de las cordilleras, sucediéndose unas á otras con sus cascos de nieve y sus flancos cruzados de peñascales, sin ruta ni sendero practicado, y haced desfilar luego por ellas todo un ejército con su armamento, su equipo y sus municiones; imagináos la masa de aquel ejército de cuatro mil hombres y ocho mil mulas y caballos, atravesando las blancas y escuetas soledades; izando sobre los picachos y deslizando luego por las faldas sus pesadas piezas de artillería, rodantes sobre las perennes nieves, y tremolando bajo la mirada de Dios la bandera de la patria, y tendréis representada en la mente una pálida copia de la gigantesca escena, jamás igualada sino por los Aníbal ó Bonaparte.

El ejército se dividió en dos columnas; atravesó la una al mando de Las Heras, por Uspallata, y la otra, á cuyo frente marchaba San Martín, por el paso de los Patos. Después de algunas guerrillas uniéronse ambas columnas á los patriotas chilenos, y hallaron al ejército español en la cuesta de Chacabuco, librándose en ella, la para las armas argentinas y chilenas gloriosa batalla de ese nombre, el 12 de Febrero de 1817.

El arrojo del general O'Higgins, que no aguardó las órdenes de San Martín para iniciar el combate, estuvo á punto de comprometer el éxito al principio; pero la pericia del general en jefe, que atacó á los realistas con tres escuadrones de granaderos, sable en mano y en tan formidable carga, que la caballería enemiga retrocedió dispersa del campo

de batalla, volvió á dar la primacía á nuestras armas. Soler y Necochea atacaron los flancos del ejército español y cooperaron activamente á la victoria.

Cuarenta y ocho horas después, el general San Martín, penetraba en Santiago triunfalmente.

LECTURA 47.ª

Historia de un pastel de guindas

¿Por ventura un pastel puede tener su historia? ¿Por qué nó? Si no se parecía este pastel á los que vemos en las pastelerías, por carecer de adornos, no era por eso menos bueno. Para hacerlo, habían recojido las más encarnadas y gruesas guindas de un árbol que en forma de espaldera ostentaba su hermoso fruto en el jardín. Después de colocarlas en una fuente y de haberlas espolvoreado con azúcar, las echaron dentro de un pastel, formado de buena pasta, hecha de harina, sal, manteca y huevos, cuidando de dejar una pequeña abertura en medio para que saliera el vapor á medida que se cociera en un horno, á donde lo habían llevado. ¿Queréis saber quién arrancó las cerezas, amasó la pasta y formó el pastel? Fué la mamá de Juanita y de Pedro, dos hermosos niños que tenían un defecto muy feo: eran golosos, glotones y tan sucios para comer, que disgustaban á todo el mundo. Como sus padres veían que no se corregían, no comían en la mesa cuando había algún convidado

Era la víspera de la fiesta del pueblo y todo aquel día la mamá lo había pasado en preparativos para recibir á las personas que debían venir á la granja para almorzar y comer, y pasar allí todo el día.

—¿Dí, Juanita, crees tú que nos dejarán comer en la mesa? preguntó Pedro á su hermana ¡Qué triste sería estar solos en nuestro rincón en un día de fiesta!

—Yo no sé, dijo Juanita, con timidez. Si nos hubiéramos corregido, nos habríamos sentado á la mesa; pero ayer dabas tales mordiscos á tu pan y tenías la boca tan llena, que parecía que te ahogabas. Mamá te tiene advertido que esa costumbre es muy fea. Yo por mi parte trato de enmendarme.

—¡Haces bien en estar orgullosa; ayer te ví meter los dedos en la crema y lamer el plato lo mismo que el gatito.

Al oir estas palabras, Juanita se puso encarnada como una grana.

—Es verdad, creí que estaba sola; pero ya cuidaré de no volverlo á hacer.

Los dos niños estaban jugando en el jardín, y de repente Pedro llamó á Juanita.

—¡Mira, le dijo, la ventana de la despensa está abierta! Allí es donde guarda mamá todas las confituras y los pasteles para mañana? No ves cómo entran las avispas? Estoy seguro que no van á dejar nada.

—Es preciso avisar á mamá para que las eche y cierre la ventana.

—Mamá se marchó al molino, contestó Pedro, y hasta que vuelva, las avispas tienen tiempo de regalarse! Yo mismo voy á echarlas fuera.

—Mira que te van á picar.

—No tengo miedo. Pedro fué á buscar un gran tiesto vacío y colocando encima un ladrillo se subió sobre él. Luego que entró por la ventana, exclamó:

—Ven, Juanita y verás una cosa buena.

—Pedro, no tenemos permiso de entrar en la despensa.

—Es para echar las avispas, ya lo sabes. Ven, no nos regañarán por eso. Juanita vacilaba. Vamos ¿no vienes? añadió Pedro con impaciencia; ¡nunca he visto una cosa tan rica! Oh qué olor tan bueno!

Juanita levantó primero la cabeza como si quisiera participar del buen olor, y después, colocando el pié sobre el tiesto y tendiéndole su hermano la mano, ambos se encontraron en frente del famoso pastel, todavía caliente. Encima de la pasta se veían algunos dibujos, saliendo de él tan buen olor que la boca se hacía agua.

—¡Qué bueno estará! dijo Pedro. ¿Qué crees tú que tiene dentro? Vamos, adivina:

—Arrope....

—¡Arrope! no, es mucho mejor: son ricas guindas con azúcar. He levantado la tapa; si no ¡mira! el mirar no es malo.

Juanita no separaba su vista del pastel.

—¿Si las probáramos?... dijo Pedro; sólo una guinda; ¡Hay tantas!

—No, dijo Juanita vacilando; haríamos mal.

—Hay muchas, añadió Pedro. Si quitáramos algunas, nadie lo conocería. Toma, abre la boca y cierra los ojos.

Juanita obedeció! Una primera guinda, fué seguida de una segunda, y después de otras muchas. Como Pedro no cesaba en su repartición, el pastel quedó pronto vacío.

Juanita se detuvo la primera.

—¡Dios mío! exclamó, ¿Qué dirá mamá!

—No temas, continuó Pedro; nada verá; el pastel tiene tan buena cara como antes; la tapa está en su lugar.

—Sí, pero dentro no hay nada, suspiró Juanita.

—Calla! oigo pasos en la cocina; es preciso que no nos vean aquí, dijo Pedro.

Y, en seguida, los dos niños que entraron en la despensa con buenos propósitos, saltaron por la ventana, huyendo como culpables. En efecto, lo eran, en el hecho de haber desobedecido á sus padres y cometido una mala acción.

En lugar de alegrarse como de costumbre al oir á su mamá, su voz les hizo estremecerse; y cuando oyeron que les llamaba para hacer algunos ramos, Juanita consternada, dijo á su hermano:

—Pedro, voy á confesarlo todo á mamá.

—¿Quieres que me regañe y me castigue? Es muy feo el ir con chismes.

—No hablaré de ti; yo me acusaré de ser la golosa.

—Entonces mentirás, porque estábamos juntos.

—Tienes una manera de arreglar las cosas, que yo no sé distinguir lo bueno de lo malo.

—En este caso lo mejor es callarse.

Juanita creía lo contrario, pero temió disgustar á su hermano.

En este momento su madre entraba acompañada de dos personas que acababan de llegar para la fiesta; cuando se reunieron los convidados, no tardó en sonar la hora de comer. Todo se pasó bien hasta los postres; pero al colocar el famoso pastel sobre la mesa, los dos niños enrojecieron de vergüenza.

—Vais á probar este pastel, hecho por mi esposa, dijo el padre. Con el objeto de obsequiar á tan buenos amigos, no ha querido confiar á nadie el cuidado de escoger las mejores guindas, hacer el almíbar y amasar la pasta.

Al expresarse así, levantó la tapa del pastel, é introdujo la cuchara dentro; pero la retiró vacía... porque no había nada en el interior, ni almíbar, ni guindas; y miró á su mujer, sorprendido:

—¿Quién ha podido cometer tan fea acción? exclamó la madre. Es preciso que alguno haya entrado en la despensa. Yo dejé la llave á la cocinera; nunca la creí tan golosa. Mañana la despediré.

—¡Oh, nó, mamá, gritó Juanita, temblando, no la despidáis; no ha sido ella la culpable; he sido yo.

—Tú...... es imposible, tú sola no has podido comer todo cuanto contenía el pastel.

¿Qué podía contestar Juanita á estas palabras?

De repente el padre dirijió maquinalmente la vista hacia Pedro y exclamó:

—No es preciso ir muy lejos en busca de tu cómplice; mirad, sino, caballero, la mancha que tenéis en vuestro chaleco. No creo equivocarme si os aseguro que es del jugo de guinda. Vuestra glotonería y vuestra suciedad en comer, os han hecho traición. Una primera falta os arrastró á cometer otra mucho más grave. No sólo habéis cedido á la tentación de comer á escondidas lo que no os pertenecía, á riesgo de que recayeran las sospechas en una persona inocente, sino que os callasteis cuando vuestra hermana se acusaba. Levantaos de la mesa, y marchad á vuestro cuarto á reflexionar sobre vuestra conducta. En cuanto á tí, Juanita, te verás privada, durante una semana, del postre, por lo que comiste anticipadamente; espero que te consolarás, pensando que tuviste valor para confesar tu falta y con ella sufrir la vergüenza de haberla cometido.

LECTURA 48.ª

La hermanita de un día

I

En otro tiempo, según dicen, cuando un recién nacido estaba tendido en su cuna, acudían á su alrededor las buenas hadas sus madrinas, para hacerle una merced; dábale la una la belleza, otra

la virtud y otra, más generosa todavía, la felicidad....

Esto se dice, pero no es verdad, porque jamás existieron las hadas.

La hermanita de un día duerme bajo las coquetonas cortinas de muselina, y desde que allí está, no ha bajado del cielo ninguna hada, batiendo las alas, entrando por la ventana abierta de par en par, con el rayo de sol que ilumina la estancia.

¡Pobre hermanita de un día! ¡tan linda y tan frágil! Nada tiene, nada sabe, nada puede! El recién nacido sólo tiene lo que le dan.

¿Quién sustituirá á las hadas? ¿quién prometerá dedicarse á la felicidad del sér que nace? ¿quién colmará de dádivas á la pequeñina para que sea dichosa?

El canastillo vacío está al pie de la cuna.

Aguardemos.

II

La puerta se abre: ya están aquí; son tres: pero no tienen alas, ni siquiera trajes de color de sol, ni velos teñidos con el arco iris, ni varitas de oro, ni diademas de perlas.

La mayor de las tres, es una morenita de hermosos ojos negros, y contempla á su hermanita con la seriedad de una niña de doce años; la rubia está alegre y sonriente, y la más pequeña, la de los ensortijados cabellos, abriendo tamaños ojos, con la boca abierta, sin osar respirar siquiera, se

levanta de puntillas para ver mejor lo que hay en la cuna.

Y cuando ya han admirado bastante, la frente de la pequeñuela, la boquita de coral y los deditos cerrados, llega la ocasión de los votos y las promesas.

¿Qué deseáis para vuestra hermanita? ¿que dádivas salidas de vuestro corazón vais á hacerle? Hable la mayor de las tres, y veamos qué fundamento tenéis para prometer con eficacia.

—«Mi padre dice que el saber es una gran cosa. Yo deseo, pués, á mi hermanita, el dón de la ciencia. En cuanto tenga cinco años, la enseñaré á leer, y, más tarde, todo cuanto yo haya aprendido.

Como prenda, pongo en su canastillo un bonito libro con cantos dorados.»

Y dijo la segunda, á su vez:

—«Como mi mamá dice que el trabajo es un tesoro, deseo á mi hermanita el tesoro del trabajo. Cuando será ya grande, yo le enseñaré á ser útil en la casa, á poner el cubierto en la mesa, á arreglar la ropa blanca en el armario.

Y cuando tendrá diez años, la enseñaré á coser. Ahí está mi prenda: un dedal de plata, un alfiletero, y unas tijeras, en un cofrecillo de terciopelo.»

Pero la más pequeñita nada decía, mientras sus ojos estaban bañados en lágrimas. Decíase á sí misma: – «Yo que la amo ya tanto! pero no sé qué decir ni qué darle, porque nada tengo».

Bello es el saber, y el trabajo es muy bueno;

pero quién deseará á la hermanita el dón de la *gracia?* Quién le mostrará la *bondad* con el ejemplo? Quién la enseñará á pagar con caricias las caricias de otros? Quién la acostumbrará á no estropear las flores, á respetar á las mariposas?

¿Quién le enseñará á ser dadivosa, á serlo de todo corazón?

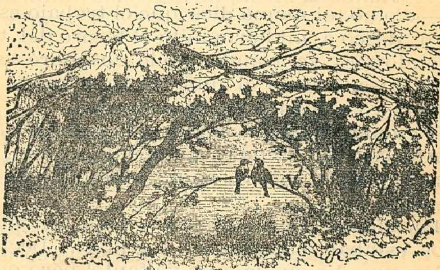
Entonces la seductora niña exclamó:

—«Yo seré! he aquí mi prenda!»

Y estampó un ósculo de ángel en la mejilla de la hermanita dormida.

LECTURA 49.ª

El cazador y el jilguero



Era el tío Antonio un verdadero hombre de bién, cuyo único defecto consistía en amar apasionada-

mente la caza. Su carácter emprendedor y aventurero, le impelía á efectuar largos y arriesgados viajes, de los que regresaba invariablemente con su magnífico rifle, siempre certero; su vieja pipa, aun más ennegrecida; algunas pieles, cuya venta le producía lo necesario para otra expedición; y una buena provisión de interesantes relaciones de aventuras, que hacían las delicias de cuántos lo oían.

—Tío Antonio, háganos Vd. un cuento—dijeron en coro, cinco ó seis muchachos, hijos de Juan el granjero, rodeando al viejo cazador, que sentado junto al hogar, saboreaba sendas bocanadas de aromático humo, en tanto que los dueños de la granja y los mozos de labranza desgranaban mazorcas de dorado maíz.

Al oir la palabra «cuento» acercáronse dos lindas niñas, que cerca de allí hacían calceta, y, sentándose junto al tío Antonio, prendieron las agujas en la labor, y fijaron en él sus grandes ojos, en actitud de espera.—¡Ah, picarillas!—dijo éste, ya os conozco. Nada me decís, pero esos lindos ojos hablan por vosotras. Ea, ¿qué queréis que os cuente?

—Aquella lucha entre la pantera y la serpiente, tío Antonio...—La caida del elefante en la trampa... —Nó, nó, la aventura de los dos leones... Y el cazador se sonreía satisfecho al ver el entusiasmo de su auditorio.

—Tío Antonio,—dijo con timidez la más jóven de las niñas—¿por qué no le tira Vd. nunca á los pajaritos?

—Ah! querida niña, me haces recordar una historia muy vieja en los anales de mi vida de cazador...

—Cuéntela, tío Antonio, cuéntela, exclamaron todos alegremente, agrupándose en torno suyo.

—Ya se figuran Vds. que voy á contar algo extraordinario. Nada de eso; es un hecho sencillo y conmovedor que, al recordarlo hoy, no obstante haber pasado tantos años, me hace sentir y pensar.

Y mientras llenaba su pipa y se preparaba á comenzar, todos suspendieron momentáneamente el trabajo para no perder una frase de la prometida relación.

—Tendría yo entónces unos veinte años, y ya me gustaba muchísimo la caza; pero más cobarde que hoy, en vez de luchar con las fieras de las selvas, mataba traidoramente á las aladas pobladoras del espacio, y volvía triunfante á casa, llevando el morral atestado de inocentes víctimas, cuya mayor parte no servía para guisar, lo que hacía fruncir los labios con desdén á la cocinera y el ceño á mi buena madre, disgustada de tan inútil carnicería. —Una tarde que volvía de una expedición al bosque cercano, oí cerca de mí, ligero rumor de hojas. Alzo la vista y veo un hermoso jilguero que saltaba graciosamente de una rama á la otra, descansaba un instante, describía caprichosos giros en el aire, y partía velozmente hacia otro árbol más lejano. Verlo y echarme el rifle al hombro, fué cosa de un segundo. ¿Qué me impelió á matar? ¿La

necesidad? Nó, el instinto de destrucción, la sed de sangre que se apodera del cazador y va absorbiendo toda la sensibilidad de su alma. Apunto, disparo y lanzo una exclamación de triunfo. ¡Estaba herida! Detiénese un momento la pobre avecilla, se estremece y luego emprende el vuelo: vuelo tardo y difícil que contrastaba con los rápidos y alegres giros de antes.—¿Dónde irá?—pensé—y ya me disponía á tirar de nuevo temiendo se escapase, cuando ví que se detenía, daba dos ó tres vueltas en torno de un arbusto y caía, desapareciendo en el follaje. Alegre piar de pichoncitos me sorprendió y una viva curiosidad, al par que el deseo de cojer mi presa, me hizo dejar mi arma y el morral en el suelo, y subir al árbol. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! nunca olvidaré lo que ví!

—¿Qué cosa, tío Antonio?

—¿Qué vió Vd?...

—¿Qué había allí?...

—¿Qué ví, hijos míos? Un caliente y amoroso nido; en él, tiernos pajaritos, aun desprovistos de plumas, abriendo gozosos sus piquitos... y á la pobre madre que yacía entre ellos, cubierta de sangre y moribunda! Entristecido y pesaroso, miré y miré lleno de horror. Todavía hizo un esfuerzo la pobre madre, oyendo sin duda el piar de sus polluelos, y alargando su cabecita, les ofreció un gusano que llevaba en el pico y que ellos se disputaron con alegría. ¡Era el último bocado que daba la madre á sus hijuelos!... Horrorizado de mi obra, me

deslicé del arbol y eché á andar maquinalmente, embebido en tristes reflexiones.

—¡Ah, tío Antonio, que mal corazón tenía Vd!... ¡Pobres pajaritos!... ¿Y los pichoncitos? ¿Qué hizo Vd. de ellos?—dijo la niña de los ojos negros.

—¿Los pichoncitos? ¡Ah, hija mía! Al día siguiente fuí á buscarlos para que mi madre los criase, pero ya era tarde. Yertos y rígidos, yacían en el fondo del nido, y el padre daba vueltas, asustado, en torno del árbol, queriendo despertar á su compañera....

Entonces juré solemnemente no tirar jamás á una avecilla, sin ver antes si llevaba algo en el pico.

—Hizo Vd. bién, tío Antonio!

—Sí, hijos míos, y cumplí mi promesa. Pero no me interrumpáis, y veréis cómo no hay buena acción sin recompensa. Transcurrieron algunos meses en los que me ví privado de mi placer favorito, por estar en la ciudad continuando mis estudios. Llegó por fin el deseado día de vacaciones, y lleno de entusiasmo, partí para la quinta que posee mi madre á poca distancia de la Capital, deleitándome de antemano con el placer de estrecharla tiernamente contra mi seno, después de tan larga ausencia y pensando también un poco en mi rifle, mis inteligentes perros y en la caza que me ofrecían los bosques de nuestra propiedad. La aurora del día siguiente al de mi llegada, no me sorprendió en el lecho. Ya estaba yo en pie, quitándole el polvo al morral y haciendo provisión de pólvora y municiones. Listo ya, bajé

al jardín y mientras me servían el café, jugaba con mis fieles auxiliares, de caza que retozaban alborozados ante la perspectiva de un día de acción.

Aun no había agotado la taza de humeante y aromático café, cuando vino á distraerme un pajarito de luciente plumaje que se posó en un árbol cercano. Contuve á mis perros, con un ademán, y tomando el rifle, apunté cuidadosamente. Quería probar si tantos meses de veda no habían hecho mella en la certeza de mi pulso. Un segundo más y hubiera sido tarde, pero al fijarme en el blanco, dejé escapar una exclamación de disgusto y desvié el arma: llevaba algo en el pico.

Un mundo de emociones despertó en mí el recuerdo de la triste escena que dió origen á mi juramento, y aunque deploré perder tan buena ocasión me alegré de haber visto á tiempo que aquel pobre pajarito buscaba el sustento de su familia.

En estas reflexiones, me sorprendió mi madre que acababa de levantarse y venía á buscarme para que la acompañase al pueblo cercano, donde tenía que hacer unas compras.

Pronto llegamos, y me dirigí á casa de un armero, íntimo amigo mío.

—¿Ya estás de nuevo en campaña? ¡Cuánto me complace el verte! —me dijo estrechándome la mano cordialmente. Y, acto seguido, comenzó entre ambos una viva conversación.

Mientras que charlábamos más y más, tomó mi rifle que examinaba distraídamente, al par que me relataba algo ocurrido allí durante mi ausencia. De pronto veo que interrumpe su relato y lanza una exclamación de ansiedad y asombro.

—¿Has disparado hoy con esta arma?

—No; ¿porqué lo dices?

—¿Y hace mucho tiempo que no la descargas? siguió interrogando y sin contestarme.

—Unos seis meses, pero, ¿qué....

—¿Quién la cargó la última vez?

—¡Qué sé yo! mi criado tal vez. Pero, ¿qué te pasa? ¿A qué vienen tantas preguntas? —dije yo algo asustado.

—¿Qué pasa? me respondió con grave acento, que Dios te ha inspirado hoy, sin duda. Mira, ¿ves? si llegas á tirar del gatillo, eres hombre muerto. Y me mostró el cañón repleto de carga, que de haber disparado hubiera sido inevitable una catástrofe. Y entónces, mientras él desarmaba el rifle cuidadosamente, recordé emocionado lo ocurrido un momento antes en mi casa, y al par que daba gracias á Dios, juré solemnemente no matar nunca una avecilla.

Calló el tío Antonio y sus oyentes se dispersaron silenciosos y conmovidos, continuando sus faenas los mayores, en tanto que las dos niñas se decían muy bajito.

—Este me gusta más que los otros.

—Sí, ¡pero es tan triste!

LECTURA 50.ª

Lo que contó la luna

Ayer, contó la luna, miraba en un patio estrecho, rodeado de casas. En un gallinero dormía una gallina con sus once polluelos á su alrededor. Una linda niñita saltaba y bailaba por allí, cantando; la gallina se despertó, y espeluznada tendió las alas sobre sus hijuelos. Llegó el padre de la niña y la riñó. Yo pasé, y en breve hube olvidado este ligero suceso.

Esta noche, hace algunos momentos, miraba de nuevo en el mismo patio y todo estaba silencioso y tranquilo, cuando llegó la niña; con mucha, con muchísima suavidad corrió el cerrojo del gallinero, y se introdujo hasta cerca de la gallina que dió gritos de terror; los polluelos asustados corren á todos los rincones; la muchacha trata de coger á la madre. Veía la escena muy claramente por los agujeros de la pared, y estaba irritada contra la niña mala, y me alegré mucho cuando llegó el padre para reñir á la niña, más que la víspera; la asió bruscamente del brazo y la sacó fuera del gallinero. La muchacha echaba la cabeza hacia atrás; ví sus grandes ojos azules, llenos de lágrimas.

«¿Por qué atormentas á esos pobres animales?» dijo el padre con acento irritado.

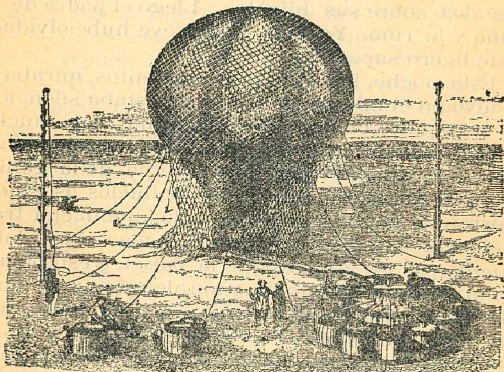
La niña, deteniendo sus sollozos respondió: «Quería besar á la gallina y pedirla perdón de la

pena que le causé ayer. He hecho mal, papá mío, de no pedirte permiso.»

El padre dió un beso en la frente de la tan cándida é inocente niña, y yo la besé en la frente.

LECTURA 51.ª

Un viaje en globo



Esta lámina, que representa un globo aereostático, me recuerda una de las impresiones más indelebles que recibí en mi infancia.

Era yo un niño, como vosotros, amiguitos míos, y todo lo que era fiestas y diversión, todo lo que

encantaba los ojos, ó despertaba curiosidad me atraía y arrastraba.

Perjenio y todo como era, me dí cuenta, oyendo conversaciones de aquí y allá, que para realzar una fiesta pública, un hombre iba á subir en globo.

—Ah! yo quiero ver el *lobo!* yo quiero ver el *lobo!* exclamé inmediatamente, sin saber lo que era globo ni *lobo*, como entonces decía mi lengua de siete años.

Y tanto insistí, pedí, lloré y clamé, que mi pobre abuela (q. e. p. d.) me prometió, con toda formalidad, llevarme á ver el globo.

Llego el día—un diez y ocho de Julio—la plaza de la Constitución, en Montevideo, estaba atestada de gente, y, á duras penas, la viejita y yo pudimos abrirnos camino hasta la casa de una amiga suya, situada en su perímetro.

Después de saludar á las personas de la familia, corrí al balcón: el espectáculo era bellísimo; arcos, gallardetes y bombas de colores, palos jabonados, rompe-cabezas, maromas, música y cohetes, en fin, cuanto podía herir gratamente la imaginación popular, reuníase en la plaza.

—Y cuál es el *lobo?* pregunté yo.

—No ves eso negro y redondo, que se mueve despacio, como una gran bolsa boca abajo? Eso es el globo.

De pronto se oyeron gritos:

—El globo! el globo!....

Y todo quedó como en silencio.

De pronto sonó un ¡hurrah! enorme y el globo se elevó en el aire: en una especie de canasto que llevaba amarrado abajo, iba un hombre que saludaba y saludaba á la gente....

Poco á poco el globo se fué achicando y alejando, hasta que desapareció á los ojos....

—¿Y á dónde se vá ese hombre? pregunté curioso.

—Donde lo lleve el globo, me contestaron.

Y así fuera; pero nadie supo más dónde cayó aquel hombre; se llamaba el señor Baraille, y durante muchos años inquirí si había vuelto. Hasta ahora nadie ha podido dar noticia de aquel infeliz que expuso la vida, que es un dón de Dios, para divertir á un pueblo, en cambio de unas cuantas monedas.

De esto ha pasado más de veinte años: los sabios modernos hacen constantemente esfuerzos para encontrar un medio de dirigir los globos; pero es posible que pasen años y años, antes que se pueda resolver el problema: y no será difícil que muchos de los que se arriesguen, como el señor Baraille, tengan el mismo desastroso fin.

LECTURA 52.ª

Los peces y la niña

Todos sabemos que los perros siguen á sus amos y que los pájaros domesticados obedecen también á los que los cuidan, que cantan los aires que les enseñan, y se posan sobre la cabeza ó sobre

el dedo del que les dá de de comer; sin embargo, no habréis visto jamás á los peces ser obedientes y cariñosos. Pues bien, hijos míos, una niña logró hacerse querer y comprender de los animales que habitan en el agua. ¿Queréis saber su secreto? Es muy sencillo y está al alcance de todos: fué buena con los peces y estos la quisieron. Con una buena voluntad se vencen las mayores dificultades, todo naturalmente y sin grandes esfuerzos.

Había una niña de seis años, de carne y hueso, pues cuanto os voy á referir no es cuento, sino una historia, es decir, una cosa real y verdadera, que vivía cerca de un estanque, á cuyas orillas iba á pasearse todos los dias, arrojando á los peces el pan que la quedaba de su almuerzo, después de reducirle á migajitas: Tomad, animalitos, les decia, ya véis, divido con vosotros mi pan. Los peces no acudieron en seguida, sino que se hicieron de rogar; pero como la niña no se desanimaba, y repetía sus visitas, se acostumbraron á verla, concluyendo por domesticarse, de tal modo que acudían al oir su voz, la seguían alrededor del estanque, y hasta se acostumbraron á venir á comer en su misma mano las miguitas de pan.

Un extranjero se fué un día con su niña á pasearse á orillas del estanque, con el objeto de ver á estos curiosos peces y á su ama. Al ver á una niña, los peces se equivocaron y se subieron á la superficie del agua; pero pronto reconocieron su error y se sumergieron, huyendo á toda prisa. Du-

rante este tiempo, su amiga se presentó, y á su voz todos acudieron en tropel para recibir de su mano la comida que les traía.

Entre estos peces había una tortuga con una pata rota. Este buen animal obedecía á su bienhechora, haciéndola mil caricias; no olvidaba que ella la había curado, cuidado y colocado al borde del estanque. Nunca quiso recibir el alimento sino de su mano, y cuando la veía, demostraba su gozo arrastrándose hacia ella, y moviendo la cabeza de derecha á izquierda, como para darle los buenos días.

¿No es éste un ejemplo admirable de cuanto puede un carácter bondadoso y dulce?

Los niños que lean esta historia se alegrarán de saber que en otro tiempo, hará algunos centenares de años, un Romano, llamado Lúculo tenía también en los estanques de sus jardines algunos peces domesticados que comían en su mano y saltaban fuera del agua cuando los guardas los llamaban.

Un historiador llamado Plinio, que vivió algunos años después de Lúculo, dijo que estos peces tenían un nombre que ellos conocían y algunos llevaban un collar. Sin embargo Plinio era un autor muy dado á referir historias maravillosas; creo que me será permitido el dudar que estos peces saltaran fuera del agua, y del efecto de sus adornos, pues ignoro cómo se compondrían para impedir que sus collares se deslizaran por sus agallas, por la cabeza y la cola.

Lo que no admite duda es el que en el estanque

del palacio de Fontainebleau hay hermosas carpas que tienen, segun dicen, cien años ó más, que se reunen, sacando la nariz fuera del agua, cuando oyen una campana. Los Chinos llamaban también á sus bonitos peces al son de campana. En Ferney los peces nadaban hacia el jardinero, cuando éste movía el agua. También conocí á un propietario de carpas domesticadas que las llamaba silbando; y cuando le oían, no tardaban en aparecer para recibir su pitanza.

Un inglés, que visitó las islas del Gran Océano me refirió que en Taïti, donde los ríos son abundantes en pesca, particularmente en hermosas anguilas, un jefe había domesticado á muchas de éstas que habitaban en grandes y profundos agujeros de dos ó tres piés de profundidad, llenos, en parte, de agua, formando una especie de galerías de forma horizontal, donde ordinariamente se estacionaban hasta que las llamaban. Este inglés decía haber visto con frecuencia al jefe, sentado cerca de uno de estos agujeros, silbar con toda fuerza; y casi al instante aparecer en la superficie una enorme anguila que venía á comer con toda tranquilidad lo que su amo la daba.

En fin, los Chinos, muy hábiles en el arte de criar peces, los engordan en los estanques, dándoles por la mañana y por la tarde una ración de yerba cortada muy menuda, como se dá la ración de forraje á los bueyes y caballos.

LECTURA 53.ª

El doble juramento de enmienda



Era Enrique un jóven de quince años, esto es, lleno de buenos propósitos, que raras veces cumplía, y lleno de defectos, de que se arrepentía todos los días; él quería entrañablemente á su padre y á su maestro; pero más quería sus gustos; de buena gana hubiera sacrificado por entrambos su vida, mas no su voluntad; y su fogoso espíritu no le arrancaba á él menos lágrimas que á las personas á quienes quería.

De este modo iba vagando su vida dolorosamente entre el pecado y el arrepentimiento, hasta que,

por último, su largo fluctuar entre sus buenas resoluciones y recaídas, desahució de toda enmienda, no solo á sus amigos, sino también á él mismo.

Acosaba ya sin tregua al mal herido corazón del conde su padre el triste presentimiento de que, en la universidad y en sus viajes, donde los falsos senderos del vicio se van volviendo más y más floridos y resbaladizos, y de donde no habría ya ninguna mano que le retrajese, y no se oiría tampoco la voz de un padre que le llamase atrás, se precipitaría Enrique de uno en otro yerro, y regresaría finalmente con el alma contaminada que malogró su pura belleza, y hasta el reflejo de la virtud, el arrepentimiento.

El conde era de índole blanda, tierna y religiosa; pero de complexión débil y enfermiza.

Mientras se iba recobrando de un desmayo para caer en otro, entró su hijo en la pequeña glorieta donde estaban el sepulcro de su madre y el otro vacío que su padre había mandado construir para sí durante la temporada de luto; y allí juró Enrique al espíritu de su madre guerra sin tregua á sus ímpetus de enojo y á su voraz anhelo por los placeres. El natalicio de su padre le estaba diciendo á gritos:

«La delgada tierra que sostiene á tu padre y le separa del polvo de tu madre, se hundirá muy pronto, quizá dentro de poquísimos días; y entonces morirá él conturbado y sin consuelo; y se llegará á tu madre, y no le podrá hablar de tu enmienda».

¡Oh! aquí fué el llorar amargamente; pero, desdichado Enrique, ¿de que sirven tus lagrimas y tu desconsuelo sin tu enmienda?

Al cabo de algunos días pudo levantarse el padre, de la cama, y en medio de su enternecimiento y esperanza, apretó contra su calenturiento pecho al jóven arrepentido.

Estaba Enrique, ebrio de gozo y de dicha con el recobro de su padre y el beso que le dió; pero volvióse más desatentado y díscolo que antes; su maestro, que trataba de contrarestar con medios enérgicos la enfermiza blandura del padre, se opuso á aquellos ímpetus. Enrique desobedeció fieramente sus mandatos, que no tenía por paternales; y al repetirlos el maestro de un modo terminante, Enrique, furioso, malhirió el corazón y el honor del amigo que le contrarestaba; y aquella rebelión contra su maestro penetró como una saeta envenenada en el lastimado corazón de su padre, el cual, rendido por la herida, volvió á caer en el lecho del dolor.

No trato ahora de pintaros, hijos míos, ni el desconsuelo de Enrique, ni su pecado; pero incluíd, sí, en el severo fallo que merecen sus faltas las que vosotros mismos habéis acumulado quizá en vues tra conciencia... ¡Ah! ¿qué hijo puede acercarse al lecho mortuorio de sus padres, que no tenga que decirse: «Aunque no haya yo quitado á su vida ninguno de sus años, es muy positivo que les cueste semanas y días. ¡Ay de mí! quizá he motivado yo mismo ó aumentado los quebrantos que ahora

quisiera mitigar; y esos ojos queridos, que tan alegremente estarían contemplando la vida una hora más, mis faltas solas los cierran antes de tiempo.»

Pero el insensato mortal está pecando tan osadamente porque se le encubren sus matadoras consecuencias; el desaherroja las voraces fieras que en su pecho tiene enjauladas, y allá las suelta de noche contra el linaje humano, sin advertir que los monstruos desmandados se abalanzan sobre tantas personas inocentes y las hacen pedazos.

Con la mayor frescura arroja el hombre fiero las quemantes ascuas de sus pecados en torno suyo; y solo después que está yaciendo en la huesa, arden tras él las chozas incendiadas por las chispas que él diseminó; y su columna de humo pasa como una pirámide infamante, á su sepulcro, sobre el cual se levanta para siempre.

Tan pronto como su padre quedó desahuciado, no pudo Enrique contemplar por más tiempo su moribundo cuerpo; quedóse en el aposento contiguo, y mientras que convulsiones y desmayos estaban jugando con la vida del padre, se echó de rodillas como un delincuente, sin moverse, y con los ojos fijos ante el porvenir y la sajadora exclamación: ¡Ha muerto!

Por último, hubo de acercarse al moribundo padre para despedirse de él y recibir su perdón; pero su padre le devolvió su amor solamente y no su confianza, y dijo:

—Enmiéndate, hijo mío, mas no lo prometas.

Estaba Enrique echado en el aposento contiguo,

rendido por el dolor y la vergüenza, cuando oyó, cual si despertara, á su anciano maestro, que también lo había sido de su padre, bendiciéndole, como si ya envolviera la larguísima noche aquella vida.

—Muere blandamente, sér virtuoso y fiel discípulo! Todas las buenas resoluciones que tú cumpliste todas tus victorias sobre tí, y todas tus buenas obras han de pasar en este momento, cual brillante y rojas nubes vespertinas, por el crepúsculo de tu muerte: espera todavía en tu hora postrera por tu desdichado Enrique, y sonríete, si me oyes, y si hay todavía un arrobo en tu sajado corazón.

El pobre enfermo no pudo dominar el pesado hielo de la insensibilidad que se arrollaba encima de él; sus confusos sentidos tuvieron la voz del maestro por la de su hijo muy querido, y tartamudeó de esta manera:

—¡Enrique! yo no te veo; pero te oigo; ponme la mano encima, y jura que te enmendarás.

Allá se abalanzó el mozo para proferir el juramento; pero el maestro le hizo una seña, y puso la mano sobre el corazón que se helaba, y dijo en voz baja:

—Lo juro en tu nombre.

Pero de repente sintió que el corazón estaba muerto, y que descansaba del largo movimiento de la vida, y dijo:

—Huye, joven desdichado: ¡ha muerto sin esperanza!

Huyó entonces Enrique de la quinta, pues ¿cómo hubiera podido contemplar un desconsuelo que él

mismo había acarreado á los amigos de su padre, ni tomar parte en él?

Vacilante y sollozando, entró en la glorieta, y vió los blancos monumentos que interceptaban, como pálidos esqueletos, la verde enramada: mas no tuvo valor para tocar el sitio vacío donde había de dormir su padre: apoyóse pues, en la segunda pirámide, que cubría un corazón que no había muerto por culpa suya, el de su madre, el cual ya desde largo tiempo estaba parado en el polvo del descompuesto pecho.

No osó llorar ni jurar, sino que mudo y sajado, llevó su dolor más allá. Salíanle por todas partes al encuentro recuerdos de su pérdida y de su culpa; cada niño que corría hacia su padre con las espigaduras de los campos, mientras las levantaban en alto, era para él un recuerdo de su culpa; todo tañido de campanas era el clamoreo por los difuntos; toda zanja era un sepulcro, todo índice horario señalaba la hora postrera de su padre.

Regresó finalmente Enrique á su casa; pues tras cinco mortales días llenos de dolor y arrepentimiento, deseaba estar de vuelta y al lado del amigo de su padre, y consolarle con los primeros frutos de su mudanza.

El hombre celebra para los queridos de su corazón una festividad más hermosa, cuando enjuga las lágrimas ajenas que cuando derrama las propias; y la más bella guirnalda de flores y ciprés que colgamos de los monumentos queridos, es una guirnalda de frutos de buenas obras.

No quería el joven entrar antes de muy anochecido, con su rubor de vergüenza, en la casa del quebranto. Mientras atravesaba la pequeña glorieta, presentósele la blanca pirámide del sepulcro de su padre entre vivas ramas, al modo que la parda nube de una aldea, reducida á cenizas, va nadando por el azulado y purísimo cielo.

Reclinó la cansada cabeza contra la dura y fría columna, y solo pudo llorar con sonido cóncavo y mudo y ni un pensamiento atravesaba su corazón despedazado. Allí estaba el joven abandonado: no se alzaba ninguna voz suave que le dijese «¡No llores mas!» Ningún corazón paternal se derretía para decirle «¡Harto castigado estás!»

El vaivén de las copas de los árboles parecía ser una airada reconvención, y la oscuridad un abismo. Allá, pérdida tan irreparable en su naturaleza, se espaciaba anchamente en torno de él, como un mar que jamás se mueve ni mengua. Por último, después de haber derramado una lágrima, divisó una suave estrella en los cielos que, cual el ojo de un espíritu celestial, le estaba mirando dulcemente á traves de la verde enramada. Internóse entonces en su pecho un dolor más suave, y pensó en su juramento de enmienda quebrantado por la muerte, se dejó caer de rodillas, y alzando la vista hacia las estrellas dijo:

—¡Oh! padre, padre! (durante largo rato ahogóle la voz la intensidad del dolor), aquí yace tu hijo desdichado, sobre tu sepulcro, y te lo jura. Sí, espíritu justo y piadoso, yo me enmendaré, admíteme

otra vez en tu cariño! ¡Ah! ¡así pudieses tú enviarme una prenda de que me has oido!

Percibióse en aquel punto un rumor de hojas á su lado; una figura grave fué apartando las ramas y dijo:

—Yo te he oído, y vuelvo á esperar.

Era su padre.

Aquella cosa intermedia entre la muerte y el sueño, hermana de la muerte, el desmayo, le había conferido nuevamente la vida, como un profundo y saludable sueño, librándole de la muerte.

¡Padre bondadoso! y aun cuando la muerte te hubiese llevado al resplandor del otro mundo, no hubiera tu corazón latido de mayor júbilo ni rebosará más dulcemente que en aquel minuto de resurrección, cuando tu hijo, cambiado por el dolor más acerbo, dejó caer sobre tu pecho el suyo mejorado, y te devolvió la más bella esperanza de un padre.

Pero mientras cáe el telón sobre esta corta escena, os preguntaré yo ahora, queridos jovenes que me estaís oyendo:

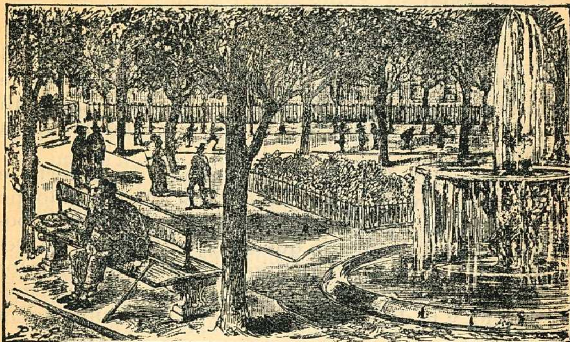
—¿No tenéis padres á quienes no habéis dado hasta ahora las esperanzas más halagüeñas?

Pués entónces, os recuerdo, como un caso de conciencia, que llegará un día en que no os cabrá ningun consuelo y prorrumpiréis:

—¡Ah! ellos me querían tanto, y yo les dejé morir sin esperanza, yo fuí su última congoja.

LECTURA 54.ª

En casa de Luisito



Se acuerdan Vds. de nuestro jóven amigo y compañero Luisito, que tan bien se portó en el Colegio durante el año anterior?

No habéis olvidado la comida de familia á que asistimos y la que el anciano militar su padrino, tanto le felicitó por el premio de lectura que supo conquistar?

Apostaría á que vuestra memoria conserva palpitantes esos recuerdos, y como supongo que os interesáis en todo lo que á tan buen estudiante

atañe; y sabiendo que más de cien de vosotros le habrá tomado por modelo, como es justo, voy á daros, para terminar este segundo libro de lectura, algunas noticias de él.

Nada os sorprenderá por cierto que os diga que también este año ha conquistado en su clase, no ya solo el primer premio de lectura, sino los de todas las demás asignaturas que ha cursado.

Sus padres contentos al ver que no solo ha sabido hacerse de excelente reputación, sino que ha sabido conservarla, le han obsequiado con otro banquete, al que han asistido todos sus amiguitos.

La fiesta ha sido, más suntuosa aún que la primera, y al terminar la comida, el viejo padrino, dirijió la palabra á Luis, de esta manera:

—Veo que sigues siendo hombre de provecho; Dios te protejerá por la alegría que esparces en el seno de tu familia, y espero que dentro de poco, tus profesores te propondrán como ejemplo á todos tus compañeros.

Pero como un niño es por lo general menos serio, de lo que tú das muestra, quisiera que me dijeras quién te ha aconsejado continuamente, á más de tus padres, quién ha sido el amigo íntimo que te ha guiado en las aulas; porque parte de tu buen comportamiento debe estribar en las buenas compañías. Con que ¿quién ha sido pués, tu consejero?

—Padrino, todos mis amigos son excelentes; pero, á hablar con franqueza, uno de los grandes

axiliares para mi conducta, después de los religiosos y sanos consejos de mis padres, ha sido un libro.

—Un libro. ¿Y cuál?

—Pués, «El Lector Sud-Americano» que nos sirve de texto de lectura. Lo he estudiado y seguido al pié de la letra, y aquí tiene Vd. el resultado.

—Pero de qué trata ese libro? Un texto de lectura, no veo....

—Pues ya le diré: es un libro que no solo consta de amena lectura, sino que á más de los rudimentos generales de ciencias é industrias, pone á nuestro alcance las verdades de la Religión, las obligaciones del ciudadano, las obligaciones del hijo de familia, las reglas sociales, y, en fin, todo—como dice nuestro amado maestro—lo que puede contribuir á la perfección del carácter y á la preparación para los estudios que nos aguardan en los cursos preparatorios.

—Sabes que me estás haciendo entrar en deseos de leerlo....

—Y no le pesaría. Yo no he leido hasta ahora más que el 1° y 2°; pero nuestro profesor nos ha dicho que cuando pasemos al tercero completaremos nuestros estudios elementales, pues dicho tomo, no solo tendrá lecturas instructivas y amenas, sino que nos referirá las biografías de la mayor parte de los grandes hombres de América.

En el veremos desfilar las nobles figuras de

los Libertadores de la Patria y recojeremos grandes ejemplos.

—Eso es magnífico, magnífico! exclamó conmovido, el viejo militar. Y qué más?

—Tengo entendido que la tercera parte tratará de familiarizarnos con los mejores autores de las literaturas europeas; habrá prosa y verso, y cuando entremos en la vida, no ignoraremos cuáles han sido los primeros escritores de Europa y América.

—Perfecto, perfecto! Sigue, hijo mío los consejos de ese libro y llegarás á ser el consuelo de tu padre. Y, si Dios quiere, con el andar de los años, cuando ellos, como yo, lleguen á viejos, vivirán felices á la sombra de tu amor y tu talento, como el labrador fatigado, que reposa en la tarde al cariño de los árboles que el mismo cultivara.

FIN

